UN THRILLER DE MISTERIO SOBRENATURAL
TINIEBLAS DE CULPA
UN CASO DE ANNE Y ALEXIS
RAÚL GARBANTES

TINIEBLAS DE CULPA

CASOS CRIMINALES COMPLEJOS
LIBRO CINCO

RAÚL GARBANTES

Copyright © 2024 Raúl Garbantes

Producción editorial: Autopublicamos.com
www.autopublicamos.com

Diseño de la portada: Giovanni Banfi
giovanni@autopublicamos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Página web del autor:
www.raulgarbantes.com

Obtén una copia digital GRATIS de *Miedo en los ojos* y mantente informado sobre futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Suscríbete en este enlace:
https://raulgarbantes.com/miedogratis

PARTE I

1

—¿De verdad harás lo que tu jefe dice? —preguntó la mujer que se hallaba sentada en el sillón ubicado más cerca de la pared de cristal, desde donde podía verse la calle, los coches, y la gente ir y venir.

Aquella era una fría noche de noviembre, pero muchas personas habían decidido salir de casa.

Ella hablaba con una mujer más joven, con la que guardaba un gran parecido físico.

—Claro que lo haré —respondió la otra, la más joven, dirigiéndole una mirada retadora. Después, como si se sintiera en la necesidad de aclarar algo, continuó—. Además, en pocos años lo que hago lo hará el ordenador, y la propuesta económica que me brinda no es tan mala.

La mujer mayor tocó su rodilla izquierda, apretando un poco. Eso hacía Victoria Malone cuando algo le molestaba y no podía cambiarlo. Quería decirle a su hermana que la equivocación que iba a cometer era su problema, pero en lugar de ello sonrió y se quedó mirándola.

Después se inclinó hacia la mesa y tomó la copa de vino con la mano derecha, mostrando un anillo extraño. Luego de ingerir un sorbo, miró a su alrededor. El bar se había llenado de gente y no lo había notado sino hasta ese momento. Creía recordar que cuando llegaron apenas había una pareja en la barra y un hombre de negro y bufanda azul, que estaba de espaldas, en la mesa más cercana.

—Está bien, Sophia. Haz lo que quieras con tu trabajo. Te he pedido que vengas no para hablar de eso, sino por otra cosa. Tenemos que vender la casa. Era lo que papá quería. Me lo dijo, así que deberás mudarte.

Sophia la escuchó y se quedó en silencio.

Vio al hombre que estaba detrás de su hermana, sentado en la mesa. Le pareció que él le sonreía. Al mismo tiempo, ella apretó el puño de su mano izquierda. Fue un movimiento inconsciente. Después miró hacia la puerta de entrada y por un segundo quiso escapar. Se sentía como una inútil cada vez que su hermana le hablaba de esa manera. Cada vez que le recordaba que su vida era un asco, que era una fracasada y que las cosas importantes solo las discutía su padre con Victoria.

—¿Recuerdas que de chicas nos encantaba jugar en los riscos? Hasta aquella vez… que casi me ahogo, y tú me salvaste. Siempre que vengo recuerdo esas vacaciones en la casa de la costa, por las fotografías de los paisajes marinos que hay aquí por todas partes —

dijo Victoria, viendo una imagen en particular en donde se mostraban olas chocando contra las rocas. Después continuó mirando a su hermana—. Sé que entre nosotras no hay mucha armonía ahora porque crees que la decisión de invitar a papá a la cena en la casa de la montaña fue un error.

Después de decir eso, Victoria Malone hizo silencio. Se movió hacia adelante para tomar la copa y consumió el vino hasta que no quedó ni una gota. La dejó en su sitio y buscó con la mirada a algún camarero, pero no logró encontrar a ninguno. Entonces, molesta, desistió y volvió a reclinar la espalda en el sillón.

—La atención de este lugar es fatal. Vengo porque siempre fue de los preferidos de papá.

Sophia rebuscó algo dentro de su bolso de mano. Palpó una pequeña tijera, tanteó la punta afilada y se la clavó en el pulgar. El punto de sangre iba aumentando de tamaño en el borde del dedo, y podía imaginarlo. Deseaba oponerse a la idea de la venta de la casa, pero no lo hacía. Se dijo que estaba mal que hubiese buscado sentir eso —el dolor —, y ya se lo había alertado el doctor Franklin: que no se juntara con su hermana, quien volvía jirones su autoestima, se alimentaba de su fracaso y activaba sus impulsos autodestructivos.

—¡Vaya! Parece que por fin he logrado que uno de ellos me vea. ¿Quieres algo más? Yo tomaré otra copa y luego tendré que irme a casa porque mañana tengo un caso importante.

—Recuerdo lo de aquellas vacaciones —respondió Sophia, pensando que gracias a ella Victoria estaba viva, y también en lo diferente que sería su vida si su hermana hubiese muerto cuando cayó al mar, cuando ella, haciendo gala de una repentina valentía, se había lanzado para salvarla. No recordaba haber sido tan valiente en ningún otro momento de su vida, ni lo volvió a ser después de eso —. Y sí, quiero otra copa —terminó con voz temblorosa y secó la sangre de su dedo con una toallita de papel que había dentro del bolso de mano.

Victoria no notaba las inflexiones en la voz de su hermana. Estaba concentrada en la respuesta que ella podría darle sobre la venta de la casa.

—Todavía no has pasado la página con lo del accidente de nuestro padre. ¡Eso era lo que yo debía hacer! Invitarle a la casa de la montaña porque era mi cumpleaños. ¡¿Quién pensaría que conducir el coche por esa vía sería peligroso para él?! Siempre lo hizo con destreza. ¿Cómo sabría que aquella vía le mataría? Nadie dudó de que eso fuera lo adecuado, solo tú. Te gusta poner todo lo que yo hago en tela de juicio —dijo Victoria y apartó un mechón de pelo que había caído sobre su frente.

El hombre que las escuchaba cerró los ojos. Parecía estar recordando o viendo algo en su mente.

—Buscaré un piso —dijo Sophia en voz alta para que el ruido del bar no opacara sus palabras.

Al hombre le gustaba la forma como Sophia hablaba, con un tono de voz dulce y pausado, tan distinto a la manera de hablar de Victoria. Además, y sobre todo, comprendía sus silencios, su represión. Era alguien perceptivo que no había podido renunciar a la idea fija que se le metió en la cabeza desde hacía unos meses. Algunas personas debían morir porque sistemáticamente impedían la libertad de otras, y porque era necesario hacer justicia.

«Parece un pez aleteando cuando llama al camarero». «Tal vez Sophia Malone ya debe saber que fue un error no dejar que su hermana se ahogara en el mar. Habrá soñado con ella asfixiándose muchas veces. Podríamos imaginar que quizás aquella vez que Victoria estuvo tanto tiempo bajo el agua se pudo haber convertido en una mujer-pez, y por eso decide tan mal y de forma tan cruel para con su hermana frágil…».

Eso se dijo el hombre mientras las miraba a través del reflejo del espejo que se hallaba en frente, justo al lado de la fotografía de los riscos. Entonces, levantó el vaso de *bourbon* y brindó.

Sabía muy bien cómo llevar a cabo el plan, y tenía la convicción de que no podrían atraparle. Porque, tal como lo veía, la lógica policial se había anclado en el pasado y no podría responder a una simple cuestión: ¿por qué un desconocido o una desconocida mataría a alguien sin un móvil? El suyo era un asunto para recobrar el orden, pero a la vez, producir belleza y, sobre todo, justicia. Otro crimen para su propio consumo y el de aquella institución, que había entendido su visión, que quedaría sin resolver.

Nadie podía atraparlo.

Victoria Malone se detuvo junto a su coche. En aquel aparcamiento no había nadie más a esa hora.

Sudaba. Había corrido cinco kilómetros, pero aquella noche no se encontraba satisfecha. Al final se había sentido cansada, y eso no estaba bien. Contrajo los labios, haciendo esa mueca que desde chica hacía cuando algo no salía como ella deseaba. De repente, pensó en Sophia y en su inestabilidad. Le molestaba que alguien que llevara su misma sangre fuera tan débil. Aún no salía de la casa que ella necesitaba vender para saldar algunas deudas. Había gastado más de lo debido con varias de sus últimas defensas en Innocence Project. Viajes, cenas con personas claves, algo de ropa y zapatos. Pero para postularse al cargo que deseaba debía invertir en su imagen. Eso se decía.

Sacó el móvil del brazalete para correr que llevaba en su brazo izquierdo. Con la otra mano tocó la manija de la puerta del coche. En ese momento, de repente, un hombre con un impermeable negro y capucha apareció de la nada. Llevaba un arma blanca en la mano.

—Está bien…, tranquilo. Te daré lo que me pidas… —le dijo Victoria, nerviosa.

El hombre levantó el arma brillante. Un cuchillo. Se acercó a ella con pasos cortos.

Un manto de terror cubrió la mente de Victoria por completo. Las fotografías, las de las víctimas que tantas veces había visto sobre su escritorio ahora la alarmaban horrores. Era como si le tocara su hora y de alguna forma supiera que era un castigo.

Estaba congelada, muda. No pensaba en nada.

En ese momento, otro hombre llegaba. Uno que venía caminando por el sendero que daba al área más frondosa del parque y que colindaba con el aparcamiento.

Cuando notó lo que sucedía, gritó:

—¡Hey…! ¿qué sucede allí?

El sujeto del impermeable tomó una decisión. Miró a Victoria con rabia, dio un paso rápido hacia adelante y le arrebató el móvil que ella tenía en la mano. Luego dio dos pasos atrás y se perdió entre los árboles, por el mismo lugar por donde había salido de forma sorpresiva.

El otro hombre corrió hasta llegar donde estaba Victoria.

—¿Está usted bien?

—Sí. No me ha hecho nada. No sé qué me ha pasado. Me he quedado inmóvil. Ha podido herirme y…

—¿Le ha robado algo? —preguntó el recién llegado.

—Sí… mi móvil. ¡Diablos…!

Apenas terminó de responder, el hombre se dirigió al lugar por donde el atracador se había escabullido.

—¡No vaya! ¡Podría herirlo! —gritó Victoria. No quería correr con las consecuencias de una muerte.

—Sé defenderme —respondió él.

Ya no lo veía. Solo lo escuchaba. Volvió a quedarse sola y sintió miedo. No podía creer que le estuviese pasando eso. Aquel no era un parque peligroso. Ella conocía los índices delictivos de la ciudad y las zonas riesgosas. No era una de ellas. Entró en el coche. Aseguró las puertas y aguardó. Se dijo que solo esperaría unos minutos, y si no, llamaría al 911 y luego se iría de allí. Cuando encendió el vehículo, vio volver al hombre que la ayudaba. Traía el móvil en la mano.

Abrió la ventanilla.

—Lo supe desde que vi cómo se conducía. Estaba nervioso. No era un delincuente veterano ni mucho menos. Ha dejado el móvil en el

sendero. De seguro se le ha caído al escuchar que lo perseguía. ¿Está usted bien? —insistió el hombre al momento en que le entregaba el aparato a través de la ventanilla.

—Sí. Estoy bien. He actuado como una tonta. Creo que es la primera vez que… no importa. Muchas gracias.

—No hay por qué darlas. Este lugar debía tener mayor vigilancia —dijo él, mirando a un lado y a otro.

Se despidió. Dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la salida del aparcamiento.

Victoria pensó en algo y luego le habló en voz más alta.

—Perdone. Veo que no tiene coche. ¿Quiere que lo lleve a alguna parte? —preguntó.

—Gracias. *Quid pro quo* —respondió él y subió al asiento del copiloto.

Una hora después, Victoria Malone colgaba atada de manos sobre unas brasas encendidas.

El «buen hombre» que la había salvado era un asesino despiadado. También había matado con su propio cuchillo al chico que había contratado poco tiempo antes para que fingiera el atraco. Lo hizo cuando aparentó seguirlo. El cadáver del chico quedó tendido entre los árboles. Este «buen samaritano» había escuchado a Victoria Malone hablar con su hermana Sophia en el bar una semana antes. Y en ese momento tuvo una clara visión del futuro: Victoria mataría a su hermana Sophia treinta años más tarde. Lo haría porque, arruinada y sin licencia para ejercer como abogada, dependería de ella, y nada resultaría peor para Victoria que necesitar de su hermana. En el fondo, la odiaba; él lo supo aquella noche del 6 de noviembre y fue capaz de ver el futuro.

Ahora miraba a Victoria morir. Las altas llamaradas derretían su piel y sus órganos, y ella aún emitía gritos desgarradores.

—El fuego te purificará, Victoria Malone. Tu alma tóxica ante el fuego se volverá proba y la muerte dejará en tu lugar un espacio de justicia —dijo mientras las llamas más encendidas se reflejaban en su apacible rostro.

2

CUANDO LLEGUÉ a la calle Setenta y Nueve Sur con la avenida Meridian ya la unidad forense y el coche de Anne estaban allí. Estacioné el mío y bajé pensando que aquella parte de la ciudad era una buena locación para dejar un cadáver. También para que fuera la escena de un crimen. Desde que entré en el Departamento de Casos Complejos no habíamos asistido a una escena de crimen en esa zona.

Me sentí desolada. Tal vez por el ambiente. Había pocas casas y muy separadas entre sí. Varios depósitos, galpones y locales pequeños estaban cerrados, supuse que desde el paso de la pandemia. Algunos comercios y empresas pequeños no habían podido soportar tantos meses de inactividad. Aquel era el último anillo de la ciudad antes de que finalizara, y eso en sí mismo parecía dar lugar a una ciudad dentro de otra, una más solitaria.

Me encaminé hacia Kliman Construction, el depósito de materiales de construcción en desuso donde se hallaba el cadáver.

Dos miembros del equipo forense se encontraban en el frente del lugar, a unos pocos metros de la puerta. Uno de ellos estaba descompuesto. Un chico pálido y, a todas luces, arrepentido de estar allí. Una chica a su lado aguardaba estoica a que su compañero se recompusiera, y miraba a todos lados. Parecía querer ocultar la debilidad de él.

Ella me miró y saludó. Yo hice lo propio. Pasé por el lado de ellos.

Había tenido la precaución de llevar conmigo los protectores de los zapatos y los guantes. Era una nueva política del Departamento que cada investigador se encargara de prepararse antes de entrar en las escenas de los crímenes. Los saqué del bolsillo interior de mi chaqueta y me los puse.

Inspiré profundo e ingresé en la instalación.

Al principio, me pareció oscuro por el contraste de la luz del exterior, pero enseguida, un fuerte olor a piel quemada me atacó.

—Espere, detective… —escuché que dijeron y me detuve. La chica forense había caminado hasta la puerta y me aguardaba afuera. Llevaba consigo un pequeño objeto entre las manos.

Di la vuelta y volví sobre mis pasos.

Me entregó lo que llevaba.

—Estos tapones son mejores que la crema nasal. El Departamento los ha comprado hace poco tiempo. Ensancha las fosas nasales, le permite respirar, pero el olor mentolado funciona muy bien para…

escenas como esta —dijo.

Tomé el pequeño envoltorio plástico que me ofrecía.

«Escenas como esta», me repetí.

Miré el nombre de la técnica forense.

«Pansy Barnett».

—¿Tu compañero se encuentra bien, Pansy? —le pregunté.

—¿Theo? Es nuevo. Y la verdad es que allí adentro no es agradable —respondió ella.

—Tú lo toleras bien —señalé.

Me había llamado la atención la naturalidad con la que esa chica tomó la escena en contraste con lo afectado que estaba su compañero. Aunque era lo adecuado, en ese momento, la diferencia del comportamiento entre ellos parecía ser un llamado de alerta que una parte de mi cabeza me hacía y yo no comprendía del todo.

—Si no se vistiera uno con una capa de frialdad cada mañana, no valdría para este trabajo —respondió Pansy. Luego se despidió de mí con una inclinación de cabeza, le agradecí los tapones y se marchó.

La vi cuando llegó junto a Theo. Observé cómo puso su mano sobre el hombro del chico.

«Tienen una relación», me dije.

Abrí el envoltorio, me puse los tapones y volví a entrar en el corredor oscuro de Kliman Construction. Esta vez, mis ojos parecieron acostumbrarse más rápido a la oscuridad. Entonces tuve una visión. Las paredes, el techo, el suelo de ese lugar, todo lo vi lleno de hielo, como si fuera una caverna helada.

¿Por qué veía eso?

3

EL HIELO DESAPARECIÓ. Quedó el suelo empolvado y también a la vista los rincones entre las paredes y el techo, repletos de densas telarañas. Escuché la voz de Anne y de Lilian Peterson, la jefa forense.

Cuando terminé de recorrer el pasillo, llegué a la habitación donde estaban ellas, otros forenses tomando muestras y el cadáver de una mujer incinerado. Costaba pensar que aquel amasijo oscuro había sido una persona. Solo podía identificarse su silueta, la cabeza, los hombros, las piernas. Colgaba en medio del lugar de una cuerda que estaba amarrada en una viga del techo. Debajo de sus pies, en el suelo, podían verse los restos de lo que había sido unas brasas dentro de un gran cilindro metálico.

Me detuve y la miré. Sentí pena por ella.

—Hola, Alexis. No sabemos quién es, aún —me dijo Anne acercándose a mí. Lilian también lo hizo. La voz de Anne lucía afectada.

—Hola, Anne. Lilian... —saludé.

—La quemaron viva —afirmó Lilian—. Murió hace al menos tres horas. Sufrió horrores.

—¿Un fanático? ¿Alguien cazando brujas? —sugirió Anne.

—¿Qué es este lugar? —pregunté.

—Ha sido varias cosas. Una contratista constructora. O, mejor dicho, el almacén de resguardo de los materiales, porque las oficinas principales estaban en el Centro. Antes fue una fábrica de hielo. Estoy hablando de mucho antes. Cerca había un matadero, o, mejor dicho, una nevera de carne que surtía a la ciudad y a los alrededores de las reses que mataban y desplazaban desde el sur del estado. Era propiedad de los Morganstaff. Los primeros dueños de Kansas, o de los primeros que diversificaron las fuentes de su riqueza. Comenzaron con el trigo, eran de Oregón. Realizaron exploraciones encomendadas por el Gobierno y levantaron mapas fraudulentos, estableciendo que los hallazgos eran de cobre y reservándose la existencia del oro…

Anne miró a Lilian, asombrada. Pensaría sobre cómo sabría tanto sobre el lugar y, sobre todo, cómo pensaba que nos interesaría aquella cantidad de detalles sobre los Morganstaff y el lugar del crimen.

—Mi marido está algo desocupado últimamente y está haciendo una investigación histórica sobre Kansas, las empresas, la riqueza, las ciudades, los objetos… —completó a manera de explicación.

Yo, en cambio, pensaba en el hielo. Pensaba en el frío en ese lugar,

en el contraste con las temperaturas externas, sobre todo en verano, cuando alcanzábamos cuarenta grados. Muchas personas debieron experimentar ese contraste de temperatura y tal vez alguna, mientras caminaba por el corredor, se decía que ya debía enfrentarse a la caverna helada. Las personas que allí trabajaban desde hace muchos años, enfrentando los contrastes… Después pensé en el fuego que mató a esa mujer. ¿Por qué fuego?

—¿En qué piensas, Alexis? —me preguntó Anne.

—¿Por qué tomarse tantas molestias para matarla así? ¿Qué nos quiere decir? —respondí.

—*Juana de Arco en la hoguera*. No puedo pensar en otra cosa. Y en Marion Cotillard en el teatro, representándola. Una joven campesina que tuvo visiones y se convirtió en heroína y luego en la santa patrona de Francia. Alguien con una vida intensa y corta. Veamos quién es nuestra Juana de Arco… Espero poder avanzar con su dentadura y comparar con los registros dentales de las personas declaradas desaparecidas… —sugirió Lilian y luego se apartó para atender la escena.

En ese momento la chica, Pansy, se acercó y mostró a Lilian algo en la pantalla de un iPad. Lilian nos miró a Anne y a mí con una expresión extraña.

4

—TIENEN QUE VER ESTO —dijo Lilian. Acto seguido, se acercó con el dispositivo en la mano y nos mostró la imagen.

Los dedos de Lilian que sostenían la pantalla nos indicaban algo aterrador; aquella figura ya Anne y yo la conocíamos. No igual, pero sí muy parecida.

—¡Dios mío! —exclamó Anne.

—Es igual a lo que se halló en la escena del hombre decapitado. El que… —dijo Lilian.

—¿Dónde…? —comenzó a preguntar Anne.

—En la puerta de la entrada. No se veía porque la puerta estaba abierta. Lo ha estado desde que dieron la alerta del olor, la vecina de la casa más próxima, y los agentes policiales se acercaron. Nadie movió la puerta hasta que lo hice para fotografiar… —dijo la forense.

En la imagen se veían dos triángulos, los números 12-12 y la letra B.

Recordé la escena del *homeless* encontrado en el Chapin Park, el parque para perros cerca de South City. Se halló el cuerpo de un hombre, aún no identificado, decapitado casi en su totalidad. La disección se realizó con un hacha que fue hallada próxima al cadáver y en el lugar se encontró a Marlon Grissom, un hombre esquizofrénico que vivía en la calle, sin familia ni amigos. Era un sujeto trastornado y con un historial de violencia en al menos dos de los comedores parroquiales. Grissom confesó haber asesinado al otro hombre porque había intentado ocupar su espacio. En el césped se halló una figura muy parecida a la que ahora encontramos en la puerta. Se trataba de dos triángulos, aunque uno de ellos era más pequeño, y los números 12-06. La letra era la A.

—¿Un retorcido loco mató a ese hombre y a esta mujer? —preguntó Anne.

—No creo que sea coincidencia lo de las imágenes. Hay demasiada diferencia en las escenas, en las víctimas. Aunque no sabemos quién era ella… Tampoco quién era él. ¿Nunca se supo la identidad del *homeless* decapitado? —pregunté a Lilian. Aunque Anne y yo conocíamos los detalles del caso, continuaban investigándolo Stuart y McKenzie. Para la jefa Tonny, no era más que un ataque entre *homeless*.

—No. Hasta ahora. Desde que lo hallamos, hace quince días, hemos intentado averiguarlo. He enviado registros dentales a clínicas

psiquiátricas, pero nada aún. Tampoco ha estado preso. Espero que con esta mujer no nos suceda igual —comentó Lilian.

Anne y ella miraron de nuevo el cuerpo. Ya los forenses estaban desamarrándolo para llevárselo. Era una labor cuidadosa. Lilian fue con ellos.

Yo me había quedado pensando en algo de lo que ella acababa de decir.

«Tampoco ha estado preso».

Fue cuando, como un *flash*, llegó un recuerdo a mi cabeza. Un cuaderno de cubierta negra y rugosa. Uno que tenía mi padre en casa, en su estudio. Me vi a mí misma, de cinco años o menos, tomarlo. Pesaba. Lo abrí y sabía que no debía hacerlo. Papá estaba afuera en el patio, discutía con mamá. Miré la primera página. Eran escritos suyos, con su letra. Luego pasé las páginas y en una de ellas estaban esos triángulos, idénticos. Estaba segura. Eran negros y contenían unas medidas y unas letras en un alfabeto que no comprendí. Luego dejé el cuaderno de la misma forma como lo hallé. Mi padre murió en la cárcel, una dirigida bajo el Modelo Bell. Por eso, todo vino a mi memoria cuando Lilian habló de ello.

¿Por qué tendría mi padre —el asesino de mi madre— esas figuras en sus anotaciones?

Otra vez las culpas de mi padre volvieron a mí.

Desde hace poco sabía que mi padre formaba parte de la oscuridad, porque estaba junto a uno de sus miembros en una fotografía de joven, en la Universidad de Topeka. Eso lo descubrí mientras investigaba un caso, el de Daniel Braun. Además, ya la amiga de mi abuela, Wendy Tandy, me había dicho que mi abuela paterna formó parte de la oscuridad un breve periodo de tiempo y que había enviado lejos a mi padre para que él no tuviese nada que ver con ella. Pero esa distancia no sirvió de nada. De entre los recuerdos subconscientes que guardaba de niña, de muy pequeña, cuando vi aquella fotografía de los estudiantes de la Universidad de Topeka donde estaban miembros de la oscuridad, emergió la cara de mi padre. Reconocí la forma de las cejas, de la frente y la particular forma de sus orejas, grandes y un poco puntiagudas. ¡Era la foto de mi padre cuando era joven!

Le hablé a Anne de la oscuridad y de mi padre. De que lo reconocí en la fotografía que lo implicaba. Para ella, la oscuridad era una secta más y dejé que continuara pensando eso. Lo importante era que sabía que Killian Carter formaba parte de ella. La oscuridad reclutaba personas, tal como me había contado Wendy Tandy. Cualquiera podía caer ante ella si le ofrecía algo muy deseado. La venganza, la rabia, la culpa o los celos eran razones poderosas. Lo habían hecho con mi propia abuela y con mi padre. Por eso él había asesinado a mi madre.

La oscuridad siempre me había pisado los talones a mí, a mi familia…

Luego Anne averiguó el paradero de mi padre. Se encontraba en la cárcel de Huntsville, e incluido en un programa de la GEP. Una empresa privada que se mostraba como líder en rehabilitación. Era el Grupo Privado Bell, que todos conocían como el Correccional Modelo Bell. Ofrecía gestión a través de «servicios de fe», o eso era lo que difundía. Para mí eran un brazo de la oscuridad. Mi padre había convencido a los expertos de que estaba rehabilitado, según averiguó Anne. Pero, para mí, continuaba siendo un asesino despiadado. Lo presentía. Cuando tuve el valor de ir a visitarlo me dijeron que había muerto en presidio. Y eso fue un alivio. Pero ahora los triángulos, los mismos de casa, volvían a lanzarme al oscuro pozo de las dudas sobre mi padre asesino y su peso en la oscuridad.

¿Estaba realmente muerto o todo había sido un complot de la mano de los Bell porque ya sabían que lo había conectado con la oscuridad?

—Alexis…, Alexis. ¿No me has oído? —preguntó Anne. Me había apartado de la realidad, metida en mis pensamientos.

—Perdona —respondí, intentando decirme a mí misma que tal vez lo de los triángulos era solo una coincidencia, o una mala pasada de mi imaginación.

5

LE PEDÍ a Anne que fuésemos a ver el escrito en la puerta.

Nos dirigimos hacia ella, dejando a Lilian y a Pansy Barnett.

De camino, mi compañera reflexionó:

—Los antiguos cristianos dibujaban cruces en las puertas de sus casas. Era una protección ante el mal. Hace poco tiempo me lo ha recordado Randolph.

—¿Quién es Randolph? —pregunté.

—Mi amigo y confesor. Estuvo destinado a Irlanda y por ello nos separamos un poco, muchos años. Pero ahora ha vuelto a la ciudad y significa para mí un gran apoyo. De seguro te lo he mencionado, pero últimamente no me prestas mucha atención que digamos —se quejó.

Me quedé pensando en que en realidad era llamativo que el asesino hubiese escrito y dibujado los triángulos en la puerta. En el caso del crimen del Chapin Park lo hizo en la tierra, apartando el césped.

Salimos de la edificación y miramos la escritura. Parecía haber sido hecha con un objeto afilado, de punta algo ancha, como una navaja. Recordé la imagen de Chapin Park. En ese momento no le prestamos atención. Pensamos que había sido escrito por alguien que había ido a pasear a su perro antes de que Grissom matara a su víctima. Pero ahora todo era diferente. Me dije que también pudo haber sido hecha con el mismo instrumento.

Toqué la superficie, en donde estaban los triángulos. A través del guante sentí la hendidura que había hecho el instrumento en la madera. Anne me miraba con curiosidad. Esperaba algo de mí.

No experimenté nada. Volví a recordar la imagen en el libro de mi padre. Pero ahora recordé que sus hojas eran rugosas, no tan flexibles ni tan finas como las hojas comunes. Tal vez de lino, o como los pergaminos. Rugosas como la superficie de esa puerta…

Tomé una foto de las muescas; de las palabras y los números con mi móvil.

En ese momento, nos dimos cuenta de que alguien detuvo un coche en mitad de la vía, al frente de Kliman Construction. Una mujer bajó de él e intentó caminar a toda prisa. Los agentes que resguardaban la escena se lo impidieron.

—¿Quién…?

—¡Déjenme pasar! ¡Es mi hermana! ¿Qué le ha pasado a mi hermana? ¡Suéltenme! —gritaba.

Anne y yo caminamos unos pasos hasta situarnos junto a la mujer y los agentes que le impedían el paso.

—Soy la teniente Anne Ashton y ella mi compañera, Alexis Carter. ¿Puede decirnos quién es usted y por qué está aquí? —preguntó Anne.

La mujer detuvo el forcejeo con los agentes.

—Soy… soy Sophia Malone. Mi hermana me envió un mensaje. Un mensaje inquietante. Decía cosas que ella nunca diría. Así que supe que algo iba mal. Me dijo que viniera aquí de inmediato.

—¿Hace cuánto le escribió su hermana, Sophia? —le pregunté.

—Hace media hora. ¿Por qué no me dejan pasar? ¿Qué está sucediendo?

—¿Cómo se llama su hermana? —preguntó Anne.

—Victoria Malone. Ella es abogada defensora…

Anne y yo sabíamos quién era Victoria Malone. Ahora el cuerpo calcinado podría tener una identidad para nosotras.

6

—SERÁ mejor que no entre allí —recomendó Anne con palabras rápidas.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué no me lo dicen? Esos hombres de mono quirúrgico solo aparecen cuando hay un cadáver. ¿Es que mi hermana ha cumplido lo que dijo que iba a hacer y está muerta? —razonó.

—Adentro hay un cadáver de una mujer. Haremos las comprobaciones. Ahora mismo no podemos afirmar que se trate de su hermana. ¿Puede mostrarnos el mensaje? —pregunté.

La mujer tomó un móvil del bolsillo de su pantalón, lo desbloqueó y luego marcó el ícono de WhatsApp. Nos mostró el mensaje de Victoria Malone:

«Querida Sophia, fue una imprudencia por mi parte haber obligado a papá a tomar esa peligrosa vía solo para que me acompañara en mi cumpleaños. Quería impactar a mis invitados, y sabes que papá todavía lograba ese efecto en algunas personas. Por mi culpa murió. Tampoco es cierto que quisiera vender la casa. De hecho, me dijo que prefería que vivieras allí hasta que te sintieras con ánimo de ir a otra parte. Estaba tan orgulloso de ti como de mí. Ahora te lo digo sin escrúpulos: soy una irresponsable con mis finanzas, no me interesa casi nadie de los clientes del Innocence Project y un día, dentro de muchos años, iba a matarte. Así que estoy mejor muerta. Ven a la Setenta y Nueve Sur con la avenida Meridian, a Kliman Construction de inmediato».

El mensaje que el asesino había escrito era inquietante. No solo porque demostraba conocimiento de asuntos familiares y personales de Victoria Malone y su hermana, sino por la alusión al futuro. ¿Cómo iba a saber que dentro de muchos años una hermana mataría a la otra? A menos que se tratara de alguien con la capacidad de prever algunas cosas, alguien superempático y con más poderes o claridad mental que yo. Alguien de la oscuridad.

—¿Cómo se ha suicidado mi hermana? ¿Se ha colgado de una soga? ¿Se ha disparado? Es que es tan surrealista que Victoria se haya suicidado. Por otro lado, esas cosas del mensaje…

—Debe sernos muy sincera. Excluyendo lo relativo al futuro, ¿lo que se dice en el mensaje es cierto? —pregunté.

—Sí. Fue una imprudencia lo del viaje de mi padre y fue culpa de Victoria. También tenía problemas económicos. Yo lo intuía, aunque

ella nunca lo confesó. Que mi padre estuviese orgulloso de mí, no lo sé. Sé que lo estaba de ella, y lo de que quería que yo permaneciera en casa sí es verdad, y tengo la prueba. Mi padre lo habló con su albacea. Me comuniqué con él para el asunto de la venta que Victoria deseaba y él me lo dijo. También me dijo que le extrañaba que mi hermana estuviese proponiendo la venta de la casa porque ella sabía cuál era la voluntad de papá. Así que creo que lo que se dice en el mensaje, todo, es verdad.

—¿Entonces por qué ha dicho que su hermana nunca diría esas cosas? —preguntó Anne.

—Porque mi hermana no era una persona sincera —respondió tajante.

—¿Esta imagen le dice algo a usted? —le pregunté, mostrándole mi móvil.

—No. En lo absoluto. Parece un acertijo, pero está incompleto… —dijo Sophia Malone.

—¿A qué se refiere? —pregunté. Anne la miró con expectación.

—¿No ve que el triángulo inferior ha sido dibujado sobre la línea natural de la madera de la puerta? Justo donde la puerta, por su diseño, muestra un canal de madera. ¿Por qué aprovechar esa línea recta? ¿Para qué descansar la figura sobre esa línea? Eso me hace pensar que esa figura es solo una parte del conjunto que quien la hizo tenía en su cabeza. Cuando dibujamos una figura independiente la situamos en medio de la escena. En este caso, debió haber estado entre las dos líneas repujadas de la madera de la puerta. Puede que no me esté explicando bien… —dijo temerosa.

Pero yo entendía su punto. Sophia Malone estaba en lo cierto. Esta figura tenía sentido en relación con la otra encontrada en el parque de perros. Eran como las piezas de un rompecabezas.

—¿Los números le dicen algo? —preguntó Anne.

—Nada especial. Tampoco la letra.

—¿Cuál es su profesión? —pregunté.

Sophia me miró, intimidada. Era una mujer retraída y no acostumbrada a hablar de sí misma.

—Soy maestra, de niños pequeños. Sé algo sobre ellos, analizando sus dibujos y creaciones —respondió.

Me hice la idea. Sophia y Victoria eran el agua y el aceite. La segunda, dominante, decidida, dispuesta a comerse el mundo. Sophia, tímida, insegura. Podía imaginar el pasado entre ellas, y la voz ignorada de alguien como Sophia junto a alguien como Victoria. Tal vez ante el mismo padre de ellas, ante la familia. ¿Es que el asesino estaba favoreciendo a Sophia? ¿Equilibrando las cosas?

—¿Por qué esto es importante? ¿Cuándo podré ver el cadáver de mi hermana? Yo quisiera… espere un momento. ¿Por qué no pueden

afirmar que se trata de mi hermana? ¿Es que se ha disparado en el rostro? —preguntó Malone.

Era una mujer interesante. Hacía asociaciones rápidas, como la que hizo sobre la figura, y por otro lado, también las hacía lentas. Era ahora cuando se daba cuenta de que algo debía tener el cadáver que no nos permitía una identificación.

—Lo que allí sucedió no puede haber sido un suicidio. A esa mujer alguien la asesinó, y lo hizo hace horas. Es muy posible que, si se trata de su hermana, sea el propio asesino quien le escribiera, señorita Malone. Lo siento mucho —dijo Anne y luego completó—. Pero primero debemos confirmar la identidad del cadáver. Haga el favor de llamar al móvil de su hermana en este momento —ordenó.

Sophia Malone, sumisa, hizo lo que Anne pidió.

Pero no dio resultado. El móvil de Victoria Malone se encontraba apagado.

7

—NO HAY DUDAS. El cadáver pertenece a Victoria Malone —sentenció Lilian.

Nos hallábamos en la sala de autopsias.

Anne inspiró.

—Un asesino serial. Lleva dos víctimas, «A» y «B». Me pregunto cuántas letras tiene su abecedario —dijo Anne.

Lilian nos entregó el informe forense. Había trabajado con ahínco. Apenas hacia unas horas que habían levantado la escena del crimen.

Ya eran las cuatro de la tarde del día 13 de diciembre.

Anne y yo salimos de la sala y nos encaminamos al Departamento, situado en el edificio de junto. La jefa Tonny deseaba hablarnos. Ella temía también que se tratara de un asesino serial y que esto no acabara aquí. Las fechas navideñas imprimían una presión aún mayor. Nadie quería ver empañada la época con la idea de que había un asesino despiadado desatado en la ciudad.

—Esto no me gusta, Alexis —dijo Anne—. Esos triángulos. Es complejo… Además, esa forma tan macabra de asesinar, si nos orientamos a creer que se trata de las mismas personas, o persona, las que decapitaron al desconocido del Chapin Park y quienes mataron a Malone. Podría ser un rito, unos asesinatos religiosos, y de allí la diferencia del *modus operandi*. Podría ser que a cada quien le corresponda un tipo de muerte de acuerdo con alguna característica personal. Tal vez Victoria Malone era considerada una hereje por lo de las deudas o la falta de empatía con las víctimas que defendía. Ya Rossy está indagando en su vida, la que hasta ahora luce intachable. El punto es quién o quiénes son los inquisidores —planteó mi compañera de camino a la oficina de la jefa.

—Tampoco me gusta, Anne. ¿Cómo iba el asesino a saber que Victoria Malone mataría a su hermana? A menos que… —comencé a decir y dejé la frase inconclusa.

—Que tenga habilidades parecidas a las tuyas —completó ella.

La forma cómo mencionó la palabra «habilidades» no me gustó. Pensé que para Anne tal vez resultaba una carga muy pesada que su compañera contara con unas capacidades que muchas veces confundían más los casos, al menos al principio, aunque luego contribuyeran a la resolución de estos. Incluso una vez me ayudaron a salvarle la vida. Ahora me parecía que Anne deseaba tranquilidad, y quizás para ello debería contar con una compañera «normal».

Peor aún si le confesaba que en casa, de pequeña, vi unos triángulos similares a los que habíamos hallado en las escenas. Al menos eso creía. En ese momento me sentí algo apartada de Anne.

—Sé lo que estás pensando. Que esa secta de la que me has hablado a medias tiene algo que ver. Eso porque estás convencida de que personas con tus habilidades forman parte de ella, por lo de tu… —comenzó a expresar, pero luego calló.

—Ya veremos —alcancé a decirle para zanjar el asunto. Debíamos concentrarnos en el caso.

—Hablemos con la jefa Tonny, luego reunámonos con Rossy para saber si hay algo nuevo, y luego tendremos que visitar a Sophia Malone y darle en persona la terrible noticia de que, en efecto, su hermana está muerta y que no se suicidó —dijo ella.

—Debemos hacer que nos hable más. Ella debe conocer al asesino. O el asesino conocía a Victoria y a través de ella llegó a enterarse de esos aspectos íntimos familiares; roces, desatinos. Es como si las estuviese rondando, acechando… no sé por qué tengo esa idea en la cabeza.

—Nadie sabe por qué tienes esas ideas en la cabeza —completó Anne.

Entonces sí estuve segura de que Anne se estaba hartando de mí. Me apreciaba mucho, pero igual se estaba hartando de mí.

8

ERAN las seis de la tarde. Hablamos con la jefa Tonny y, lejos de calmarla, la dejamos más preocupada aún.

Le fui sincera. Creía que el asesino continuaría asesinando porque la idea que plantó Sophia Malone en mi cabeza había dado frutos. La de que el asunto de los triángulos parecía algo inconcluso. Pensaba que vendrían las víctimas «C», «D», «E»…

Lo otro que me molestaba era que no supiéramos nada de la identidad de la primera víctima, del hombre decapitado. La razón por la cual el asesino había iniciado su acción criminal debía ser importante, y normalmente las primeras víctimas son claves.

Nos despedimos de la jefa Tonny y nos dirigimos a la casa de Sophia Malone. Vivía en la avenida Murdock, muy cerca del Centro.

Era una casa de principios del siglo pasado, de paredes blancas, techos grises y dos espacios en un segundo piso que parecían pequeñas torres a ambos lados de la edificación. Con perfecta simetría habían plantado cuatro cipreses al frente, entre la vía y el jardín anterior de la casa. El conjunto tenía cierto aire de villa toscana. Era una casa pretenciosa y a la vez bella, que invitaba a la pasividad. Imaginé a Victoria y a Sophia de niñas corriendo por allí, sabiéndose propietarias de un lugar tan hermoso que les brindaba estatus. Los niños absorben el estatus como nadie. ¿Por qué habían resultado tan distintas sus personalidades? Yo había conocido a Victoria y era una mujer muy diferente a Sophia. Joseph Malone debió ser el artífice de esa diferencia.

—Así que Joseph Malone vivía aquí, con su hija menor. ¡Vaya casa! Fue un influyente empresario y constructor de viviendas, Rossy me ha actualizado mientras ibas al servicio antes de salir. También me dijo que la última ubicación del móvil de Victoria fue el paseo de las esculturas en el centro de la ciudad. Desde allí, presumimos, envió el mensaje a Sophia.

Me quedé pensando. Recordé las esculturas de bronce en ese lugar; la niña y el caballo, el gato, la mujer enseñando algo a su hijo, un zorro y su presa… Representaciones comunes de personas y seres vivos normales haciendo lo que hacen cada día.

—Están buscando el móvil de Victoria en la zona, en los basureros, sin mucha esperanza de encontrarlo. Tal vez lo lanzó al río Arkansas —completó Anne—. En fin, la familia de Joseph Malone tuvo dinero desde siempre. Ahora no sé qué hará la chica sola en esta mansión —

comentó Anne. Ya habíamos estacionado frente a la casa y nos bajábamos del coche.

—Tengo la impresión de que Sophia Malone ha estado sola desde hace mucho tiempo —le respondí.

Caminamos por un serpenteante sendero que se abría entre cortezas de pino y un manto de césped descuidado. Los cipreses eran testigos del deterioro que había sobrevenido a la casa Malone, de seguro desde que Joseph Malone había muerto. Estaban allí como una deteriorada Guardia Suiza protegiendo un cascarón vacío. Imaginar a Sophia en ese lugar era para mí como recrear una versión libre de Rapunzel, de una doncella encerrada en un mundo que nunca la había comprendido. En el mundo hecho a la medida de su hermana Victoria.

Entonces, cuando mis zapatos salieron un poco del sendero y tocaron con la punta la corteza de los pinos junto a él, tuve una visión. Dos niñas discutiendo cuáles rosas eran las más bonitas. Miraban unos rosales que se encontraban cerca que ahora no existían. Para la niña más alta, las rosas que más valían eran las rojas encarnadas, y para la otra eran las rosadas de tono pálido. Entonces, la niña grande agarró el tallo de una rosa y lo movió hasta clavar una espina en el dedo de la chica. La otra chica lloró con amargura, se sintió traicionada. Así terminó mi visión.

—¿Te pasa algo, Alexis? ¿Te duele la cabeza? —me preguntó Anne.

—No. ¿Por qué lo dices? —repliqué.

—Por tu expresión. No era de agrado —completó.

De repente, un viento helado nos atacó. Anne exclamó algo sobre enfermarse.

Llegamos junto a la puerta y tocamos. Apenas lo hicimos, Sophia abrió. Parecía que aguardaba justo detrás de ella.

—¿Es mi hermana? Me he quedado aquí tal como me han sugerido…

—¿Podemos pasar? —pregunté.

—Sí. Disculpen —respondió y se apartó.

Entramos.

Me fijé en un espejo grande de marco dorado y enarbolado que pendía de la pared del recibidor. A través de él pude ver mi imagen y la de Anne. También la de Sophia, de perfil. Allí en el espejo vi además una gran ola que se aproximaba y chocaba contra unas piedras. Lo veía como si fuera una pantalla y desde ella pudiera observar una película rodando.

Cerré los ojos y volví a abrirlos.

Entonces, ya el mar había desaparecido.

Escuché la puerta cerrarse. Sophia nos pidió que avanzáramos hasta llegar a una sala de grandes dimensiones. Allí nos sentamos. Ella

hizo silencio y me miró.

—El cadáver pertenece a su hermana, Sophia. Pero como le dijimos, ella no se suicidó. A su hermana la asesinaron. Lo sentimos —dijo Anne.

Sophia miró a Anne, incrédula.

—Lo único que sabemos del asesino fue lo que él mismo le escribió a usted. El mensaje no pudo escribirlo su hermana porque ya estaba muerta a esa hora —confirmó Anne.

Enseguida, Sophia Malone hizo algo totalmente inesperado.

9

LANZÓ UNA CARCAJADA.

Anne hizo silencio y yo también.

—Perdonen, es que no puedo contenerme. Deben ser los nervios. No puedo creer que alguien, que no tengo ninguna idea de quién puede ser, haya matado a mi hermana, y tampoco puedo comprender cómo esa persona pudo saber algunas cosas familiares que ni siquiera Victoria había confesado jamás. Es todo tan… ridículo —completó y volvió a reír.

Ahora sus ojos brillaban.

—¿Cómo la mataron? Necesito saberlo.

Miré sus manos. Vi una cicatriz en el dedo, en el pulgar, en la punta.

—¿Está segura? —insistió Anne.

Ella asintió.

—La quemaron viva —respondió mi compañera.

Sophia abrió más los ojos y su mano apretó el brazo de la silla vienesa en donde se había sentado.

—¿Tiene alguna idea de quién pudo haber asesinado a su hermana? —preguntó Anne.

—Creo que mi hermana pudo haber sido cruel con algunas personas. Incluso conmigo. Era como una aplanadora, de esas que destruyen todo a su paso y ni cuenta se dan del daño que hacen. Pudo haber sido alguna de las personas que ella defendía, que tal vez se dio cuenta de que les importaba un pepino —volvió a reír, ahora con menor intensidad—. Pero no la hubiesen asesinado de esa forma. ¿Quemada viva? ¿Qué hicieron? ¿Le rociaron combustible?

—No. La ataron sobre brasas y avivaron las llamas.

Ahora Sophia no reía.

—El mar. ¿A usted le dice algo el mar? Grandes olas chocando contra rocas —dije casi sin pensar.

Anne se aclaró la garganta.

—¿Usted se refiere a aquel hombre? Al del bar en la calle Harry. No lo sé. Sí que era un sujeto extraño.

—Háblenos de ese hombre —pidió Anne, ocultando que la asociación del mar con un hombre en un bar de la calle Harry de Wichita no estaba precisamente clara.

—Fue hace una semana. Mi padre murió. Un accidente de tránsito. Creemos que se quedó dormido en la vía. Desde su muerte yo no había

vuelto a ver a mi hermana. No éramos muy unidas. Ella me citó en ese lugar. Un bar con fotografías de riscos, y la verdad ahora mismo eso es lo que me dice el mar. Victoria me dijo que debía vender esta casa. Yo no quería. La odié más que nunca. Y pensé que hubiese sido mejor que Vicky hubiese muerto aquella vez que la salvé. Yo rescaté a mi hermana una vez, cuando cayó al mar. Lo único que hacía mejor que ella era nadar. Me encanta nadar. Y ella cayó desde un risco. Resbaló. Me lancé a rescatarla y lo hice. De eso hace mucho tiempo ya. Es como si hubiese sido en otra vida que tuve —dijo, e hizo una expresión de resignación y pesar.

—El hombre, Sophia. Hablemos del hombre —retomó Anne.

—Perdón. Lo siento. Es que nunca había visto tan claro como en ese momento del bar lo que fue la bifurcación de mi vida. Alguien lo decía, que algunas decisiones nos hacen lo que somos, y cuando yo decidí salvar a mi hermana, me hundí a mí misma. El hombre del bar que estaba en la mesa detrás de mi hermana me sonrió. Era como si de alguna manera descubriera lo que yo estaba pensando en ese momento. Eso fue todo. Sé que es una tontería. Pero era un extraño para mí y me sonrió. De eso estoy segura, y no me pasa con frecuencia.

—¿No pasó más nada con ese hombre? ¿Lo volvió a ver? —interrogué.

—No. Nunca. Solo esa vez. Por eso digo que es una tontería, pero cuando ha dicho el mar, las olas y los riscos, solo él me vino a la cabeza —insistió.

—¿A quién le ha comentado usted las cosas que se describen en el mensaje? Lo relativo a la muerte de su padre, el asunto de la casa, el problema financiero de su hermana… —indagué.

—Solo a mi psiquiatra. Al doctor Franklin Montero.

—¿El psiquiatra más famoso de Wichita? ¿El mismo Franklin Montero? —preguntó Anne.

—Sí. Ese —respondió ella.

—Al terminar le pediremos que nos brinde sus señas y que lo llame y le diga que hablaremos con él, lo que pueda decirnos sin romper la confidencialidad profesional —dijo Anne.

Ella asintió.

—El doctor Montero sabrá qué decir y qué no —dijo Sophia y tocó con el dedo índice la punta de su dedo pulgar. Era algo que hacía cuando se ponía nerviosa, me dije.

—¿Cómo era el hombre? —pregunté.

—Delgado. Muy blanco. Llevaba una bufanda gris, o azul. No se la quitó en todo el rato. Eso me llamó la atención. La temperatura del bar invitaba a quitarse todo. Hacía un calor de muerte…

—¿Podría reconocerlo de volver a verlo? ¿Hacer un retrato

hablado con nuestros técnicos? —preguntó Anne.

—Sí. Podría intentarlo. Sus cejas eran pobladas, su piel, muy pálida. Como si estuviese enfermo. ¿Es que creen que ha sido él? Todo esto resulta alucinante —confesó ella.

—¿De qué hablaron usted y su hermana ese día en el bar? —le pregunté.

—De la muerte de mi padre, de la venta de la casa, de la vez que salvé a Victoria… —recordó.

—¿Desde donde estaba ese hombre pudo escucharlas? —insistí.

—Sí. Creo que sí. Victoria tenía un tono de voz bastante fuerte.

Anne y yo intercambiamos miradas.

—Vamos a necesitar el nombre del bar, Sophia —concluyó Anne.

10

Salimos de casa de Sophia.

Tomamos el coche y nos dirigimos al bar Longview.

El local se hallaba a pocos minutos de distancia.

Tomé la calle Main. Me pareció al transitarla que estaba desolada. Más de lo que correspondía que estuviese a esa hora. Eran apenas las siete y media de la noche.

Notaba que Anne estaba callada. Algo parecía preocuparle.

—¿Qué sabes de Franklin Montero? —pregunté.

—Un profesional con fama. Vivía en Washington. Allí hizo su carrera académica. Ha escrito libros y dictado conferencias. Ha llamado la atención por su posición ante el aborto. Está en contra de él, también de la eutanasia. Ha declarado que eso va en contra del plan de Dios. Sabes que soy católica practicante, pero sus opiniones me parecen radicales y equivocadas.

—¿Por qué vino a vivir a Wichita? No es una ciudad plataforma de publicidad precisamente —cuestioné.

—Pues allí está lo llamativo. Dicen que alguien en Washington supo algo sobre él. Algo que comprometía su imagen. Alguien del partido de oposición, que ya sabrás cuál es, conociendo su postura conservadora. Y entonces acordaron no difundir el secreto si renunciaba a sus pretensiones políticas y se mudaba de la ciudad. Me parece que era un lío de faldas, como dicen en la vieja guardia.

—Y apartando sus aspiraciones políticas, ¿como psiquiatra será efectivo? —cuestioné.

—Debe serlo. Porque esa fue su puerta para darse a conocer —respondió.

—¿Qué recuerdas de Victoria Malone? —le pregunté, cambiando el tema.

—Poca cosa. Parecía competente. La visitamos en las oficinas de Innocence Project con aquel caso de Gerard Haynes, a quien detuve por asesinato sin las pruebas necesarias. Ya eso lo sabes. No estoy orgullosa y me ha costado perdonarme. Pero sé de ella lo mismo que tú. Dedicaba su vida a asistir a víctimas del sistema legal, a inocentes culpados de manera injusta —me respondió.

Era cierto lo que decía Anne sobre Victoria Malone. Pero para el asesino, ella era una farsante, una hereje. Por eso el fuego.

—¿Es que de verdad crees que un desconocido se tomaría la potestad de asesinar a alguien de esa manera solo porque escucha una

conversación en un bar? Yo creo que deberíamos investigar al psiquiatra. Sophia Malone es como la dama en apuros de las historias. Es una mujer hermosa, bucólica. Tal vez despierte en hombres racionales la necesidad de hacer algo irracional. Y más si son hombres de esos que se enamoran irrefrenablemente, como quizás sea Montero. Puede que de explicarse tanto la mente perturbada haya perdido los límites de su propia mente. No lo sé… —aventuró Anne.

—Vamos a investigar al doctor Montero, Anne. Siempre lo hacemos y mantenemos la mente abierta. Pero te pido que confíes en mí y también consideres que lo del desconocido del bar es significativo. La misma Sophia lo recordó, y es una mujer inteligente, perceptiva. Eso me parece —argumenté.

Anne hizo silencio.

Llegamos al bar. Hicimos preguntas. No obtuvimos nada. Ninguno de los camareros recordaba al hombre de la bufanda. Solo uno, y su descripción no resultó útil. Había pagado en efectivo y era la primera vez que lo veía allí.

Cuando salimos del Longview, Anne recibió una llamada extraña.

11

—Soy Anne Ashton. ¿Quién habla?

Escuchaba lo que la otra persona le decía. Entonces, puso el móvil en altavoz.

—Repita desde el principio, por favor —pidió.

—Soy Emily Parker, del diario *Eagle*. La conocí cuando cubrí el asesinato de Northeast Heights. Le escribo porque sé quién ha matado a Victoria Malone. Debe ir mañana a un lugar llamado «La Casa del Musgo» en Stull, a cuarenta y cinco minutos de Lansing. No sé si antes ha estado allí, pero es un lugar infernal. Me refiero a Stull. Ahora no puedo decirle nada más. Si mi jefe se entera de que le he dado esta información, me quedaré sin trabajo. Me pidió que investigara sin alertar a nadie. Además, esto puede ser peligroso. Por eso me siento más segura si usted está allí. Parece haber un mercado del mal. Algo grande.

—Perdone, pero debe decirnos más. Me encuentro con mi compañera Alexis Carter y no viajaremos a Stull si no creemos que en realidad seguimos una buena pista. ¿De dónde saca que debemos ir a La Casa del Musgo esa? ¿A quién debemos buscar allí? —preguntó Anne.

—Sabe que soy una periodista seria. Le digo que es una buena pista. No puedo decirle más, así que deberá confiar en mí. Yo también estaré allí, y entonces les contaré.

Luego de afirmar eso, Emily Parker cortó la comunicación.

—¡Vaya propuesta! —exclamó Anne.

—Sí que es inusual. La chica es buena en su profesión. La recuerdo. Podría ser una buena pista. De todas formas, aquí no tenemos mucho de dónde tirar. No sabemos la identidad de la primera víctima. Rossy y el equipo están investigando lo posible sobre Victoria y su trabajo. Además, algunos expertos están analizando los triángulos. Stull queda a dos horas de aquí. Podríamos ir apenas amanezca y volver para estar en el Departamento a medio día, y así comprobar si Emily Parker ha perdido el tino. Además, me pareció asustada —completé.

—Sí. A mí también. Un periodista no nos involucraría si no se sintiera más protegida de esa forma. Debe tener una buena razón. Llamaré a Harry para que se encargue de los chicos. Hoy están en su casa, así que solo tendría que llevarlos a la escuela y luego los buscaría en la tarde. Si crees que debemos ir, pues iremos —decidió Anne. Aunque no la notaba muy convencida.

Yo tenía otra razón para querer ir a Stull. En mis investigaciones sobre la oscuridad, había descubierto que era un lugar denso en cuanto a las creencias oscuras. La leyenda infame sobre su cementerio poseído por fuerzas tenebrosas había sido un polo de atracción para turistas y estudiantes, pero más allá de eso, tenía la impresión de que la presencia de la oscuridad en ese lugar era fuerte. Tal vez Parker no estuviese tan equivocada. Además, mi padre viajaba a Stull con frecuencia. Mi abuela, quien me cuidó una vez que mamá fue asesinada por él, lo mencionaba.

Siempre todo me llevaba de nuevo a mi padre, y de alguna forma, a mí misma.

Ya no podía percibirme separada de la oscuridad a la que me enfrentaba y eso me inquietaba, y cada vez más presentía que el asesino formaba parte de ella.

—¿Qué diablos significará un «mercado del mal»? —escuché preguntar a Anne.

12

AQUELLA NOCHE no dormí casi nada.

Tocaba el péndulo con mis manos, pero nada venía a mi cabeza. Aquel objeto, que en otras oportunidades me ayudaba a aclarar mis visiones y pensamientos, parecía haber perdido su poder para mí.

Sentí miedo del asesino de Victoria Malone. Yo era incapaz de tener visiones sobre el futuro, y si lo que ese hombre escribió a Sophia era cierto, y eso temía, él sí podía hacerlo.

Estaba segura de que la oscuridad contaba con personas más capaces que yo. Lo único que tenía era el péndulo y nada más… Ni siquiera contaba por completo con Anne. Me parecía que estaba necesitando un cambio en su vida, llenarse de cosas positivas y sencillas, y yo no apuntaba en esa dirección, tampoco su trabajo. Tal vez lo que percibía era la influencia de este tal Randolph, su confesor.

Me acosté y cerré los ojos. Solo para descansar un poco. Así permanecí unas horas. Cuando no podía dormir, al menos eso funcionaba para que mi cuerpo se relajara aunque mi mente no lo hiciera.

A las cinco de la mañana sonó la alarma en mi habitación. Apagué el despertador. Me levanté y preparé café. Lo tomé y estaba frío. El sabor del café en mi boca era diferente. Me supo a sangre.

No pude tragarlo por completo y lo arrojé a la tina del lavaplatos. Allí lo vi. Era sangre, brillante y con finos hilos amarillentos. Se perdía dentro del sumidero. Entonces, una araña negra salió de él como buscando la sangre, como motivada por ella.

Me desperté. Había sido un sueño vívido. El despertador continuaba sonando. Entonces, como en un *déjà vu*, lo desactivé, tal como hice antes en el sueño. Caminé hacia la cocina y preparé café. Lo hice como recordaba haberlo hecho en el sueño, porque todas las mañanas realizaba los mismos movimientos, como una autómata. Esta vez, el café sí tenía su sabor natural. Y en el lavaplatos solo había un vaso y no una araña sedienta de sangre.

Mi madre temía a las arañas. Su fobia a esos animales era asfixiante para ella y para mí, como todas las fobias. Recuerdo que una vez me subió al coche, uno de color celeste y grande que me gustaba, y apenas comenzó a manejar una araña trepó entre sus piernas y se posó en el vestido floreado que llevaba. Eso le produjo una crisis y perdió el control del volante. Tuvimos un accidente. Nos estrellamos contra un árbol. Las dos nos golpeamos un poco. Mi padre

no permitió que ella volviera a manejar después de eso.

¿Por qué recordaba esas cosas ahora?

Era como si un caudal de recuerdos de mi primera infancia se hubiese desatado de repente. Cosas que estaban dormidas. Sentía que algo me empezaba a cambiar, y los miedos de mi madre aparecían en mis sueños y yo los vivía como si fueran propios.

¿O es que esa araña negra y venenosa era la forma como mi cerebro quiso representar a mi padre, Killian Carter, quien enloqueció y apuñaló a mamá hasta su muerte?

Tenía que calmarme y olvidar mi trágico pasado.

¡Mi padre estaba muerto y yo tenía un caso muy extraño por resolver! Si él había sido parte de la oscuridad, eso ya nada tenía que ver conmigo.

Yo, al contrario, la enfrentaba con todas mis energías.

En ese momento, se me cayó la taza de café y se hizo añicos junto a mis pies.

13

TOMAMOS CAMINO A STULL.

Anne me pidió conducir. Tal vez mi rostro y mis ojeras le hicieron ver que no había descansado bien.

En el trayecto, en silencio, hice un recuento de lo que sabíamos hasta ahora. Los triángulos me daban vueltas en la cabeza. Hablé con Anne sobre ellos. Estábamos perdidas aún en cuanto a su significado. Nos planteamos varias tesis; el símbolo de los triángulos dio origen a ellas.

—Yo tampoco dormí. Hubo un problema en casa. Bueno, no en casa, sino en la calle. Hay una chica con problemas, una adolescente en la casa vecina. Mi amiga Britney, quien vive en la otra casa de junto, está convencida de que la chica quiere matar a su perro. En fin, tuve que calmarla un poco, invitarle una taza de té. Me ayuda con los chicos cuando no puedo llegar a casa. Más de una vez han cenado con ella y sus hijos.

Escuché a Anne con atención. Esas cosas un tanto triviales me parecieron como un bálsamo y sentí envidia de la vecina de Anne, de la gente normal.

—Lo que quiero decirte es que después de que Britney se calmó, de que terminamos hablando de la cena de fin de año, y de que se fue, no pude conciliar el sueño, y entonces me puse a investigar sobre los triángulos. Antes, por supuesto, llamé al Departamento y pedí que investigaran a Franklin Montero. En la mañana van a visitarle los sargentos Mike Ford y Paisley Rowse, como una avanzada antes que nosotras, y nos rendirán un informe a media mañana. El hecho es que Randolph me había recomendado un lugar en internet de contenidos interesantes e interactuación con inteligencia artificial. Descubrí que, para los griegos, el triángulo representa una puerta. Es por eso por lo que a menudo se usan los triángulos para simbolizar las vías que abren el camino hacia una sabiduría superior. Es un símbolo sagrado de entrada a otra dimensión. ¡La de cosas que se inventa la gente! Para mí, un triángulo es solo eso, un triángulo.

—Nada es solo una cosa, Anne. Tú lo sabes. Menos en las mentes criminales. Esperemos qué nos dicen los expertos semióticos. Hoy debe llegar un informe. Juliet Rice se encargaba de eso. Lo que dices de la puerta podría ser significativo. Después de todo, estaban dibujados en la puerta. Claro que en el parque no hay puertas y quizás por ello creó la imagen en el suelo.

—Que también puede ser visto como una puerta, una que conduce a lo que está oculto bajo la superficie —razonó Anne.

—Sí. Es posible. Yo creo que el asesino quiso castigar a Victoria por su doble moral. Además, creo que la vida de Sophia será mejor sin la existencia de su hermana, aunque suene duro decirlo así. ¿Y si lo que desea es cometer un mal para lograr un bien mayor? Tal vez los triángulos que no comprendemos signifiquen algo así. Después de todo, son dos; uno puede representar al sentenciado: Victoria, el hombre desconocido del parque; y el otro, aquel cuya vida mejorará cuando el primero no esté. Es decir, el abusado por la víctima. En este caso, Sophia, tal vez el *homeless* esquizofrénico… Quizás el hombre muerto era más violento que Grissom.

—¿Y los números? Seis y doce en Chapin Park, y doble doce en Kliman Construction.

—No lo sé. En el caso de Victoria y Sophia, tendrían el mismo peso, si es que el número significa eso, una valoración. Y en el caso de Chapin Park, quizás quiera decir que el hombre muerto tenía más peso que Marlon Grissom, o al revés. No sabemos a quién imputar cada cifra si es que la lógica de lo que estoy diciendo es la correcta y cada triángulo representa a una víctima y a un victimario, respectivamente. El asesino estaría matando al victimario para liberar a la víctima. Lo digo porque en las figuras hay dos triángulos juntos que comparten un lado. Es como si nos hablara de una relación entre dos elementos. Además, están esos números múltiplos de dos y relacionados con el seis.

—El seis es un número que se relaciona con lo satánico —completó Anne.

Asentí.

—Pero en el caso de Victoria y Sophia, ¿a ti te parece que las dos tenían «el mismo peso» como para asignarles a cada una el mismo valor? Creo que Victoria acaparaba todo en su familia, en su trabajo, y en general. Ella tendría cualquier número y la pobre Sophia tal vez el número cero —razonó Anne.

—Pero no olvides que el asesino dijo que «el padre de ellas estaba tan orgulloso de una como de la otra». Puede que fuera un hombre que no sabía expresar sus sentimientos. De esas personas que no manifiestan los afectos, pero que las valoraba igual. Con el mismo peso… —argumenté.

—¿Y cómo el asesino sabría eso? Tal vez era amigo de Joseph Malone —se respondió ella misma.

—No lo sé, Anne —completé yo.

Le dije eso, pero sí lo sabía. Al menos lo presentía. El asesino, ese hombre de la bufanda, podía ser como yo, y saber cosas importantes que leía en el interior de las personas con mi misma habilidad, o

mayor.

En ese momento vi un perro muerto en la vía, atropellado. Solo era un bulto oscuro, de pelaje negro. Imaginé su cara, su hocico entreabierto y sus encías. Así como sus ojos.

¿Por qué diablos estaba imaginando eso?

14

LLEGAMOS A LA CASA DEL MUSGO. Se trataba de una edificación que intentaba asemejar a las de la campiña inglesa. Al menos, esa fue mi impresión. Era extraordinaria su arquitectura para situarse en las afueras de Stull. Como si fuera más bien una locación para una película o una escena teatral. Era una casa de tres pisos con ventanas de sólida madera pulida y cortinas vaporosas blanquísimas que podían verse desde el exterior.

Vimos una imagen de ensueño; rosales desnudos por el invierno, pero plantados con esmero en varias jardineras, y enmarcando la puerta de madera maciza la razón que daba nombre a ese lugar: la amplia pared cubierta de musgo y enredaderas que en verano debían resultar hermosas, florecidas.

—Es un lugar bonito —dijo Anne.

Para mí también lo era, pero sospechoso. Su apariencia me parecía una trampa. Tal como podía parecer una telaraña a un insecto que luego se convertiría en una criatura que no volvería a ver la luz. Me sorprendí teniendo esos pensamientos tan trágicos.

Caminamos a la puerta. Sobre ella y desprendiéndose de la pared de musgo, vi una campana que pendía del dintel. Me resultó desagradable. De hierro, enroscada en su brazo, había una culebra con la cara de una gárgola.

Tocamos. Nadie atendió. Empujamos. Una vez adentro, vimos dos sillas y un mostrador. Avanzamos y llegamos a un salón que lucía acogedor. El fuego crepitaba en la chimenea. Olía a pino y a castañas. Se escuchaba una débil música. *Jazz*, sin estruendos. Una ventana de cristales esmerilados mostraba el esqueleto de un árbol sin hojas en el exterior. Arriba en el techo, un lucernario, junto a otros cristales coloridos en forma de rosetón, hacía pensar que estábamos dentro de una capilla.

—No parece haber nadie —dijo Anne.

Escuchamos unos pasos apresurados y vimos aparecer a una mujer.

—Por fin han llegado. Aquí podemos hablar sin interrupciones, solo un momento. Luego comenzarán a llegar los huéspedes —dijo—. Soy Emily Parker.

Era una mujer menuda, de tez morena y pelo crespo a la altura de los hombros. Llevaba lentes de montura blanca. Vestía un jersey color arena, unos *jeans* y unas botas.

—Usted es Alexis Carter. La famosa Alexis Carter —comentó.

Sabía a lo que se refería. La prensa amarillista conocía algunas cosas sobre mí. Aunque no podían comprobarlo, tenían la idea de que mis «métodos de investigación» distaban de los normales.

Me dio la mano.

La estreché.

En mi cabeza nada apareció.

15

—¿SABEN quién es Mason Turner? Es igual. Es un filántropo conocido en el mundo del arte. Está aquí en este lugar y por ello las he hecho venir. Me ha contado algo extraordinario. Deben hablar con él. Y luego contarme lo que les ha dicho, porque estoy segura de que a ustedes les dirá más que a mí. En ese momento, recuerden que yo les he dado la pista principal.

—Espera, Emily. Más despacio. Hasta ahora no nos has dado ninguna pista —reclamó Anne.

La chica hizo una señal de impaciencia.

Señaló hacia donde se ubicaba un juego de dos sofás y varias sillas, allí mismo en el salón, cerca de la ventana y del fuego. Nos sentamos. Emily Parker inclinó su cuerpo hacia adelante y comenzó a hablar.

—Mason dice algo increíble. Hay personas robando objetos pertenecientes a asesinos y mercadeándolos con un fin que no comprendemos. Lo han hecho con reliquias, con las pertenencias de asesinos famosos, como en el caso de Hickock y Smith, los asesinos de la familia Clutter. A quienes investigó Truman Capote aquí en Kansas. Pero no solo con ellos, con cualquier asesino. Es decir, hay mercado para todo. Para quien está dispuesto a pagar mucho dinero por un objeto y para quienes por quince dólares compran la gorra de un violador. Él mismo, Mason, estaba interesado en un reloj de mesa de valor, y al no poder obtenerlo, averiguó y averiguó hasta dar con la razón. El objeto fue vendido a un comprador, porque perteneció a un hombre que mató a su mujer en un arrebato. Él no lo sabía. Comenzó a indagar y de allí que descubriera el asunto.

Hizo una pausa que Anne aprovechó.

—Perdona, Emily, pero qué diantres tiene que ver eso con…

La chica levantó la mano.

—Poseo una foto de la abogada, en donde se le ve utilizando un anillo que pertenecía a una mujer que mató a su marido a hachazos, en España. Él la maltrataba. El asunto se encuentra en internet. En las redes… ¿Todavía no lo ven? Victoria estaba metida en algo obscuro. ¿Quién querría el anillo de una asesina como esa? Y creo que el asesino lo sabe. Sabe quiénes compran esos objetos y los mata. Estoy segura de que Victoria no es la primera. Mis fuentes me han dicho que han encontrado algo en la escena de Malone similar a lo encontrado en otra escena…

—¡Madre de Dios! —exclamó Anne.

Para ella todo aquello le parecía tirado por los pelos, pero para mí tenía sentido. Yo sabía que algunas veces se activan las visiones en mi cabeza cuando toco objetos. Comprendía que las cosas se impregnan de emociones, de sentimientos, de los recuerdos de las personas. Así como a mí me servía para descubrir la verdad, a otras personas tal vez les transmitía las visiones de los asesinos, sus sentimientos. Y justo eso era lo que buscaban. Experimentar lo que los asesinos experimentaban, el poder de ellos. Ese era el «mercado del mal».

Pero Anne no podía creer que Emily Parker nos hiciera venir a Stull para contar lo que para ella estaba resultando una sarta de tonterías. En todo caso, también se preguntaría por qué Rossy no había dado con esta información del anillo.

—¿Podrías mostrarme la imagen de Victoria? —le pregunté a Emily.

Ella tomó su móvil y me la enseñó. Allí estaba una Victoria Malone risueña, con una mano sobre el pecho; la derecha. Y mostraba en su dedo anular una joya antigua, un anillo coronado con un rubí y rodeado de varios diamantes pequeños.

16

—Y PARA QUE vea que no me lo estoy inventando… —completó.

Entonces me mostró otra imagen. Esta vez de un periódico llamado *La Vanguardia*. Allí una mujer enseñaba el mismo anillo. La foto parecía algo antigua. Cuando miré los ojos de la mujer fotografiada, sentí un intenso escalofrío. Uno de sus ojos estaba ligeramente desviado, pero no era eso lo que me inquietaba, sino la locura violenta que podía percibir en ella.

—¿Cómo hacen las personas para mercadear los objetos de los asesinos? —pregunté.

—Con complicidad de los guardias en las prisiones. Y creo también con la ayuda de quienes tienen acceso a las casas de ellos; personas de servicio, conserjes, amigos, herederos, albaceas. No lo sé. Cualquiera dispuesto a robar o vender pequeños objetos por una suma de dinero extra. Incluso gente que quizás se muda a una casa y, *voilà*, encuentra objetos que pertenecieron a alguien malvado. Pero es Mason quien debe aclararles todo. ¿A que es buena la pista? —preguntó Emily con la voz en un tono más infantil y un brillo renovado en los ojos.

Me pareció que no comprendía la gravedad del «mercado del mal».

—Sí, claro. Es una pista de fábula. Solo se trata de que Victoria compró un anillo que perteneció a una asesina española. Si es que no hablamos de uno parecido… —argumentó Anne.

—Lo que pasa es que no me han comprendido. El hombre decapitado en Chapin Park también compró un objeto de un asesino. Eso me ha dicho Mason, pero no me ha explicado más. Quería hablar con ustedes. Así que es la razón por la cual las he traído.

—¿Y Mason Turner sabe quién es ese hombre? —preguntó Anne.

—Eso creo —respondió Emily.

—Pues llévanos con él entonces —añadió Anne con apuro.

Era la primera vez que algo de lo que decía Emily le interesaba.

—Vayamos a Stull, al pueblo. Ahora estamos en las afueras. El cementerio está a cinco minutos caminando, y el Centro, a unos diez. ¿Alguna vez han caminado por aquí? Es un lugar «no incorporado». Eso dice Wikipedia, y la verdad es que uno lo nota cuando camina por sus calles. Este lugar antes se llamaba Deer Creek y luego tomó el nombre del jefe de Correos, Sylvester Stull. Su historia es aterradora, me refiero a la del pueblo. Todo ese asunto de que el cementerio está maldito y eso. Yo no creo mucho en estas cosas, pero sí creo que la verdad, en parte, es lo que están dispuestas a creer las personas. Si

alguien desea usar el anillo de una mujer violenta y asesina, es muy posible que el anillo en sí no tenga nada mágico, pero que, dado que esta persona lo cree, en parte, allí esté la magia. ¿Me explico? Puede que no…

Emily Parker era una chica capaz de hablar sin parar. La imaginé en su lugar de trabajo, hablando y hablando, y a sus compañeros intercambiando miradas de burla soterrada. No parecía ser una persona que se condujera por las apariencias; sus uñas no estaban arregladas ni tampoco su pelo. Se veía que se vestía con lo primero que encontraba en el armario. En conclusión, parecía la antítesis de los *millennials*, de la gente de su edad. Debía tener treinta años a lo sumo. Me gustó su forma de ser, y a la vez me parecía que algo en ella la hacía vulnerable, tal vez su ingenuidad, su verborrea. Podía llegar a decir cosas inconvenientes.

—Sí, te explicas. Puede que cuando percibas algo raro en un lugar lo mejor sea no profundizar. Si ese algo es desagradable —alerté.

—¡Oh! Lo mismo me ha dicho mi madre siempre, aunque ya creo que renunció a cambiarme. Sabe que soy curiosa por naturaleza —convino Emily y sonrió.

Mostró una bonita dentadura y una todavía más bonita sonrisa.

—Vamos, entonces, a hablar con Turner —dijo Anne de mejor humor. Creí en ese momento que la frescura de Emily también había ablandado su malestar por considerar que perdíamos el tiempo en Stull.

Salimos por una puerta lateral que conducía a un sendero rodeado de abedules desprovistos de hojas. Entre ellos, destacaba un sauce llorón de más de ocho metros de altura. Este árbol imprimía un toque de misterio al sendero. No parecía corresponder al lugar. Sin duda, alguien lo había plantado allí para contrastar con el ambiente.

—¿Por qué Turner no nos ha esperado en La Casa del Musgo? —pregunté.

—No lo sé. Es un hombre extraño. Uno no sabe lo que va a hacer. Me dijo que las vería en la entrada del cementerio.

«Un hombre extraño», me repetí.

Anne me miró con ojos expresivos. Había pensado lo mismo que yo.

—¿Cómo es Mason Turner? —preguntamos las dos al mismo tiempo.

17

EN ESE MOMENTO, escuchamos las patas de un animal correr. También sus ladridos. A Emily se le calló un llavero en ese instante. Era uno que mostraba una figura llamativa y diminuta de bronce: una bailarina de *ballet* y un arbolito de Navidad detrás de ella.

Luego escuché la voz de una mujer llamando a su perro.

Continuaron los ladridos. Luego el perro gimió.

Dejamos de oír los ruidos. Emily recogió el llavero y lo sacudió.

No nos respondió la pregunta sobre cómo era Mason Turner y avanzó más rápido. Hasta ese momento había estado caminando a nuestro lado.

Tanto Anne como yo estábamos alerta. El lugar era solitario y también resultaba muy extraño que Turner nos quisiera ver allí, en medio de la nada y junto al cementerio. Un brillo de sospecha aparecía en mi cabeza con insistencia. Pensé que habíamos caído en una trampa al estar allí. Pero tanto Anne como yo íbamos armadas. No sería fácil doblegarnos.

El camino hacia el cementerio era solitario.

Consistía en un sendero torcido acompañado de algunos árboles. No había ninguna construcción cercana. Parecía un páramo, un lugar deshabitado. Pero de repente, al frente, vimos la vía pavimentada. Se trataba de la calle principal del poblado. Una vez allí, giramos a la izquierda. Del otro lado de la vía podía verse una pequeña iglesia, y un poco más allá, una estación de bomberos antigua. Nos fuimos alejando de las dos construcciones y luego cruzamos a la izquierda. Allí estaba la entrada al cementerio. Este no contaba con muros ni puertas, al menos por ese lado. De inmediato, podían verse las cruces y las tumbas en medio del terreno y el césped casi muerto por el invierno.

Una construcción a medio andar que lucía como una pequeña capilla en proyecto destacaba. Solo mostraba las cuatro paredes, sin techo. Tal vez fuesen unas ruinas. En la lápida más cercana se leía el nombre «Miller». En general, el cementerio era un lugar pequeño. No daba la impresión de contar con más de cien tumbas. Yo lo había imaginado diferente.

Una figura geométrica, un óvalo, se dibujaba en la tierra, compuesto de dos pequeños caminos paralelos. Estos rodeaban las tumbas.

—¿Y bien? Aquí no parece haber nadie —comentó Anne una vez

que nos detuvimos junto a la tumba de Miller.

—No lo comprendo. Me dijo claramente que nos veríamos aquí, cerca de la ruina de la capilla y junto a la tumba de Miller —respondió Emily.

Su desconcierto parecía genuino.

—¿Por qué de Miller? ¿Quién fue Amanda Miller? —pregunté mirando la lápida.

—No lo sé. Pero él dijo ese nombre.

Me di cuenta de que junto a la lápida había unas flores que lucían recién cortadas. Alguien aún quería a Amanda Miller. Aparté una piedra con la punta del zapato. Una pequeña en medio de la desnudez de la superficie de mármol, en un pliegue. Entonces vi, en mi cabeza, a una mujer tomar una copa. Ella sufría, se sentía atrapada. Una mujer que pensaba que después de beber de aquella copa ya no tendría que volver a ver a Rogelio, lo que, para ella, sería el mejor de los cielos. Así descansaría, dentro del ataúd. Pero él, Rogelio, había querido salvarla para no dejarla tomar esa salida, para que no pudiera dejarlo. Ahora sufría de impotencia, de rabia. Amanda lo había abandonado de la única forma que pudo…

Sacudí la cabeza. No era buena idea que visitara un cementerio. Me llenaba de sentimientos, de fatigas y miserias, de quienes visitaban a sus muertos.

—¿Le pasa algo, Alexis? —me preguntó Emily.

—No me gustan estos lugares —respondí.

Ella miró hacia abajo y vio un insecto alado, uno pequeño. Lo que parecía una luciérnaga se detuvo en el borde de la lámina de mármol, desorientada; parecía estar agonizando. Emily se fijó en esa intermitencia. Luego la vio descender un poco. Con el zapato, la aplastó.

—¿Cuánto puede importar ese insecto? Iba a morir de todos modos —dijo la periodista.

Escuchamos un ruido. Y volteamos.

Una manada de conejos corría a diestra y siniestra a unos cuantos metros de nosotras. Parecían desorientados.

—No deberían estar afuera de sus madrigueras —dijo Anne.

Me pareció que recordaba alguna conversación con su hijo mayor, el que amaba los animales y sabía mucho sobre ellos.

—Eso también forma parte de la historia de este lugar. «La matanza de los conejos en Stull», que se llevaban por esa vía que pasamos hasta Topeka a principios del siglo pasado. Cosas normales aquí tomaban dimensiones tenebrosas. Y luego con los inventos de los estudiantes de la Universidad de Topeka y el asunto de las siete puertas, y la visita del diablo a este lugar dos veces al año. Yo creo que todo es una invención, pero como aprendí en la universidad,

algunos hechos se tejen de invenciones.

—A mí me parece que aquí lo único inventado es Mason Turner —declaró Anne.

Hablaba con una expresión muy seria.

Por un caso anterior, sabía que la oscuridad se había alimentado de un grupo de estudiantes de la Universidad de Topeka. Así que en ese momento sí me pareció que nos hallábamos en el epicentro de su campo de acción. Habíamos llegado hasta allí sin resistencias, como moscas bobas. Ese lugar me dio mucho miedo.

18

VOLVIMOS A LA CASA DEL MUSGO.

A medida que caminábamos, me iba sintiendo peor. Era como si andar por allí me quitara la energía.

Deseaba salir. Volver a Wichita. No solía visitar cementerios y la experiencia había sido negativa.

—No sé qué ha podido pasar. Tampoco le pedí su número de móvil ni nada. Confié en que nos esperaría en el cementerio —repetía Emily una y otra vez.

Yo le creía, Anne no tanto.

—¿Cómo fue que se contactaron? —preguntó mi compañera.

—Él me llamó al *Eagle*. Habrá leído mis reportajes y pensaría que soy capaz de cualquier cosa con tal de sacar a la luz un buen trabajo de investigación. Me dijo que viniera hacia acá y me habló del anillo de Victoria.

—¿Le habías conocido antes? —pregunté.

—No, pero luego supe quién era. Un mecenas de la cultura del país —dijo Emily.

Nos detuvimos en la puerta de la entrada de La Casa del Musgo. Ahora más que antes parecía un edificio típico de una bucólica campiña rural.

Para llegar allí no entramos en el salón, sino que bordeamos por el lateral exterior. El sauce llorón me seguía pareciendo algo puesto allí con alguna intención que no comprendía.

—Ese árbol, me incomoda —expresé para mí misma, pero lo hice en voz alta.

—Me pasa lo mismo —confesó Emily.

—¿Saben que algunas personas tienen miedo a los árboles? Eso me lo ha dicho mi hijo. Se llama dendrofobia… —comentó Anne.

—En este caso, no creo que sea eso. No es a los árboles. Es a ese árbol —respondió Emily, pensativa—. Justo allí conocí a Mason. Allí le vi cuando llegué. Creo que apoyaba la espalda contra el tronco del árbol. Me esperaba. En fin, en cuanto vuelva a este lugar, le preguntaré qué diablos le ha pasado y por qué no ha acudido a la cita con ustedes.

—¿Fuiste tú quien le habló de nosotras o fue él quien lo hizo? —preguntó Anne.

—Fui yo, pero él sabía quién era Anne —respondió Emily.

Después pensó algo y agregó:

—¿De verdad no desean esperarlo un poco? —preguntó, aunque parecía más una súplica.

Sin pensarlo, algo me impulsó a caminar hasta el sauce. Sus ramas hacia abajo, vestidas de blanco y marrón, y el tronco, en contraste, negro, le daba una imagen fantasmal. Me topé con algunas ramas y toqué el tronco. Entonces tuve una visión. Me vi a mí misma disparándole a una mujer joven. Estaba decidida a hacerlo. Sabía que no había otra opción. Ella no estaba armada y tampoco tenía la intención de atacarme. Simplemente, la maté y no sentí nada al hacerlo.

Aparté la mano del tronco. Dejé de verme, pero entonces vi a Anne entrar en un coche diferente al que yo conocía que ella conducía. Estaba alterada. Y pensé en un nombre: Thelma Patton.

Luego mi cabeza se despejó y, desde allí, en compañía de las ramas blanquecinas del sauce, vi como Anne y Emily me miraban.

Emily debía estarle preguntando qué estaba haciendo yo. Anne debió responderle que buscando alguna pista de Mason Turner, dado que ella había dicho que se habían visto bajo el sauce. Anne sabía cubrirme bien.

Ya no necesitaba preguntar si Turner había tocado el árbol. Estaba segura de que lo había hecho y que por eso vi lo que vi.

Mason Turner era el asesino, y había sido capaz de ver el futuro, el mío y el de Anne. Tuve la impresión de que él sabía más de mí que yo misma.

Era un hombre poderoso, y tal vez alimentado por los objetos que obtenía de los asesinos. Lo mismo que había contado a Emily que otros hacían, de seguro lo hacía él.

Yo sabía que los objetos podían transmitir cosas. Recordaba lo que me había contado Wendy Tandy sobre los péndulos, el de Brais, el que me legó y que me aclaraba la mente, porque activaba mi imaginación para enfrentarme a los juegos de la oscuridad. El mismo que ahora tenía en mi poder, aunque no me sirviera para nada últimamente. Y también el péndulo de Hanot, que se alimenta del odio, de la furia…

Recordé de inmediato allí, bajo ese sauce, las palabras de Wendy Tandy:

«Estas son las medidas de Hanot. Tú has visto la representación medieval; la que nos recuerda al *Hombre de Vitruvio*. En las escrituras que agruparon la sabiduría de la oscuridad se establecieron las medidas del hombre en tanto un ser capaz de temer, de odiar, de vengarse, de culparse y de ambicionar. Esas fuentes son las que aprovecha la oscuridad para ganar aliados. Los mejores para ellos son los que son movidos por dos de esas grandes fuerzas, no solo por una. Cuando dos de ellas se funden, se hacen implacables».

Eso me dijo Wendy, la buena amiga de mi abuela Denisse, quien

me contó hacía poco tiempo que mi abuela perteneció a la oscuridad para escapar de su marido violento, pero que luego se apartó de ella e hizo mucho por enfrentarla.

Luego supe que también mi padre formaba parte de la oscuridad y las cosas se complicaron para mí. Anne también lo sabía. Que él, el lingüista Killian Carter, formaba parte de una secta asesina.

Pero ahora le estaba ocultando algo a mi compañera. Que los triángulos de las escenas estaban en mi casa de niña, en un horrendo cuaderno negro. Que el asesino que buscábamos había proyectado mi futuro y me había visto asesinando a una mujer. Y que también había visto algo en relación con ella y alguien llamado Thelma Patton.

¿Quién era en realidad Mason Turner?

¿El jefe de la oscuridad nos había hecho viajar a Stull con el objetivo de destruirnos?

¿Por qué yo había matado a esa mujer joven?

19

ME JUNTÉ con Anne y nos despedimos de Emily Parker.

Cuando subimos al coche, le conté a Anne lo que había visto junto al árbol.

Le dije que pensaba que Mason Turner era o tenía que ver con el asesino. Que en mi visión había disparado a una mujer. Anne Ashton era mi compañera y tenía que confiar en ella. También le conté acerca de los triángulos del cuaderno de mi padre.

—Tu padre está muerto, Alexis. ¡Olvídalo ya! Tal vez saberte hija de un asesino y sentirte cerca de esa secta de la que hemos hablado antes te ha jugado una mala pasada. Y eso es todo. Puedes creer que tienes un recuerdo que en realidad no tienes. Además, llevar este caso tan endemoniado, con símbolos y gente quemada viva, puede haber activado algo en tu cabeza que te hace volver a culpar de nuevo a la secta. Recuerda que sufriste una lesión no hace tanto, y podrías estar confundida —argumentó Anne.

Deseaba que ella estuviera en lo cierto y yo equivocada. Pero el hecho de que el asesino afirmara prever lo que podría hacer Victoria años después me inquietaba. Lo mismo que ese hombre, Turner, hubiese estado junto a ese árbol que me transmitió esos «recuerdos del futuro» sobre mí misma y mi compañera. Claro que podría tratarse todo de ideas inconexas y confusas, tal como decía Anne.

—Lo que sí me parece es que el tal Mason Turner es por ahora nuestro principal sospechoso. Escríbele ahora a Rossy o a alguien del Departamento. Que averigüen todo en relación con un sujeto con ese nombre en el mundo de la cultura y de los objetos antiguos. A mí no me suena de nada. Tal vez a Lilian. Lo que ella no sabe, no lo sabe nadie —sugirió.

Hice lo que Anne mencionó.

Luego le hice una pregunta:

—¿Quién es Thelma Patton?

Fue como si un gran cataclismo sucediera en la mente de Anne. Detuvo el coche de repente. Demostraba una fuerte impresión.

—¿Qué pasa, Anne? —pregunté.

—¿De dónde has sacado ese nombre? ¿Por qué haces esto? —me preguntó con rabia.

—Anne, no sé a qué te refieres. Ese nombre ha aparecido en mi cabeza y no tengo idea de por qué.

Ella pareció razonar.

—Sé quién es Thelma Patton. Pero hoy no te lo diré. Dame un tiempo para hacerlo. Lo que sí puedo decirte es que no tiene nada que ver con este caso. Así que voy a pedirte que lo olvides y que no vuelvas a nombrarla —me pidió con la voz temblorosa.

Desde ese momento, algo se fracturó entre nosotras. Lo presentí.

20

ANNE PREFIRIÓ QUEDARSE en su casa. Argumentó algo que consideré mentira. Un asunto en relación con sus hijos. Pero yo sabía que la mención a Thelma Patton la había descompuesto.

La dejé en su casa y fui al Departamento.

Allí hablé con Rossy.

—Lo que ha contado Parker tiene toda la pinta de ser verdad. Hay un buen lío en las redes sociales debido a que la descendiente de la asesina española, antes de ver la foto de las redes de Parker, había comenzado una cruzada en búsqueda del anillo, que era un tesoro familiar, y mostrado fotos de él. La joya fue hecha en 1920. Lilian dice que en el cuerpo de Victoria Malone no había ninguna prenda.

—¿Y de Mason Turner qué tenemos? —le pregunté.

—Está limpio. Un heredero de Oregón que vivió en Nueva York muchos años. Ahora reside en Washington. Es reconocido por donar obras importantes a museos pequeños, de ciudades intermedias. Tenemos sus datos. Pensé que te gustaría llamarlo.

—¿Por qué está en esta parte del país? ¿A qué ha venido?

—Creo que ha donado algo al Wichita Art Museum.

—Gracias, Rossy —le dije.

Me dio las señas de Turner.

Antes de que se fuera, le pregunté si habían hallado el móvil de Victoria Malone.

Me dijo que no.

—Están buscando en el paseo de las esculturas y en las cercanías del río. Pienso que habría que dragar el río porque lo más seguro es que lo haya lanzado ahí desde alguno de los puentes. Eso habría hecho yo —me confesó.

—¿Por qué le escribiría ese mensaje a Sophia? —pregunté en voz alta. Era algo que me inquietaba.

—Creo que fue un gesto de su parte —me respondió Rossy.

Me quedé pensando en sus palabras.

—¿Un gesto de amabilidad? —interrogué.

—Algo así.

—Disculpa, Rossy, ¿puedes recordarme las esculturas de bronce que hay en el paseo?

—Sí. Un gato, que es mi preferida; una mujer y un niño; un lobo y su presa, a quien acaba de atrapar…

«Eso era». «Allí era», pensé.

En ese momento, Lilian entró a mi oficina.

—Lilian, ¿alguien ha hablado de la debilidad del lobo? ¿Verdad? Un escritor o varios… —sugerí.

Una idea borrosa entraba en mi cabeza.

—«El mismo lobo tiene momentos de debilidad, en que se pone del lado del cordero y piensa: 'Ojalá que huya'». Es una frase de Bioy Casares. Un escritor argentino… —dijo Lilian.

—¡Pues junto a esa escultura o cerca está el móvil! ¡Estoy segura! Quizás enterrado a sus pies. El asesino de Victoria Malone nos está diciendo por qué hace lo que hace. Y debe ser un sujeto instruido. Tanto como tú, Lilian, o más…

21

—PUEDE que conozca a todas las personas instruidas de Wichita —respondió Lilian.

Aunque la frase pudo sonar petulante, yo la conocía. Ella no era tal cosa. Solo resaltaba un hecho que podía sernos de utilidad.

—Me encantaría hacer lo que fuera por atrapar a ese monstruo. Victoria Malone sufrió mucho. Creo que jugaba con la altura de las llamas, incluso las apagaba para luego volverlas a avivar. ¿Qué clase de mente tiene ese sujeto?

»Por lo que dices —continuó Lilian— podría ser un amigo o defensor de su hermana Sophia.

—Puede ser, pero también podría ser alguien que funcionara en abstracto, no por una relación personal con nadie. Podría ser un sujeto que está manejando una forma de justicia, como lo hacen los jueces, desde la impersonalidad, y empleando las leyes. En este caso, sus leyes —comenté.

—Lo había olvidado. De Franklin Montero, nada. Además, no estaba en Wichita cuando mataron a Victoria. Se hallaba dictando una conferencia en Nueva Orleans —dijo Rossy.

Tomé una decisión. Llamé a Anne, pero no me atendió el teléfono.

—Yo misma iré a buscar el móvil de Victoria —les dije y salí de la oficina.

Con pasos rápidos, llegué a mi coche. Conduje con velocidad. Comenzó a dolerme el hombro. En el lugar donde había tenido una cicatriz. Hacía tiempo que no me dolía. Era como si esa zona se estuviese quemando. De repente, pasó el dolor.

Cuando llegué al paseo de las esculturas, encontré primero la del gato, luego las otras, hasta que al final vi al lobo y su presa. Junto a esta no había tierra, pero un par de metros más allá podía verse una jardinera. Me puse unos guantes que conservaba en mi chaqueta y comencé a escarbar en ella. Me di cuenta de que una porción estaba removida. No tuve que trabajar mucho. Allí, apenas aparté algo de la tierra, vi el aparato.

—Al menos comienzo a comprenderte —dije en voz alta.

Tomé el móvil y, cuando lo hice, vi en mi cabeza una celda en una prisión. En ella había una caja sobre una silla. En la celda no había nadie.

Creí saber a dónde tenía que ir, lo que tenía que hacer.

Me dirigí a la oficina, entregué el móvil en el Departamento de

Investigación Digital y llamé al Correccional de Huntsville. Pregunté por los bienes de mi padre. Me dijeron que, luego de su muerte, los enviaron a una dependencia central en donde guardaban las pertenencias de los presos que nadie reclamaba. Solicité que me las enviaran a casa. Completé unos formularios vía web y me dijeron que en unos días llegarían. A menos que contratara un servicio exprés para recibirlos al día siguiente. Eso hice.

Eran las doce del mediodía del 14 de diciembre.

Me extrañaba que Anne no hubiese aparecido aún. Definitivamente, algo le pasaba a mi amiga. Le pedí a Clare, la recepcionista del Departamento, que cuando viera llegar a Anne me avisara, y salí de allí. La buscaría en su casa.

Llamé a Rossy y le pedí que, sin comentar nada a Anne ni a nadie, averiguara quién era Thelma Patton. Quedó en hacerlo.

Cuando llegué a la casa de Anne, me sucedió algo inaudito.

22

ME BAJÉ del coche y la vi.

Allí estaba la mujer a la que yo había asesinado en la visión del sauce.

Solo que más joven, con diez años menos. O algo así.

Era una chica de unos doce años a lo sumo, pero estaba convencida de que era ella, tenía los mismos ojos, y la forma de la cara y los labios. ¡Era ella!

Estaba de pie, mirándome. Muy cerca de la vía. A pocos metros de donde estacioné el coche.

—Hola —me dijo.

Me acerqué.

—¿Quién eres?

—La nueva vecina de Anne. Es policía. ¿Lo sabes? ¿Vienes por ella? —preguntó.

—Sí. Soy su compañera —respondí.

En ese momento, una mujer salió de la casa contigua a la situada en el lateral derecho de la de Anne. La chica la vio y comentó algo que no comprendí.

La mujer venía corriendo y mostrando una cara poco amigable.

—¡Has sido tú! ¡Has matado a mi perro! ¡Has matado a Dogui! ¡Eres una malnacida cruel! —gritó la mujer y se abalanzó sobre la chica.

La detuve. La sostuve. Ella continuaba gritando y también lloraba.

La chica se limitó a apartarse de nosotras, dando dos pasos hacia atrás, y luego sonrió.

Después se dio la vuelta y se fue. Entró en la casa que estaba al lado de la de Anne.

La mujer se calmó cuando la chica se fue.

—¡Mató a mi Dogui! Sabía que iba a hacerlo, pero nadie me escuchó. Se lo dije a Anne. He debido ocuparme, llevármelo de aquí. Sabía que esa chica tenía algo malo, y mis hijos y los de Anne aún están muy chicos para vivir al lado de ese engendro.

La solté y esperé.

Secó las lágrimas de su cara.

—Hablaré con su padre, pero dará lo mismo. Es de los que miran a otro lado cuando algo malo sucede. Usted es… perdone. No suelo ser así. Soy una mujer tranquila. Soy Britney Russell, vecina de Anne. Tú debes ser Alexis. Me ha hablado de ti.

Asentí.

—Lamento lo de tu perro. Si tienes prueba de que ha sido ella, puedes denunciarla —le dije.

—Sabe hacer las cosas. No tengo ninguna prueba, pero tampoco ninguna duda. Fue ella —me dijo y luego se dio la vuelta.

Se fue caminando lentamente.

Sentí pena por ella. Pocos dolores se comparan al de perder una mascota querida.

Entonces, comprendí por qué había matado en mi visión a esa chica. Podía estar frente a una psicópata en ciernes. No en balde las entrevistas a los peores asesinos del país contemplan la crueldad animal como una variable de importancia.

Fue la primera vez que pensé que esa chica podría ser una asesina en ese momento.

¿Y si era la asesina de Victoria Malone?

¿Y si el hombre que Sophia había visto era su padre y eran cómplices?

23

DESECHÉ LA IDEA en ese momento.

Y caminé hasta la puerta de Anne.

Llamé. Anne abrió. No tenía buena cara. Sus ojos estaban enrojecidos.

—Entra —pidió.

Una vez en el interior de la casa, me ofreció café. Le pedí agua. Nos sentamos en la cocina. Le conté lo que sucedió afuera con la chica y su vecina.

—Así que Dogui está muerto. ¡Vaya! Creo que Britney tenía razón entonces. Aunque no es seguro. El perro era anciano y le costaba respirar. La verdad es que mi vecina ha debido acabar con su sufrimiento antes. En eso fue un poco egoísta.

—Ahora está convencida de que la chica lo ha matado. ¿Cuál es su nombre? —pregunté al tiempo en que tomaba de Anne el vaso con agua.

—Se llama Diana Doyle. Es bastante problemática. No le gusta estar dentro de casa. Se la pasa en la calle. Creo que su padre, solo vive con él, no le presta mucha atención. Acaban de rentar la casa.

Hizo una pausa.

—¿Por qué estás aquí? —me preguntó de repente.

—Porque tú no estás en la oficina. Sé lo que significa el trabajo para ti. No es normal que no estés concentrada en atrapar al asesino de Victoria —le dije.

—Acabo de llamar a la jefa Tonny. Le he dicho que estoy enferma y que me tomaría el día. Casi no puede creerlo. Debe ser la primera o la segunda vez que hago esto en toda mi carrera.

—Así es. ¿No me dirás qué te pasa? —insistí.

—Tiene que ver con mi pasado. Con algo que hice y no debí haber hecho. Sí te lo contaré, pero primero debo hacer otra cosa —afirmó.

En ese momento, alguien tocó a la puerta.

Pensé en su vecina, en Britney. Era cercana a Anne y de seguro venía a buscar apoyo por lo de su perro.

Anne se levantó y fue a atender. Terminé de tomar el agua y dejé el vaso junto al lavaplatos.

Recordé la araña negra de mi sueño. Aparté el recuerdo. Sentí un tirón en el cuello. Como un calambre. Toqué la zona rígida y apreté. Estaba muy tensa.

Escuché voces. Una era la de Anne, y la otra, de un hombre.

Hablaban en voz baja. Me acerqué a la puerta de la cocina.

—Alguien lo sabe. Sabe lo que hice con Shaun Bird. Si aún no lo sabe, va a descubrirlo. Preguntó quién era Thelma Patton. No sé qué hacer. Mi carrera puede acabar aquí, y sabes que el trabajo me salva.

—Debes calmarte. ¿Quién es ese alguien? —preguntó él.

—Mi compañera, Alexis Carter —respondió Anne.

—Debes quedarte callada. Ya buscaremos qué hacer. Permite que descubra lo posible. Puede que no llegue a saber la verdad. Hemos tomado todas las previsiones. Yo nunca te he culpado y Dios te ha perdonado. Él conoce tu corazón.

—Ella está aquí…

«Randolph, su confesor», me dije.

En ese momento, un mensaje llegó a mi móvil. Lo tomé con rapidez. No quería que Anne supiera que la estaba espiando. Me aparté de la puerta y miré la pantalla. Era un mensaje de Rossy.

«Thelma Patton. Una mujer irlandesa que hace dieciocho años hirió de muerte a su vecino, un hombre que había abusado de su hija y la había asesinado. A Shaun Bird. La mujer, luego de atacarlo, se suicidó. Bird era un pedófilo y caníbal del que nadie era capaz de sospechar. Uno de los casos más tenebrosos de Irlanda. Ella era conocida como Thelma Banks, su apellido de casada, aunque en realidad era viuda. Por eso no lo asocié en cuanto lo dijiste. ¿Quieres saber algo más?».

Segunda parte

PARTE II

1

CUANDO LA VIO, con el tacón de la bota que se le incrustaba en un desperfecto del pavimento de la calle, notó que casi se caía. Pero ella recobró de inmediato el equilibrio. Luego siguió caminando con cierta timidez, como si no quisiese llamar la atención, cuando en realidad era todo lo contrario.

Aquella tarde llevaba un abrigo verde de corte asiático, una bufanda gris clara y el pelo encrespado puesto hacia atrás. Por lo que se podía ver mejor su rostro. Se dirigía a la sede del *Eagle*. La vio entrar y se quedó allí sentado en la misma mesa, hasta que dos horas más tarde ella salió.

Tuvo la fortuna de verla caminar hacia él. Ya sabía que lo haría. Disfrutaba comprobando que lo que veía en su cabeza luego se hacía realidad. Ella venía en dirección a la cafetería donde él se encontraba.

La verdad era que esa tarde había estado nervioso antes de verla, y cuando estaba nervioso, pasaban cosas a su alrededor. Acababa de ver cómo un coche casi atropellaba a una niña, y además había una expectación exagerada alrededor de un edificio porque algo en él se estaba incendiando. Estaba siendo intervenido por bomberos y policías.

El asesino tenía una sensación inexplicable y le gustaba sentir nervios antes de actuar. Eso lo hacía sentirse vivo.

Había ordenado un café expreso y, luego de hacerlo, una mujer con cara afilada le pidió fuego. Lo interrumpió, y eso lo enervó. La miró con repulsión, ella no dijo nada y se fue a la mesa vecina. Entonces, se levantó y le ofreció un encendedor. La mujer lo tomó y encendió el cigarrillo. Luego de regresárselo, volvió a su mesa y sonrió. En su cabeza comprobó que la mujer tendría una muerte dolorosa, y eso lo hizo feliz. Se trataba de alguien incapaz de educar convenientemente a su única hija, quien en ese momento era infeliz, sin tener a nadie a quien contárselo.

«Idiota», pensó.

Sobre el mantel, los objetos no mostraban simetría, y eso terminó de sacarlo de sus casillas. El horrendo servilletero y el florero con las flores de lavanda. Tuvo que moverlos. Entonces, pasó un chico idéntico al que lo atendía. ¿Serían gemelos? ¿O es que todos en esa puta ciudad se le asemejaban?

Los objetos a su alrededor comenzaron a parecerles horribles sin gusto, imperfectos. Y la gente allí presente, unos seres estúpidos y

resignados.

«¿Qué hacemos aquí en este lugar tan sin gracia, en esta parodia parisina del peor gusto con estas sillas color lila?».

Eso se preguntó.

Volteó a mirar a la mesa de la derecha y allí había un hombre pretendiendo tomar una foto a su hija. La chica, con cara de hastío, se resignaba e intentaba complacer a su padre posando para la foto.

Llegó el café, aunque él lo tomó como si fuese agua porque en ese momento fue cuando la vio venir a la cafetería. Sintió el paladar arder y las paredes internas de la boca quemarse, pero la sensación de dolor le causaba placer. Cuando tragó el último sorbo, ya ella había terminado de cruzar la calle. El paladar le ardía mientras la miraba acercarse.

Su víctima empujó la puerta del establecimiento y vio a todos lados.

Pensó:

«La muerte de esta chica que parece tan amigable y fresca será justicia poética, la mostrará como en realidad es, monstruosa».

Tomó la taza de café, que apenas tenía dos gotas de líquido, e intentó tomarlas. Sacó la lengua y la alargó; necesitaba sentir el sabor dulce y a la vez amargo de lo que antes había estado hirviendo. Imaginaba que la estaba besando. Algunas veces experimentaba eso antes de atacar. Quizás por los objetos en su poder, los del violador. Pero luego su disciplina lo volvía a llevar por el carril y olvidar el beso.

Ella se sentó en una mesa lejana. Puso un bolso de mano de muchos colores sobre la silla. Se quitó la bufanda y la acomodó sobre ella. Miró a los lados, buscando a alguien para ordenar. Nadie más la miraba.

Le trajeron una taza humeante de café. Era un capuchino. Significaba que se quedaría un rato, que lo tomaría con calma, que le gustaba ese lugar. Luego sacó una libreta de dentro de su cartera y un lápiz. Comenzó a escribir, y lo estuvo haciendo por espacio de una media hora más o menos. De vez en cuando, leía lo que había escrito, dejaba la libreta en la mesa y cogía la taza.

Eso le gustó al asesino, el mundo a la vieja usanza del lápiz y el papel.

Parece que sintió frío. Se puso la bufanda y pagó la cuenta. El chico se sonrió con ella por alguna razón cuando le trajo el cambio.

Cuando se levantó, él también lo hizo. Esperó a que saliera y entonces comenzó a caminar detrás de ella. Tomó por la calle frente al *Eagle* y siguió de largo. Continuó unas dos o tres cuadras y luego giró a la derecha hacia el Centro.

Entró en una librería. La siguió, guardando distancia. Ella se

detuvo frente a varios libros de cuentos. Compró uno de ellos.

El asesino tocó otro de los que había tomado antes mientras ella pagaba. Lo supo. Su víctima estaba pensando en su sobrina. Se trataba de un regalo que quería hacerle a la pequeña Emily Rebecca, nombrada así en honor de su tía.

Luego de un par de minutos, ella salió y él la siguió. Continuó caminando hasta la esquina y cruzó. Entonces, allí Emily Parker tropezó con un sujeto que cantaba. «¿Si supieras que morirás hoy cambiarias?». Él conocía la canción.

Un avión surcó el cielo en ese momento. Ella miró hacia arriba. No le gustaban los aviones. La atemorizaban.

Él sintió su miedo. Sabía todo de ella. También sabía que un conjunto de circunstancias haría de Emily Parker una asesina más adelante. La ambición y la vanidad eran grandes imanes para ella. Por ello le había enviado un obsequio al *Eagle*. Una interesante figurita de metal de las que se cuelgan en los árboles de Navidad, pero le había hecho una modificación. Lo había convertido en un llavero. La figura había pertenecido a otra asesina con buen gusto. Sabía que a Emily le parecería un encanto y que lo llevaría consigo, lo tocaría cada vez que entrara y saliera de casa al manipular las llaves. Condensaría sus deseos más oscuros, la falta de escrúpulos que germinaba en ella, y luego la figura volvería a él, encapsulando la maldad.

La siguió a su piso, a pocas cuadras. Entró con ella en el ascensor.

Cuando la puerta volvió a abrirse, Emily se encontraba inconsciente.

Ahora miraba a Emily Parker morir. Había llenado la bañera de ácido y la había sumergido en ella con las manos y las piernas atadas.

—El ácido te purificará, Emily Parker. Tu alma tóxica ante el ácido se volverá proba y la muerte dejará en tu lugar un espacio de justicia...

Eso repitió mientras un ácido similar al empleado en el revelado de las fotografías destruía la piel y los órganos de Emily.

2

CONOCÍ A RANDOLPH MORTON. Un hombre que parecía inteligente, de cejas pobladas y cara angulosa. Tendría unos cincuenta años.

Me miró con curiosidad cuando Anne nos presentó. Yo, luego de escucharlos y de leer el inquietante mensaje de Rossy, caminé en dirección a la puerta de salida de casa de Anne y los encontré.

Necesitaba pensar en lo que sabía.

Ellos aún se hallaban de pie en el recibidor.

Me despedí de mi compañera y del sacerdote y salí de allí. Anne me dijo que posiblemente no se tomaría todo el día. Que en unas dos o tres horas iría al Departamento.

Cuando estuve en el coche, vi a un hombre llegar a la casa donde había entrado minutos antes la chica, Diane Doyle, la que posiblemente mató al perro de la vecina de Anne.

Me quedé un rato mirando al vacío. ¿Qué era lo que había hecho Anne con el tal Shaun Bird? ¿Qué era lo que ocultaba? Lo que fuera, era en complicidad con su confesor. Recordé que ella me había dicho que él estuvo destinado en Irlanda. Y allí había sucedido lo de Thelma Patton. Eso debió pasar hacía muchos años, y si las cuentas no me fallaban, Anne debía tener apenas dieciocho o veinte años de edad cuando pasó lo de Thelma Patton. Lo que fuera, la atormentaba, y de alguna manera había logrado distanciarse de ese recuerdo hasta que yo volví a traerlo, nombrándola.

No deseaba ir a la oficina.

Llamé al Departamento y pedí que me enviaran el retrato hablado que ya Sophia debía haber ayudado a crear. Me lo enviaron al móvil de inmediato. Vi la cara del hombre. No se parecía a nadie. Tampoco era Mason Turner. No lo había visto, pero ya en el Departamento estaban al tanto de que lo considerábamos sospechoso, así que debían haber hecho el *match*. Sin embargo, busqué en el móvil su rostro. No podían ser más diferentes. También busqué la foto del psiquiatra de Sophia. No tenía sentido, porque si hubiese sido él, ella lo habría dicho. A menos que fuera su cómplice, y de serlo, tampoco habría colaborado en el retrato hablado para inculpar a su doctor.

Razonando así, llegué a la conclusión de que estábamos dando por hecho lo que Sophia Malone estaba diciendo. ¿Y si mentía? ¿Y si ese que había ayudado a recrear no era el rostro del hombre que la había salvado de la influencia de su egoísta hermana? Sophia podía ser fiel a alguien que la había liberado, y una forma de demostrarlo era

mintiendo sobre su retrato. ¿También podría ser una asesina?

Me sentí quebrada, fracasada, porque no tenía nada en concreto sobre el caso. Una especie de síndrome del impostor me atacó con fuerza. Pensaba que no valía para mi trabajo, para nada. Tampoco para que Anne confiara en mí, como yo había confiado en ella.

Entonces, toqué el péndulo que llevaba conmigo.

Una voz interna me dijo que debía confiar en mi valía.

Intenté reponerme. Decidí ir a hablar con Sophia Malone al otro día. Necesitaba descansar. Me fui a casa y eso hice. Al otro día debían llegar los objetos de mi padre. Tal vez con ellos, al tacto, pudiera comprender algo más sobre mi pasado y la confluencia con la oscuridad. No sabía cómo, pero abrazaba la convicción de que ella estaba detrás de lo que estaba pasando. Y de que ese hombre que no asistió a la cita, Mason Turner, el filántropo de la cultura, tenía que ver con mi visión bajo el árbol.

Recuerdo que aquella noche pensé en llamar a Emily Parker, pero no lo hice.

3

—¿CUÁNDO me entregarán el cuerpo de mi hermana?

Eso me preguntó Sophia apenas nos sentamos en la sala de su casa. Era la mañana del 15 de diciembre.

Me di cuenta de que había empezado a embalar cosas en cajas. Algunas de ellas descansaban sobre las sillas del comedor, que podía ver desde donde me senté en el salón. Otras se encontraban en el suelo, en el corredor.

—No lo sé. Debe ser pronto. ¿Se muda?

—Sí. Cuento ahora con dinero. Y prefiero irme a un piso con vistas al río, a un parque.

—Mi piso es discreto, pequeño. Pero mi lugar favorito es la ventana desde donde puedo ver el parque, al frente.

—Eso es lo que quiero. Algo pequeño. Victoria creía que yo amaba esta casa, pero no es cierto. Ahora sé que la odio. Pero con ella viva, no sé, parece que no era capaz de darme cuenta de ello. Ahora sí. Es extraño.

—¿Se siente aliviada? —pregunté.

—Sí. Esa es la palabra que buscaba. Aliviada. Porque ella ya no está.

—¿Su hermana?

—Sí. Y mi padre. No solo uno de ellos, sino los dos. Algunas personas funcionan como si fueran una sola. Después de todo, no era mala persona. Yo le apreciaba, aunque su atención siempre se orientaba al lado equivocado de las acciones, al menos a mi juicio.

—¿De quién me habla? ¿De su padre o de su hermana? —le pregunté.

—De mi padre. Mi hermana era un caso perdido. Era una maestra del disfraz. Ahora creo que mi vida, por defecto, está en una mejor posición. Lo que me queda es brillante, comprensible. Como el nácar estallado en la arena de la playa. Me gusta mucho el mar. Nunca he visto nada más hermoso que el sorprendente brillo lleno de conchas escarchadas…, pero perdone, le pareceré insensible hablando del mar en este momento. Ni siquiera le he preguntado si tiene alguna pista de la identidad del asesino de Victoria.

—Dígame algo… ¿Ha mentido en cuanto al retrato hablado? —le pregunté.

Ella me miró, descubierta.

—Lo siento. No sé cómo ha podido saberlo. Sí. En realidad, no

recuerdo la cara de ese hombre. Estaba atravesando una crisis en ese encuentro con Victoria. Solo sé que era muy blanco. Como si nunca hubiese tomado sol. Pero nada más. Lo inventé porque me apenaba no servir para nada. Sé que tengo que superar algunos problemas conmigo misma, mi baja autoestima. No sé si lo que he hecho ha sido un delito…

—Me encargaré de que el retrato no sea tomado como fiable —le dije.

Con su expresión, me agradeció.

—He leído algo anoche. Me gustó. El personaje femenino del libro, el principal, dijo al final: «… en todo caso, pregúntate dónde radica la belleza de la luciérnaga y no su importancia. Yo encuentro la belleza en ese átomo de luz que se funde con un espacio mínimo de oscuridad sin destruirlo. Transformarse sin destruir es la belleza de la luciérnaga». Mi hermana era una destructora por naturaleza. Su verdadera naturaleza aún no había sido mostrada del todo. Estaba allí, pero sutil, como dormida…

—Perdone… ¿qué ha dicho? La importancia… disculpe. ¿Usted ha visto comportamientos agresivos en los niños a los que educa?

—Sí. Claro —me respondió.

—¿Aplastar animales, insectos, aludir a su insignificancia es algo agresivo en los niños? —pregunté. Yo tenía mi respuesta, pero me interesaba saber la de ella.

—Sí. Es un llamado sutil a tomar en cuenta. ¿Por qué…?

En ese momento, comprendí que algo me había llamado la atención en el cementerio de Stull, pero lo mantuve encerrado en mi subconsciente hasta que las palabras de Sophia lo habían hecho emerger.

Emily Parker contaba con esa sutileza del mal también. Había aplastado un insecto sin necesidad. Era solo un detalle, lo sabía, pero un detalle a tomar en cuenta. El diablo estaba en los detalles. Eso siempre decían, y era cierto.

¡Emily Parker sería asesinada!

4

—DEBO IRME —le dije a Sophia y me levanté.

Salí casi corriendo de su casa y subí al coche.

Llamé al Departamento y pedí que enviaran algunas unidades a la casa de la periodista Emily Parker. Me mantuve en línea hasta que una unidad que patrullaba cerca de su piso tocó a su puerta.

Nadie respondió y hallaron la puerta abierta. Entraron, anunciándose. La encontraron muerta en la bañera.

Sobre la superficie del suelo de la sala de baño había dos triángulos, unos dígitos y la letra C.

Me mantuve en línea todo el tiempo.

Comprendí que la escena del crimen era terrible, espantosa para los agentes.

El asesino era un sujeto cruel.

Corté la comunicación con los agentes y llamé a Anne. Me atendió y le conté lo sucedido. Me dijo que iría enseguida.

A las dos nos dolió la muerte de Emily Parker. Hacía menos de veinticuatro horas la habíamos visto y hablado con ella. Había concluido que ella sería otra víctima, pero era demasiado tarde.

Y Anne se hallaba casi tan descentrada como yo; ella por lo que había pasado y no me contó, y yo porque me alteraba la oscuridad y el hecho de no poder haber evitado la muerte de Emily Parker.

Me dirigí a la escena del crimen.

No podré olvidar la imagen del cadáver de Emily. Anne y yo llegamos al mismo tiempo a ese lugar.

Después de ver en lo que había quedado convertida Emily, nos reunimos en la entrada del edificio donde se ubicaba su piso.

—¿Qué opinas? —preguntó Anne.

—Que no encontraremos ni una sola pista. Sabe lo que hace —respondí.

—¿Por qué la habrá matado a ella? —interrogó.

—Creo que poseía una naturaleza cruel. Algo aún no desarrollado. No sé cómo explicarlo mejor, pero de una forma retorcida, este asesino piensa que hace justicia —sugerí.

»Y además creo —continué— que tú y yo estamos en su lista también.

—¿Por qué lo dices? —preguntó.

—Por lo que vi, porque sabe que yo mataré a alguien y sabe algo de ti que no has querido decirme. Tiene una capacidad inusual de comprender el futuro y el pasado, tal vez mucho más que yo. Yo, en todo caso, solo comprendo el pasado y muchas veces de manera confusa.

—Cuando me salvaste, aquella vez, de alguna manera comprendiste lo que sentía en ese momento. Así que lo tuyo no es solo pasado —respondió.

Era su manera de decirme que no disminuyera ante mí misma mi capacidad. Eso me pareció.

—Pobre chica. Es terrible cuando uno las conoce… a las víctimas —completó Anne.

—Era curiosa, ella misma lo dijo. También algo inconsciente sobre lo que pensaba acerca de la maldad. Parecía divertirse con lo que nos dijo. Parecía incapaz de profundizar, de llegar a la esencia, y el caso de las personas que quisieran tener objetos pertenecientes a asesinos debió parecerle solo una noticia extravagante. Y no… —comencé a decir y luego dejé la frase inconclusa.

—Y no algo peligroso. Lo sé. Pero cuando me llamó, se oía nerviosa. Yo creo que sí la atemorizaba, pero podía más en ella las ganas de escribir una noticia espectacular —razonó Anne—. ¿Crees que Turner es el asesino?

—Sí. Eso creo, Anne. Es muy probable. Debemos buscarlo y hablarle. Como si solo fuera un testigo. Para que nos cuente sobre el «mercado del mal» y de allí veremos cómo seguimos —le dije.

Asintió.

—Debemos ver qué hay de cierto en ese asunto de los objetos, le he dado vueltas y me parece algo propio de chicos universitarios. La verdad es que no veo cómo algo así puede llegar a ser relevante, más allá de que está chalado quien quiera poseer algo de un violador o de un asesino —objetó Anne.

La comprendía. Si yo no hubiese experimentado la fuerza de los objetos, su capacidad de transmitir sensaciones, sentimientos o ideas, pensaría como ella. Pero tenía la seguridad de que había una energía en la materia y, básicamente, esta era o para el bien o para el mal. Por alguna razón, Victoria Malone había deseado el anillo de la asesina española. ¿Lo sabría? O solo….

—¡Debe ser eso! —dije en voz alta.

—¿Debe ser qué? —preguntó Anne con impaciencia.

—Tal vez la oferta de los objetos era una trampa para las víctimas. Quizás era la forma de identificarlos… —sugerí.

—No te comprendo, Alexis —reconoció.

—Piensa que llegas a un lugar, a una tienda física o virtual. Que revisas una página en internet, por ejemplo, donde puedes ver varios objetos, prendas, *souvenirs*, lo que sea. Y que deseas uno de esos objetos, pujas por él, estás dispuesta a pagar por encima de su precio. Podría ser que el asesino matara a las personas que se comportaran de esa forma porque a través de tu predilección por el objeto que antes ha pertenecido a un asesino, de tu obsesión por tenerlo, él reconociera al asesino en ciernes que llevas dentro de ti —razoné.

—Como una prueba. Ya veo… —respondió mi compañera.

—Sí. Como una trampa. Una telaraña —dije y recordé la araña de mi sueño, la que deseaba sangre. Entonces miré hacia atrás, a la fachada de la casa de Emily Parker.

Anne y yo nos habíamos detenido a conversar a un lado para no interferir en la entrada y salida de los técnicos forenses.

Una parte de mí deseaba irse y otra me cuestionaba sobre por qué no había intentado tocar algo. Por qué ni siquiera me propuse rozar alguna superficie, algún objeto. Era como si fuese la peor enemiga de mí misma, como si la oscuridad me estuviese ganando la partida y ya no confiara en esa capacidad que en el pasado me había ayudado a resolver casos de asesinatos.

Entonces, de repente, recordé algo, un objeto que Emily Parker cargaba consigo cuando nos acompañó al cementerio. No sé por qué tuve la impresión, o la intuición, de que ese objeto era importante.

6

ERA una figura diminuta de bronce: una bailarina de *ballet* y un arbolito de Navidad detrás de ella.

No había razón para que me acordara de eso, pero algo en mi cerebro me hizo recordarlo, cuando a Emily Parker aquel objeto se le cayó al suelo. En ese instante, un perro ladraba, y que luego de recogerlo, lo sacudió…

—Anne, quiero volver a entrar. Necesito ver algo —le dije.

Ella era una mujer resolutiva. Sin preguntar por qué, comenzó a caminar hacia la entrada. Sabía que, si le había dicho eso, era porque podría conducirnos a alguna pista. Me sentí mal por haber creído que estaba cansándose de mis rarezas.

Entramos de nuevo en la casa de Emily.

Me dirigí al salón principal. Allí había un pequeño mueble de madera sobre el cual descansaba una bandeja. Caminé hacia ella. La mayoría de las personas ponemos las llaves en algo como eso. A menos que las colguemos cerca de la puerta.

Mientras avanzaba hacia el pequeño mueble y la bandeja, adquiría mayor seguridad de que allí se encontraban las llaves de Emily. Saqué los guantes del bolsillo de mi chaqueta y me los puse.

Anne me seguía. Cuando llegué junto a la bandeja, vi el llavero. La bailarina y el árbol de Navidad. Recordé la obra *El cascanueces*. Podría tener que ver con ella. Parecía algo infantil, demasiado. Además, en un principio no debió ser un llavero. Sino tal vez una de las figuras que se cuelgan del árbol de Navidad. Recordé lo que había dicho la jefa Tonny, lo que sabía que le preocupaba; que Wichita se llenara de pánico justo en esta época de fiestas navideñas.

Levanté la mano izquierda y la dirigí hacia la bailarina. El hombro comenzó a dolerme, lo sentía arder, como si un hierro caliente me estuviese tocando. Luego ese dolor intenso cambió a un ardor de menor intensidad. No me detuve y toqué el llavero.

Entonces, en mi cabeza apareció una visión. Una chica que no conocía miraba a otra hacer piruetas. Parecían estar en un gimnasio, era un área de entrenamiento. La que observaba, odiaba a la otra, quien ejecutaba unos saltos. La odiaba con intensidad.

«Quiero matarla». «Ojalá muriera». «Ojalá tuviera un accidente, como las yeguas que caen y se rompen las patas. Luego habría que sacrificarla». «Sacrificar a Verónica Cooke». «Qué divertido».

Esas palabras aparecieron en mi cabeza. Las que pensaba esa chica,

la que odiaba a la otra…

—¿Y? ¿Algo? —preguntó Anne.

Mi cabeza se puso en blanco luego de la visión.

—Nada útil. Lo siento —le respondí.

No mentía. Sí había visto algo, pero no algo que nos ayudara. Ese objeto, de seguro, había pertenecido a la chica que vi en mi cabeza. Una que odiaba a esa otra chica, que tal vez la envidiara. Pero eso no nos conducía al asesino de Emily.

7

EN ESE MOMENTO, mi móvil vibró. Era una llamada de un número desconocido.

—Soy Mason Turner. Emily Parker me dio su número telefónico. Insistió en que le contara algo. Le dije que no era para tanto. Pero le prometí hacerlo. Tal vez ella tenga olfato, siendo periodista. Así que me gustaría encontrarme con usted y luego decirle a Emily que lo hice…

—¿Cuándo fue la última vez que habló con Emily?

—Anoche en persona. En Stull. Y ahora mismo me acaba de enviar un mensaje. Rogándome que me comunicara con usted y le contara lo que sabía…

—Mason Turner, ¿se encuentra en Wichita? —pregunté.

Anne abrió más los ojos cuando lo nombré.

—Sí.

—Le pido que se dirija al Departamento de Policía de Casos Complejos en la antigua sede del Centro. Ahora mismo —ordené.

Él confirmó su visita al Departamento y cortó.

—Creo que Emily nos mintió. No era Turner quien deseaba vernos, sino ella quien deseaba que lo viéramos. A menos que sea él quien esté mintiendo —dije a Anne.

—Pues conozcamos en persona a este sujeto de una vez por todas —expresó ella.

Luego me miró como si acabara de darse cuenta de algo.

—Es extraño. Antes de la llamada estabas, creo, convencida de que Mason Turner era el asesino. Ahora, que le has hablado, has pensado que quien mintió fue Emily Parker —argumentó.

Era cierto lo que decía. Sin darme cuenta, Turner me había parecido confiable. Su voz era suave, apacible. No hay nada más confiable que la tranquilidad.

¿Y si ese era el truco del asesino y por eso le resultaba tan sencillo hacer caer a las víctimas? ¿Y si ni en mil años podría ser considerado alguien peligroso?

8

ANNE y yo llegamos al Departamento de Policía. Eran las ocho de la noche del día 15 de diciembre. Un día frío, largo, complicado. En la mañana habíamos hablado con una chica que ahora estaba muerta, que quedó con la piel despedazada…

Me sentía culpable. Tal vez si nos hubiésemos quedado con ella, el asesino no habría podido matarla. Eso me dije.

Avisamos a Clare, en la recepción del Departamento, que cuando llegara Turner lo enviara a la sala de reuniones de la primera planta. Era pequeña y brindaba privacidad. Lo más importante era que no parecía un lugar para hacer un interrogatorio, y eso era lo que buscábamos, que Turner se sintiera tranquilo.

Entramos en la sala y nos sentamos. Aguardamos en torno a una mesa circular que se hallaba en el medio de la estancia. Esta contaba con seis sillas alrededor.

En menos de diez minutos, anunciaron la llegada de Mason Turner mediante el teléfono de la sala. Expectantes, escuchamos unos pasos que se acercaban luego. También escuché la voz, la misma del teléfono, afuera en el pasillo. Hablaba con alguno de los chicos del Departamento que de seguro lo había conducido hasta allí.

La puerta se abrió y lo vimos.

Era un hombre alto, delgado, de tez blanca y pelo gris, de unos cincuenta años. Llevaba una bufanda color azul marino y una chaqueta The North Face amarilla y negra. Lucía elegante y, a la vez, como si fuera para él natural esa apariencia.

Sus ojos eran grises, rasgados. Su mirada inteligente. Algo en las facciones de su cara hacía pensar que podría tener origen asiático, aunque mezcladas con rasgos caucásicos. No solo los ojos rasgados, sino la forma del rostro, los pómulos angulosos. La combinación producía un semblante singular, híbrido. Una mezcla. Tal vez su madre era asiática y su padre americano. Su primer apellido me hacía pensar eso.

Noté que llevaba en la mano derecha un anillo negro, opaco. Parecía ónix.

Agradeció al chico que lo condujo hasta allí y luego dio varios pasos en dirección a nosotras. Anne y yo nos pusimos de pie, nos tendió la mano. Primero a ella, luego a mí.

De manera resuelta, tras hacerlo, no esperó a que le ofreciéramos asiento. Se sentó con suma naturalidad. Como si conociera ese lugar.

«Está acostumbrado a conducir reuniones». «Es un hombre que lidera, con poder…», me dije.

—Mason Turner. Gracias por haber venido con tanta premura. ¿Podría mostrarme el mensaje que Emily Parker le envió hace pocos minutos? —le pregunté.

Mi pregunta lo sorprendió. Sin embargo, no dijo nada. Tomó su móvil de uno de los bolsillos internos de la chaqueta y buscó el mensaje.

Luego me entregó el aparato y, acto seguido, se desembarazó de la bufanda y la puso sobre la mesa que nos separaba. Noté entonces una cicatriz en su cuello, en la parte central.

Aparté la vista de su cuello y miré el móvil.

«Un espacio de justicia. Eso es lo que debemos dejar. Debes contar a Alexis Carter lo que sabes sobre los objetos. Y debes hacerlo hoy mismo. Procuré que se vieran en Stull, pero no contribuiste. Ahora estoy segura de que sí lo harás. Es tu última oportunidad».

El mensaje había sido enviado hacía cincuenta y cinco minutos.

—¿No le pareció un mensaje extraño? —pregunté y le entregué el móvil a Anne.

—Sí. La chica es rara. La he llamado, pero no atiende mi llamada —completó.

—¿Dónde estuvo usted durante las últimas diez horas, señor Turner? —preguntó Anne una vez que leyó el mensaje y le devolvió el teléfono.

Fue cuando me di cuenta de algo. Cuando estreché la mano de Mason Turner, no esperaba ver algo en mi cabeza. Simplemente, di por hecho que no iba a ver nada. Era como si su presencia, su magnetismo, me hubiese poseído.

¿Cómo había pasado de considerarlo el principal sospechoso a excluirlo de toda mínima sospecha?

9

—¿Es que le ha pasado algo a Emily? —preguntó Turner. Había relacionado la pregunta que le hizo Anne con un asesinato. Era un hombre inteligente.

—Respóndame, por favor —pidió Anne.

—Pues en la galería, la que estoy apoyando. La Galería Jody Clayton, entre el barrio The Elm y Uptown, a unos cinco minutos en coche de aquí. Exactamente allí estaba antes de venir. Estaba resolviendo los últimos asuntos sobre la donación de un Degas.

—Perdone, pero ¿pasó allí el día entero? ¿No estuvo usted en Stull esta mañana acaso? —insistió Anne.

—Sí. Pasé la noche de ayer en Stull y al amanecer tomé camino hacia esta ciudad. Llegué a Wichita a las ocho de la mañana. A las nueve me reuní con la junta directiva de la Galería Jody Clayton para finiquitar detalles de la exposición de arte fino que brindarán este diciembre. Terminamos a la una más o menos. Luego almorcé en un lugar cerca del Murdock Park y fui al hotel a enviar unos correos electrónicos. Volví a la galería a las cuatro de la tarde y desde allí no me he movido hasta que tomé el coche para venir aquí.

Turner hablaba sin nerviosismo.

—¿Todo el tiempo estuvo en compañía? —preguntó Anne.

—Casi. Solo estuve solo entre las dos y las cuatro de la tarde. Pueden confirmarlo y podría darles nombres.

—¿Por qué Emily Parker nos diría que usted estaba interesado en hablarnos?

—No lo sé. Les mintió. Anoche, en La Casa del Musgo, ella se me acercó. Yo acababa de terminar de cenar y ella llegó y tomó asiento frente a mí. Me dijo que yo tenía que contar lo que sabía sobre el mercado de los objetos de los asesinos. Me contó lo del anillo de Victoria Malone…

—Perdone, Mason, pero ¿cómo supo Emily lo que usted podría o no saber sobre ese mercado de objetos «particulares»? —intervine.

—Porque hablé de ello con algunos miembros de la junta directiva de la galería, en la cena de hace tres noches. Estoy seguro de que alguno de ellos lo contó, pudo ser directamente a Emily, que siempre está atenta a noticias jugosas, o a alguien que se lo contara a ella. De todas maneras, no era un secreto. Hay una página en la Dark Web que se llama Blood&Art, y en ella se pretende ofertar objetos que han pertenecido a asesinos o criminales. Lo supe porque deseaba adquirir

una antigüedad, un reloj, y el vendedor alteró el acuerdo que tenía conmigo y vendió el objeto a un mejor postor. A alguien que ofreció más. No me gusta perder…

Eso ya lo había intuido.

—Y averigüé. Di con la página y allí estaba el reloj.

—¿Por qué ha dicho «se pretende»? ¿Es que cree que el asunto de a quiénes pertenecieron esos objetos es mentira? —preguntó Anne. Yo quería preguntar lo mismo. Lo miré con atención.

—Me parece que hoy en día la verdad no importa. La verdad es lo que la gente esté dispuesta a defender y a creer. En realidad, me parece una sarta de mentiras todo eso. Pero Emily se sentía como si hubiese descubierto el camino para ganar el Pulitzer, por lo del anillo de la chica. Yo no lo sé.

—¿Qué hizo entonces, luego de que ella se le acercara anoche? —añadí.

—La escuché. Sentí pena por ella. Necesitaba con pasión la fama. Le dije que no creía que lo que yo había descubierto tuviese que ver con lo que ella sabía. Que su asociación no tenía asidero. Sin embargo, insistía en que hablase con Anne Ashton de la Policía. Le dije que lo haría en la mañana antes de salir de Stull. Pero lo hice en realidad para que se calmara. Pensaba decir a usted, Anne Ashton, lo que dije en la cena de la galería, para complacer a la chica. También porque me pareció que, si no lo hacía, no podría librarme de ella. Pero la reunión con la junta la adelantaron y salí de Stull más temprano.

—¿Por qué no avisó a Emily? —pregunté.

—Le dejé un mensaje en su móvil —respondió.

—¿Así que en ningún momento pretendió encontrarnos en el cementerio de Stull? —preguntó Anne.

En ese momento, Turner se sorprendió. La miró y se quedó callado un par de segundos.

—¡Qué idea más insólita! —dijo y esbozó una ligera sonrisa. Los surcos que se dibujaron en su cara, junto a sus labios, dejaron al descubierto un rostro mucho más atractivo.

10

ANNE SE LEVANTÓ.

Comprendí lo que iba a hacer. A pedir de inmediato a Rossy, o a alguien de su Departamento, que averiguara sobre la Blood&Art.

—Me gustan los cementerios. El parisino sobre todo. El Père Lachaise es de los más célebres del mundo. Es un lugar bello y trágico. Uno siempre tiene que decidir entre poner el alma en el pasado o en el futuro. Esas avenidas circulares de piedra me llevan a una especie de origen, mientras, uno rodea miles de tumbas adornadas, mientras se escuchan montones de pájaros negros que anidan en las ramas de los árboles. Parecen gritar para ser oídos en la ciudad entera.

Anne me miró con al menos dos ideas en mente. Una era que Turner no estaba bien de la cabeza. La otra, que justo por eso, podía estar lo suficientemente loco para ser el asesino.

Acto seguido, se aclaró la voz.

—Entonces, no nos citó en el cementerio de Stull. Bien —dijo como zanjando el asunto.

A su juicio, ya habíamos terminado con Mason Turner. Comprobaríamos su coartada, aunque ya sabíamos que dispuso de dos horas sin compañía, en las cuales pudo haber asesinado a Emily Parker. Nuestro interés por él debía ser retomado cuando el Departamento Forense nos diera mayor precisión sobre la hora de la muerte.

—Por favor, envíenos una lista con las personas que pueden comprobar sus actividades el día de hoy. Es posible que lo volvamos a contactar. También es posible que el Departamento de Investigación Virtual le pida acceso a su ordenador. ¿Cuándo tiene pensado irse de Wichita? —preguntó Anne.

—Pasado mañana —respondió—. ¿Habría algún inconveniente?

—No. Si nos garantiza que podemos ubicarlo en su destino —dijo Anne. Luego me miró. Comprendió que quería quedarme un momento más con Turner. Se despidió y salió de la sala.

Mason Turner me miró con interés.

—¿No va a decirme qué le pasó a Emily Parker? —me preguntó.

—¿Por qué le gustan los cementerios? ¿O el parisino en particular? —dije, ignorando su pregunta.

—Me quedo mirando las figuras humanas hechas de piedra, que se tornan color verde claro o más bien azul, tan perfectas, en miles de posiciones; postradas, paradas, sentadas. Todo parece la escena de la

destrucción de la Atlántida, donde se produjo una catástrofe de «un solo día y una sola noche», o donde un volcán absurdo de repente hubiese expulsado la lava y los habitantes de una época sin época, de una vida sin término, hubiesen quedado detenidos, petrificados en su mejor escena amorosa, que los definiría para siempre. Los habitantes del origen, que ya descubrieron el final…

Lo escuchaba y me parecía delirante, pero también intrigante.

—He visto las tumbas de Balzac, Chopin, Comte, Camille, Daudet, Delacroix, La Fontaine, Molière, Abelardo y su Eloísa…, pero no es por eso que es hermoso. Si no por el conjunto moral que expresa el Lachaise. Tan lleno de imágenes de ángeles, sí, pero como si fueran humanos. De genios alados, luego de perder las alas en aquel intento por elevarse.

Hizo una pausa. Luego continuó.

—Hay tallas de piedra impresionantes de mujeres hermosas con velo, maravillosas en ese tono marino, peinados altos, cinturones detallados, mangas abultadas; niños jugando con perros melenudos que los miran cariñosos; hombres desnudos abrazando vasijas mostrando sus portentosos músculos; niñas de pelos ondulados en los que puedes reconocer cada hebra, rodeadas de frutas y ramas de olivos; hombres elegantes en posición exclamativa o sentados en actitud de meditación; túnicas, sudarios, pliegues, rostros ocultos en manos perfectas; los senos de la mujer que amamanta a su hijo junto a una joven que la admira; amantes besándose; y una versión de Lázaro destapando la pesada tapia que pretendía encerrarlo porque no está dispuesto a renunciar a la luz del día.

—Quienes visitan los cementerios para buscar la tumba de alguien querido son seres que caen en la desesperación y luego se levantan. Hombres sin tiempo que descubrieron el infierno, porque el infierno no es un lugar, sino una caída, una pérdida, y que luego volvieron a levantarse —dije con voz queda. Ni siquiera sabía por qué decía eso.

Me di cuenta de que una de mis manos, la derecha, estaba tocando el borde de la mesa que me separaba de Turner. Él tocaba su bufanda en ese momento.

Me miró como si me reconociera. Como si, al decir esa frase, yo hubiese leído su pensamiento.

No sé describir la complicidad que surgió entre nosotros. Fue algo imprevisto.

11

—¿Se apoyó usted en el tronco del sauce, en La Casa del Musgo? —pregunté.

Se sorprendió. Y luego sonrió.

—No recuerdo haber hecho eso, aunque sé a qué árbol se refiere.

—¿Sabe usted la identidad del hombre asesinado hace unos días en Chapin Park? —interrogué.

—No sé de qué me habla —respondió—. Intento no enterarme de malas noticias. La vida es muy corta para perder tiempo en eso, en lugar de buscar la inspiración en las cosas bellas, sublimes —completó.

—¿Qué fue a hacer en Stull? —pregunté.

En ese momento, la puerta de la sala se abrió y entró Lilian.

Venía a hablarme, pero al ver a Turner, se detuvo en seco.

—¡No me lo puedo creer! ¿Qué diablos estás haciendo aquí? —preguntó y, acto seguido, caminó hacia él.

Por su parte, Turner se levantó y se apartó de la mesa.

Se abrazaron.

«Son viejos amigos», eso me dije.

—Lilian, había olvidado tu profesión. He debido acordarme y pasar a verte. No tengo remedio, ni merezco tu perdón —dijo, sonriente, con voz de intimidad.

—No te preocupes, querido. Compensa lo que haces por Wichita. Dicen que tu última donación artística es sublime. ¡Ahhh…! y no me refiero al Degas, sino al óleo de las embarcaciones. Dicen que la luz es totalmente mágica… —dijo Lilian.

Luego ella pareció darse cuenta de que había actuado como si yo no estuviera presente. Ni siquiera se preguntó si llevaba a cabo un interrogatorio. Claro que Lilian era la persona más deductiva que he conocido y debió darse cuenta de que la conversación no era tan formal, pues de serlo, se hubiese llevado a cabo en la sala de interrogatorios.

—Perdonen que les he interrumpido. Ha sido la impresión de verte aquí, después de tantos años. Tal vez, ¿siete? —dijo Lilian.

—Algo así —contestó él y se acomodó la bufanda—, ya estaba terminando con la detective Carter. Solo hablábamos del Père Lachaise. Pero aún no había tenido oportunidad de decirle a Alexis que la última vez que estuve ahí leí en un sepulcro una frase que dejó una huella en mi recuerdo. La frase rezaba: «*Maintenant la mort n'aura*

pas de pouvoir, elle ne pourra plus nous séparer».

—Ahora la muerte no tendrá poder, no podrá separarnos más —tradujo Lilian—. Al principio, los parisinos no querían ser enterrados en ese lugar tan apartado. Pero ¿quién podría resistirse a ser enterrado junto a Molière, o a los eternos amantes Abelardo y Eloísa, para que al menos la última morada se pareciera a la vida que se quiso? Cuando los trasladaron a ellos, hace un poco más de cien años, todos comenzaron a mirar ese lugar con otros ojos. La distinción se impone algunas veces porque es ella nuestra verdadera naturaleza. Es un lugar hermoso, con la belleza que despide la vida que la muerte nos ha robado —terminó de decir Lilian, mirándome a mí.

—Le enviaré la lista que me han pedido y daré acceso a mi ordenador a quien usted considere. También de mi móvil. Estoy a sus órdenes —me dijo él.

Luego volvió con Lilian.

—Saludos al bueno de tu esposo. Debemos vernos antes de que me vaya… Te llamaré —le dijo a ella.

Entonces, salió de la sala. Me quedé mirando el espacio vacío que había dejado tras de sí.

—Acabas de hablar con un fantasma. Así lo llaman personas conocidas de ambos. Nos conocemos desde chicos. Su familia y la mía, en Nueva York…, pero esa es otra historia. Mason fue víctima de un ataque. Su atacante casi lo degolló. Nadie sabe cómo se recuperó. Dicen que estuvo muerto unos minutos. Desde ese suceso, desde que «resucitó» y volvió a su vida, se ha encargado de llevar belleza a los lugares más recónditos del país; favorece pequeñas escuelas y galerías desconocidas, donando obras maravillosas. Es conocido como el «Robin Hood del arte». ¿Qué diablos estaba haciendo aquí…?

No le respondí. Me quedé pensando en Mason Turner y en su magnética presencia.

12

ANNE y yo nos encontramos en el aparcamiento del Departamento.

Daban las nueve de la noche y estábamos agotadas. Lilian nos entregó el informe preliminar de la autopsia de Emily Parker. Había muerto a las tres de la tarde. No podía exculpar a Mason Turner. Para Anne, era el asesino. Hubo algo en él que no la convenció de que nos estaba diciendo la verdad. Según él, todas las cosas que nos dijo Emily, o gran parte de ellas, eran mentira. Había implicado a Turner más de la cuenta, teniendo la convicción de que el mercado del mal, la página de ofertas llamada Blood&Art en la Dark Web, tenía que ver con los asesinatos. A Anne no le gustaba pensar en Emily como una mentirosa o como una manipuladora.

—¿Sabes que a Mason Turner lo dieron por muerto…? Parece que su corazón dejó de funcionar unos minutos. Me lo ha dicho Lilian, que lo conoce —comenté.

—¡Vaya! No me extraña. Lilian conoce a todo el que es como Turner —dijo. Me pareció una crítica velada.

—¿Cómo es Turner?

—No te hagas la que no lo sabe. Oíste todo eso del cementerio, y los pájaros negros y las esculturas, y no sé qué más historias. Ya lo sabes, gente que pretende mayor sensibilidad que el resto de los mortales. No digo que nuestra Lilian sea así, porque ella vale oro, pero sí afirmo que sus amistades, por su familia, son algo encumbradas. Pero que lo sean no significa que, además, se trate de asesinos —sentenció.

Notaba a Anne algo molesta, irritable.

—Vámonos a descansar, Anne. Mañana veremos las cosas más claras —le propuse.

Estuvo de acuerdo.

—Rossy y su gente están tras la pista de Blood&Art. Hasta ahora, nada. Dice Rossy que no será fácil. Son profesionales y saben ocultar su rastro virtual.

Lo sospechaba. La oscuridad sabía hacer eso. No solo el virtual, sino también el físico. No teníamos nada de las escenas.

—Hasta mañana, Alexis —me dijo Anne. En ese momento, su móvil sonó. Tomó la llamada dándome la espalda, y luego caminó un par de pasos, alejándose de mí.

Luego la vi subirse a su coche.

Yo también hice lo propio. En cuanto lo encendí, mi cuerpo dio un

salto. Un ruido inesperado inundó la cabina.

13

LA MÚSICA SONÓ de manera estridente.

«Es la reina de mi ilusión/
Ella es mi zen desde hace mucho tiempo/
y la causa de mi confusión/
Es la cara sin nombre…».

Disminuí el volumen del radio. No recordaba haberlo encendido antes. Era una canción de la banda Aerosmith. Me recordó a Devin, le gustaba esa en especial. Apagué la radio. Intenté olvidarlo. ¡No podía deprimirme!

Ya era suficiente con la conexión que sentía con la oscuridad por culpa de mi padre, y el maldito caso de los triángulos que nos traía de cabeza. Además de la extraña forma en que sentía a Anne por haber mencionado a Thelma Patton. Había escuchado a Anne hablar con su confesor sobre ella. Rossy me aclaró que se trataba de una asesina que mató al hombre que había violado y asesinado a su hija, y que luego se suicidó. Pero las palabras de Anne la implicaban. Ella dijo: «Alguien lo sabe. Sabe lo que hice con Shaun Bird. Si aún no lo sabe, va a descubrirlo. Preguntó quién era Thelma Patton. No sé qué hacer. Mi carrera puede acabar aquí…». Lo recordaba perfectamente.

Ese alguien era yo. ¿Qué fue lo que Anne hizo con Shaun Bird si fue Thelma Patton quien lo mató? ¿Qué tenía que ver Anne? Yo sabía que, hacía dieciocho años, Anne había tomado un curso de criminología en el Reino Unido. Una vez me habló de ello. Tal vez estuvo en Irlanda cuando eso sucedió. Pero no podía aclarar nada si no hablaba con Anne. Me dije que eso haría cuando resolviéramos el caso.

Fue cuando recordé que las cosas de Kilian Carter ya debían estar en casa.

Conduje con impaciencia. Necesitaba llegar. Tomé la avenida Broadway. Me detuve en el semáforo de la calle Waterman. Vi a un grupo de jóvenes que cerraban sus abrigos. Una ráfaga de viento se levantaba en ese momento. Un hombre disfrazado de Santa Claus caminaba de manera zigzagueante por la acera. Luego encendió un cigarrillo. La luz del semáforo cambió y continué.

Algunas tiendas de esa calle contaban con adornos y luces de Navidad. Unas eran muy coloridas, otras, blancas y titilantes.

«Ese llavero de la bailarina… ¿de dónde lo habría sacado Emily?», pensé.

La recordé tal y como la había conocido esa misma mañana. Sentí pena por ella. No la imaginaba asesinando a alguien. ¿Por qué el asesino la habría matado? ¿Es que en realidad veía el futuro o solo lo presentía? Tal vez solo se encargaba de confundir. Si formaba parte de la oscuridad, eso tendría sentido, ya que eran especialistas en generar dudas. Quizás plantaron en mi cabeza esa visión de mí misma disparando a la chica vecina de Anne, a Diane Doyle. Pero estaba lo del perro de Britney Russell, la amiga de Anne. Y yo la vi, noté complacencia en su rostro cuando Britney le reclamaba la muerte de su perro.

Preferí no seguir llenándome de ideas. Tenía que tomar una cosa a la vez. Eso me dije cuando llegué a la esquina del parque frente a casa. Allí también habían colgado algunas luces navideñas en uno de los árboles. Entonces, me dije que antes de las fiestas debíamos atrapar al asesino. Si no, las Navidades en Wichita serían trágicas. Nadie tenía el derecho de arrebatar la alegría a la gente normal, común. Yo no lo era, y tenía que usar eso para defenderla. Toqué con mi mano izquierda el péndulo. Hasta ahora había perdido su capacidad de ayudarme a comprender la realidad. Pero allí lo tenía conmigo. Y solo eso ya era una esperanza.

Estacioné el coche y bajé. Saludé a una vecina que acababa de mudarse al piso frente al mío. Llegaba junto con su gata. Me dijo que estaba enferma. Le deseé pronta recuperación.

—Casi lo olvido… hace menos de dos horas ha llegado un paquete para ti. Está en casa. El chico del envío iba a llevárselo y le dije que yo podía recibirlo. Me pidió mis datos de identificación y lo dejó. Espero haber hecho bien…

—Gracias… Sí. Claro que hiciste bien —respondí. No pude decir su nombre porque no lo recordaba. Creo que nunca lo había sabido.

Subí con ella en el ascensor. Con ella y con la gata, que me miraba desde las rejillas del transportín.

—Va a recuperarse. Eso me han dicho. Parece que ha comido algo en mal estado, pero no sé qué pudo haber sido. Sí que es cierto que la ventana del salón apareció abierta esta tarde… Creo que Vinegar ha salido varias veces a dar un paseo.

Recordé que bajo la ventana de ese piso se levantaba el techo de la primera planta. Desde allí, la gata podría haber bajado y trepado. También podría hacerlo una persona…

De repente, una terrible idea me abordó. Que las pertenencias de mi padre, de Killian Carter, ya no estuvieran en la casa de mi vecina. Que alguien estuviese vigilándome; alguien que supiera que un paquete del correccional Bell iba a llegarme. Posiblemente, alguien que viera a mi vecina recibirlo.

Sentí que me faltaba el aire.

14

LAS PUERTAS del ascensor se abrieron. Hice un esfuerzo por no parecer ansiosa. No sabía si estaba exagerando. Esperé que mi vecina saliera de la cabina. Fui tras ella. Aguardé a que metiera la llave en la cerradura de la puerta. Abrió y entró, cargando el transportín. Lo puso en el suelo de un pequeño corredor y lo abrió. La gata salió corriendo y trepó a un sofá color marfil que podía verse desde la entrada. Ingresé al piso. Mi vecina me pidió que esperara. Que me buscaría el paquete. Luego pareció pensarlo mejor.

—Hace un clima de los mil demonios. Creo que voy a enfermar. ¿Quieres tomar algo? ¿Un café? ¿Una copa de vino? —me preguntó.

—No. Estoy bien. Muchas gracias —respondí.

—Disculpa. Debes estar cansada, por tu trabajo. Ya busco la caja —reaccionó.

Entonces, se encaminó por el pasillo y luego cruzó a la derecha. La gata la observaba muy quieta.

Yo estaba de pie, esperando, cerca de la puerta. No quería dilatar mi permanencia allí. No veía la hora de estar sola en casa y abrir la caja que ella había mencionado. No sabía con lo que iba a encontrarme, pero lo que fuera, era mejor conocerlo que la espera de no saber.

—¿Dónde diablos la dejé? —escuché que preguntó en voz alta.

Pensé, de repente, lo fácil que había sido que yo entrara en esa casa. Me dije que algo similar debió haberles pasado a las víctimas. El asesino debió haberlas convencido de una manera sencilla, por resultar cercano. ¿Qué es más confiable que un vecino? Alguien que comparte un espacio cerca de nosotros. Eso parece excluirlo de cualquier seña de maldad, pero no es así.

¿De dónde sacábamos que el asesino era un hombre? Solo de lo que había dicho Sophie Malone, una mujer que, aunque afirmó haber visto a un extraño sonreírse con ella, fue incapaz de describir su rostro; o peor aún, mintió sobre él.

Dejé de escuchar a mi vecina. El piso quedó en silencio. La gata continuaba mirando a un lugar que yo no podía ver.

Por instinto, pensé en mi arma. La llevaba conmigo. La gata bajó del sofá y se detuvo justo frente a mí.

Entonces, escuché algo.

15

ELLA, mi vecina, volvió hacía mí, llevando consigo una caja algo más grande que una de zapatos.

Me la entregó. Cuando lo hizo, recordé, como por arte de magia, su nombre. Se llamaba Tara. Tara Gordon.

Le agradecí de nuevo por haber recibido la caja y salí de su piso, sintiéndome una tonta. No podía andar desconfiando de todo el que se cruzaba en mi camino. Había perdido la brújula, la intuición, la capacidad empática.

Me dirigí al mío. Saqué la llave del bolsillo de la chaqueta. Escuché a la gata maullar y a Tara decirle algo.

Abrí la puerta de casa.

La luz parpadeó en ese momento. Eso me pareció.

Dejé las llaves en el mueble en el que siempre las deposito.

Avancé hasta la sala. La caja no pesaba casi nada. «Tendría pocas cosas», me dije.

Me senté sobre la alfombra en el salón, cruzando las piernas, y puse la caja sobre ellas. Quité la cinta de seguridad, la dejé en el suelo a mi lado. Intenté abrirla, pero habían reforzado aún más la caja con otra cinta adhesiva más resistente, que pegaba las dos hojas de la tapa.

Me levanté y busqué un cuchillo en la cocina. Volví y tomé la caja. Esta vez la lleve a la encimera de la *kitchenette*, que separa el salón de la cocina de casa. Metí la punta del cuchillo entre las pestañas que conformaban la tapa; presioné y moví para romper la cinta plástica.

La vibración del móvil en el bolsillo me alarmó. Brinqué. Solté el cuchillo y la caja, y tomé el aparato.

«Los chicos han descubierto lo que significan los triángulos. No vas a creerlo. El asesino está construyendo por partes el Ostomachion, la caja de Arquímedes. Es lo que creemos. Los números indican las dimensiones de los triángulos… Mañana te lo explicaré mejor».

Era un mensaje de Rossy.

Dejé el móvil junto a la caja.

Y por fin logré abrirla.

16

TOMÉ un grupo de papeles sueltos.

Había unos bocetos.

No sabía que mi padre dibujara, sabía que era lingüista. En uno de ellos había dibujado a mi madre y a mí. Era yo de unos tres años o algo así. Una sensación de asco me invadió. Él era un asesino. Había matado a mi madre de una manera feroz. No tenía derecho a guardarnos en su memoria, en una hoja de papel…

Las lágrimas comenzaron a correr por mis mejillas.

¡Lo odiaba! ¡Odiaba a Killian Carter más que nunca!

Arrugué con furia la hoja con el dibujo y la tiré al suelo.

Entonces lo vi. Era un sobre con mi nombre escrito.

«Para Alexis Carter».

A pesar de experimentar emociones encontradas, decidí abrirlo. Lo hice.

Crees que soy un asesino. Y no te culpo. Maté a tu madre porque se había convertido en un monstruo. Mi madre trató de separarme de ellos, de la gente de Hanot. Y lo hizo. Pero luego volvieron a mí a través de ella, de tu madre. No espero que me creas. De cualquier manera, he pagado mi culpa. He intentado continuar luchando en contra de ellos. He descubierto cosas, símbolos y lenguajes con los que se han fortalecido desde hace miles de años. La cárcel es un buen lugar para reflexionar. Solo te pido que no confíes en nadie y que sigas tus instintos. Tenemos algo especial que ellos desean. Por eso no nos dejarán libres, jamás. Suerte, Alexis.

¡Era mentira lo que decía!

¡De haber sido así, Wendy Tandy me lo habría aclarado!

Solo jugaba a confundirme, desde su tumba. Eso me dije e hice añicos la carta de Killian.

Busqué en el resto de las cosas. No había nada importante. Encontré otros bocetos de pájaros y un par de libros, novelas de ciencia ficción. Una de Asimov y otra que no conocía llamada *La historia de tu vida*.

¡No podía ser! ¡Eso era todo! Una carta llena de mentiras y nada más. Esperaba sentir algo al tocar las pertenencias de Killian, pero nada de eso sucedió.

Era una fracasada.

Eso sentí más que nunca.

En ese momento, alguien tocó a la puerta de casa.

Tercera parte

PARTE III

1

—ALGUNAS VECES me preocupo por mí misma. Cuando todo está mal, uno pierde la capacidad de notar lo que está peligrosamente mal. Mi excesiva capacidad de adaptación puede llegar a ser desacertada, viviendo en este gran manicomio de mundo. Pero la adaptación quita cosas, y también regala otras…

Eso dijo la mujer, mirando embelesada al hombre frente a ella.

—Quiero que me sigas hablando. No te detengas —dijo él mientras acariciaba su cabeza. Se encontraban mirando la madera crepitar en la chimenea de un salón acogedor.

—Al principio, estaba convencida que otro ser vivía dentro de mí misma. Creé una amiga imaginaria en el interior de mí misma. No sé si te había contado eso…

—No. ¡Vaya! Qué interesante. Continúa —pidió el hombre.

—En la boca de mi estómago, que creía como una caverna marina, exactamente ubicada debajo de mis costillas. Debajo de la costilla derecha, suponía, estaba mi lugar sobre una piedra oscura y plana. Y frente a mí, debajo de la otra costilla, estaba mi amiga, que tenía la misma edad que yo. Era libre. Como yo, pero sin la vida que llevaba. Como yo, viviendo en otro lado, donde debí estar. Nunca vi la cara de ella, solo veía sus calcetines rosas y sus zapatos blancos, muy brillantes. Los mecía siempre.

—Pero sabrás que esa amiga imaginaria tenía tu mismo rostro, ¿verdad? —preguntó el hombre con voz íntima, más grave, y con la pronunciación pausada, seductora.

—Sí. Eso pensaba y me daba miedo saberlo… —respondió ella.

Él aspiró la fragancia que desprendía el cabello de la mujer. Le gustó. Ella descansaba su cabeza sobre su pecho.

Ese mismo hombre había asesinado a Vincent Tenny en el Chapin Park, a Victoria Malone y a Emily Parker. Era imposible sospechar algo así sobre él, que fuera un asesino.

—Cuanto más me gustaba su compañía, la de mi amiga imaginaria, más me gustaba mi soledad. Si este ejercicio infantil, muy hábil de mi parte para hacer frente a lo que reinaba en casa, me sirvió de algo, también hizo que nunca recordara un rostro. Casi ninguno. Algunas veces, hasta el tuyo se me nubla, aunque lo encuentro perfecto —dijo ella y luego sonrió.

Él también lo hizo.

—¿Crees que alguien más piense como nosotros? —preguntó ella.

—¿Te refieres a si alguien más tenga la conexión que entre nosotros sentimos? —preguntó él.

—No. No es a eso a lo que me refiero.

El hombre se separó un poco de ella y la miró a los ojos. Sintió deseos de matarla. De rodear su cuello y apretar con fuerza hasta que se quedara sin oxígeno. Recordó la conversación que había escuchado entre Victoria Malone y su hermana. Se acordó de aquella imagen, de la mujer-pez. Ella, quien le acompañaba aquella noche, también podría ser una mujer pez, tan ingenua, tan frágil. Alguien que podría asesinar en diez segundos.

A ella le gustaba que él la mirara de esa forma. Se sentía descubierta, colonizada Y eso le gustaba. No estaba acostumbrada a intimar, y hacerlo la hacía sentir en un mundo nuevo, lleno de sensaciones, de misterio.

Recordó cuando lo conoció. Fue un encuentro singular. Ella caminaba junto al mar y él también lo hacía, pero en dirección contraria. Había música cerca. También unos chicos con unas botellas de cerveza y un caminar zigzagueante. Eran tan vulgares, tan banales. Y allí estaba él, diferente, elegante. Lo encontró accidentalmente, pero aquel había sido el mejor accidente de su vida. Él tenía el rostro de la salvación. Los huesos de su cara se ampliaban en el contorno cuadrado de una mandíbula bien definida. Algo de suavidad le imprimían sus labios. Volvía a endurecerse aquel rostro en los pómulos anchos y bruscos que enmarcaban una mirada profunda y burlona. Tratando de concentrarse en algo menos violento, ella dirigió la mirada de forma instintiva hacia abajo, a la camisa blanca, pero algo la detuvo. La hendidura entre los huesos, en la base del cuello, le impidió cumplir su plan original, que era clavar los ojos en la arena de la playa y no moverlos hasta que el peligro hubiese pasado. La belleza de él era peligrosa.

Esa hendidura en su cuello, con la que no contaba, detuvo el impulso de su escape. ¿Qué podía hacer entonces? Solo volver la mirada hacia arriba y encontrarse con el dueño de ese inquietante rostro del cual había huido. Y lo vio sonreír. Su sonrisa y la violencia de los surcos que lograba en su cara eran un ataque salvaje. Haciendo un esfuerzo, continuó caminando por la playa.

Todo esto pasó, como pasan los accidentes, en unos segundos. El tiempo que tardan dos personas en encontrarse cuando se cruzan en el camino, una de ida y la otra de vuelta. Ella no tenía dudas. Era un hombre peligroso. Lo sabía porque su educación religiosa le había dejado claro cómo reconocer la tentación.

—Entonces, ¿a qué te refieres, querida? —preguntó él.

—Tú lo sabes. Dependo por completo de ti. Me sentí terriblemente abandonada cuando te conocí luego de encontrarte en la playa, en

Nueva York. Y entonces lo supe. En aquel instante se condensaba todo lo que había deseado durante la vida, y me hizo sentir miserable por no poder apoderarme de ti. Cuando te perdía de vista, seguía paralizada, sin tener ganas de continuar mi paseo. Miré hacia abajo, hacia la arena y vi unos cangrejos pálidos correr cerca de mis pies entre unos peces muertos. Sentí repulsión por ellos. No quería que mi vida transcurriera de esa forma tan insignificante entre cosas inmóviles, para siempre… —razonó ella.

—Es bueno depender de alguien como yo. Soy confiable y fiel —dijo.

Ella lo besó. Y luego le dijo:

—Sí. Lo sé. Y también eres un asesino. Deseo con toda mi alma que me enseñes a asesinar personas.

2

RECOGÍ lo que había sacado de la caja, lo metí dentro y la puse bajo la *kitchenette*.

Me dirigí a la puerta y abrí.

Era Anne.

—Llegué hasta aquí para contarte en persona lo que sucedió con Thelma Patton y Shaun Bird. No podía seguir así, sin confiarte lo que hice. Tarde o temprano, ibas a descubrirlo. Pero ahora tenemos que atender otra cosa prioritaria. La jefa Tonny acaba de llamarme. ¿Recuerdas al doctor Franklin Montero? ¿El psiquiatra de Sophie Malone?

Asentí.

Aún nos hallábamos junto a la puerta.

—Pues ha hecho una declaración. Mejor dicho, ha informado a la agente Paisley Rowse sobre algo que sin saberlo puede resultar importante para el caso.

Le pedí a Anne que pasara.

Nos sentamos en el salón.

Me mantuve en silencio, esperando a que continuara hablando.

—Victoria Malone dijo algo al psiquiatra. Se presentó en su despacho y pretendió influirlo para que recomendara a su hermana Sophie que vendiera la casa. Esa mujer hacía cualquier cosa con tal de lograr sus objetivos.

No me lo podía creer. La arrogancia de Victoria Malone tenía dimensiones descomunales. Pocas personas intentarían convencer a un profesional a que orientara su tratamiento en función de sus particulares intereses.

—Sí. Lo sé. Es algo insólito. El asunto es que Montero está seguro de que Victoria habló con alguien llamado Damien Blackwood, estando allí en su consultorio. Lo recuerda muy bien. Ella atendió una llamada telefónica hecha a su móvil y le dijo a Blackwood que ya había transferido el dinero del anillo y que lo despachara de Stull a su casa a través de una empresa de envíos. Luego, al cortar la llamada, se justificó y dijo que necesitaba acordar eso en ese momento, y de una vez por todas.

—¿Stull? —pregunté.

—Sí. Damien Blackwood es el propietario de La Casa del Musgo. Acabo de averiguarlo, y también de una tienda de antigüedades que se encuentra en ese mismo lugar. Al menos los dos lugares poseen la

misma dirección postal. Es un juez retirado.

—Y podría ser quien está detrás de Blood&Art, y quien tocara el sauce… Parece, Anne, que estuvimos muy cerca del asesino, y ni siquiera lo conocimos —le dije.

3

RESOLVIMOS VIAJAR a Stull en cuanto amaneciera. La jefa Tonny se comunicó con el jefe del Departamento de Homicidios de Lawrence, en el condado de Douglas, ubicado a diez kilómetros de Stull. Le pidió que pusieran bajo vigilancia oculta a Damien Blackwood hasta nuestra llegada.

Yo quería tomar camino de una vez, pero luego pensé que mejor sería descansar un poco, para ver si así recuperaba alguna de mis capacidades. Después de todo, si Damien Blackwood era el asesino, era un hombre poderoso que percibía verdades y hechos futuros. Era un adversario muy peligroso.

Anne se despidió de mí.

Le dije que luego hablaríamos de lo que la había llevado a casa. También cruzamos algunas palabras sobre el descubrimiento que había hecho Rossy con respecto al significado de los triángulos. Nos podíamos dedicar a ello de camino a Stull.

Cuando mi compañera se fue, me quedé un rato en el salón. Pensaba en la carta que mi padre me había escrito. Sabía que estaba llena de mentiras. Al menos, tenía esa convicción, esa certeza. No todo estaba perdido en relación con mis capacidades. Al cabo de unos minutos, me dirigí a mi habitación. Me desvestí y me acosté.

Pensaba que no podría conciliar el sueño, pero, al contrario, de repente un gran cansancio me invadió. Lo último que recuerdo antes de quedarme dormida fue que volvía a ver la cicatriz en el cuello de Mason Turner.

Desperté a las cinco y tres minutos de la mañana.

Noté que llovía.

Me levanté y me di una ducha. Luego miré mi rostro cansado en el espejo. No tenía buen semblante.

Me vestí, tomé café, y luego salí de casa.

Había quedado con Anne que pasara por mí a las cinco y media.

Cuando salí a la calle, frente al edificio, noté que el farol que debía iluminar esa área estaba apagado. Justo el que se ubica frente a la puerta de casa.

Continuaba lloviendo.

Un coche estacionado a unos metros de donde me hallaba apagó y prendió las luces un par de veces.

Me dije que debía ser Anne.

Caminé hacia él, intentando ver mejor. Aún no amanecía y la

lluvia, acompañada de algo de niebla, no me permitía mirar con claridad.

El coche se acercó.

En ese momento me pregunté, si era Anne, por qué no lo había hecho antes. Por qué no acercarse.

¿Por qué estaría Anne tan distraída?

4

—¡VAYA tiempo! —dijo Anne una vez que estuve dentro de su coche.

—Hola —dije.

—No estaba segura de que fueras tú. Por eso no me había acercado. Allí frente a tu puerta debía haber algo más de luz… —expresó.

—Sí. Es cierto. Uno de los faroles está apagado —confirmé.

En pocos minutos, llegamos al peaje de Monarch y luego tomamos la carretera hacia Stull. Continuaba lloviendo a cántaros. Anne conducía con suma precaución.

Hablamos del Ostomachion; el rompecabezas de Arquímedes hecho de triángulos, que Rossy había descifrado y que relacionaba con los triángulos que el asesino había dejado en las escenas. Rossy nos había enviado un documento, justificando su idea y la de su equipo. Eran catorce piezas las que conformaban el rompecabezas, y entre todas (la mayoría triángulos) formaban un cuadrado. Las dimensiones de algunas de ellas y la forma coincidían con los números y las figuras que el asesino había dibujado en las escenas.

—¿Qué diablos significará eso? Arquímedes fue un físico, ingeniero, inventor, astrónomo, filósofo y matemático griego. De los más importantes de la Edad Antigua, pero por qué matar a estas personas y dejar piezas de ese puzle cerca de ellas. Si al menos supiéramos quién es el desconocido del parque. Todavía no puedo creer que no lo hayamos identificado —dijo Anne.

Me pareció que su forma de hablar era diferente. Atropellaba las palabras, como si hubiese perdido la paciencia. Y como si, además, una especie de ira, de hartazgo, la acompañara.

—¿Has descansado bien, Anne? —le pregunté.

—Un poco —se limitó a responder.

Tomó un termo que tenía en medio de los asientos. Supuse que lleno de agua.

—Se me ha despertado una sed horrenda —explicó.

«Los griegos», pensé. «Otra vez los griegos», me dije.

El *Hombre de Vitruvio*, la invención del Renacimiento que se basaba, para muchos, en teorías de la Antigüedad, también pertenecía, al menos en sus orígenes, a esa época griega. Y yo sabía que tenía que ver con las acciones de la oscuridad. Unas monedas con esa imagen habían sido introducidas en el vientre de Devin, el hombre que yo amaba y que ellos habían asesinado. Además, mi padre tenía libros

sobre Grecia. Estaba segura. Ahora lo recordaba. Eran libros de carátulas rugosas y cubiertas de piel, pieles de animales, siempre me pareció.

—¿Te pasa algo, Alexis? Has puesto cara de espanto —preguntó.

—Solo estoy pensando que, si son catorce piezas, aún deben faltar muchos asesinatos —le dije.

Ella volvió a tomar del termo.

—Sí. Pero al menos lo de Blackwood es una buena pista. Él podría ser el maldito que mató a Emily Parker… y pensar que estuvimos allí, cerca de él.

—¿No te has preguntado por qué Emily nos mintió sobre el interés de Mason Turner en hablarnos? Según este, fue ella quien se le acercó, y no al contrario —argumenté.

—Si Turner está diciendo la verdad, podría ser que Emily considerara que, dándonos esa versión, transmitiría mayor credibilidad. Sabes como son los periodistas, capaces de todo por la noticia —respondió.

Me dije que en eso sí se parecían Victoria y Emily. Tal vez las dos fuesen mujeres capaces de todo para lograr sus cometidos. Y esa, justamente, fuera la razón del asesino para matarlas. Porque personas como esas podrían terminar asesinando a otras…

Personas como yo, porque en mi visión, disparaba a Diane Doyle.

5

—¿HA sucedido algo más con tu vecina, la chica problemática? —le pregunté a Anne, cambiando el tema.

Se sorprendió.

—Pues mi vecina está inconsolable por la muerte de su perro, como cabría de esperar, y la ha denunciado. Esa chica me da pena, creo que su padre es un bueno para nada, en materia de paternidad al menos. Los padres deberían hacer lo que fuera por proteger a sus hijos, por ellos… —dijo.

Me pareció encontrar una inflexión en su voz que denotaba una carga sentimental diferente.

—Tengo que contarte lo que pasó con Thelma Patton —me dijo.

Inspiró.

—Hace diecisiete o dieciséis años, yo estaba en el Reino Unido, haciendo un taller de criminología. Apenas empezaba mi carrera. Randolph estaba en Irlanda en ese momento. Éramos muy buenos amigos. Creo que puedo decirte que es el mejor amigo que he tenido en la vida. Fui a su casa, una edificación enorme, un colegio, en las afueras de Clondalkin, al sur de Dublín. Allí también vivía el monstruo. Me refiero a un hombre que aparentaba ser un excelente vecino; amable, considerado. Pero fue él quien mató a la pequeña Scarlett Patton. Incluso fingió buscarla junto con la madre y los voluntarios cuando la niña desapareció. Shaun era amigo de todos, también de Randolph. Especialmente de Randolph.

Hizo una pausa. Le costaba hablarme de aquello.

—Yo me interesé por la desaparición de Scarlett de una manera especial. Estudié el caso, los sospechosos, los trayectos que la niña solía hacer diariamente. Iba sola a la escuela. La escuela en donde Randolph enseñaba. Él conocía a su madre, a Thelma, a su padre y sus abuelos. Era una localidad pequeña y todos se conocían. O lo hacían en teoría. Ya sabes que nadie conoce en realidad a los monstruos como Shaun. Ese hombre mató y desmembró a Scarlett. También se comió algunas partes de su cuerpo. Yo lo conocí y te juro, Alexis, que era un sujeto normal. Eso parecía. Pero sabes cómo es esto. El subconsciente se queda con indicios, con pruebas de culpabilidad allí, calladas, y cuando menos lo esperas, afloran y te hacen darte cuenta de lo equivocada que estabas. Shaun me dijo algo sobre Scarlett la última vez que hablé con él, y a apenas algunas horas de tomar mi camino a Londres para luego volver al país. Me habló de sus calcetines

floreados, celestes. Antes Thelma había dicho que eran calcetines nuevos, que apenas los estrenaba. Así que relacioné el comentario de Shaun y me enseñó la verdad… ¿Cuándo la había visto con esos calcetines puestos? Cuando la había secuestrado, me dije. Fui a su casa, la más cercana a la escuela de Randolph. Y allí estaba Thelma con el arma en la mano. Le había disparado. Me dijo algo horrible, algo que a mí misma me habría hecho asesinar a Shaun Bird…

Anne comenzó a llorar y detuvo el coche, se había orillado en la carretera. Aún estaba oscuro. Las lágrimas corrían por la cara de mi compañera. Puse mi mano sobre su hombro. No debí hacerlo.

6

Vi varias imágenes en mi cabeza.

A un hombre con varias heridas de bala, rogándole a Anne que lo salvara.

Vi a una mujer empuñando un arma. A Anne, observando la escena y debatiéndose entre desarmar a la mujer y auxiliar al hombre, o dejar que las cosas continuaran su curso.

—Acaba de decirme que la violó y la mató. Que luego cortó sus brazos. Que es mi palabra contra la suya, y que todos saben que he perdido la razón y que por eso mi marido me dejó. Que nadie me creerá y que jamás obtendré justicia para Scarlett. Así que le he disparado porque nadie creerá que él es un monstruo. Yo he acabado con él…

Eso dijo la mujer y Anne la escuchó. Luego ella no hizo nada. Se quedó congelada, mirando. La mujer se disparó en la sien. Y Anne, impávida, miró al hombre agonizar y suplicar atención. Anne lo odió con locura. Y luego esperó a que muriera.

—Ella lo mató. Thelma se disparó. Yo me quedé aguardando a que Shaun Bird muriera y luego avisé a la policía, a Randolph. Fui al coche que él me había prestado por esos días. Llamé desde allí. Dije que no pude hacer nada, que cuando llegué, Shaun Bird estaba muerto. No pude hacer otra cosa, Alexis. De verdad no pude. Thelma me habló de los detalles, de los que Shaun le contó luego de recibir el primer disparo en la pierna. Le contó lo que hizo con la pequeña Scarlett. Él merecía morir.

Anne dejó de llorar. Aparté mi mano de su hombro. La visión que había tenido de mi compañera subiendo a un coche diferente, entonces, volvió a mí, esta vez con mayor claridad. Pude conocer el rostro de Anne mucho más joven.

—Se lo conté a Randolph, la verdad. Solo a él, y ahora a ti. No descansé hasta conseguir las pruebas que culpaban a Shaun. Las encontré en un escondite en su casa. Al menos, serví para eso. No moriría como un hombre bueno, todo el mundo lo supo.

—Pero nunca encontraron el cuerpo de la niña —completé. Esa idea vino a mi cabeza.

—Nunca, Alexis. Eso todavía me pesa —reconoció—. Quería que su padre y sus abuelos tuviesen un lugar en donde poner flores en su memoria. Para eso sirven los cementerios, para vencer un poco a la muerte, y sentirte cerca de quienes amas aunque ya no estén.

Sin quererlo, recordé las palabras de Mason Turner.

«Quienes visitan los cementerios para buscar la tumba de alguien querido son seres que caen en la desesperación y luego se levantan…».

7

—GRACIAS POR CONTARME TODO ESTO, Anne. Yo también debo confesarte algunas cosas.

Ella me miró unos segundos, luego retomó el camino. Estaba más calmada.

Le hablé de la visión que había tenido al tocar el árbol. Le dije que yo misma había disparado a Diane Doyle.

—¡Eso sí que es extraño, Alexis! —comentó.

También le dije lo de los triángulos de mi padre.

—Creo que tienes razón. Hay una secta desde hace tiempo dedicándose a cosas raras. Tu padre debió pertenecer a ella y, ahora, algunos de los miembros tal vez hayan querido retomar las directrices, y con ellas, dotar de sentido a sus asesinatos. La verdad es que creo que hay lugares, ideas, que sirven de polo de atracción para locos, y tal vez esta secta sea una de ellas. Además, estoy abierta a las interpretaciones que tú hagas, aunque no las comprenda del todo, porque sé que buscas lo contrario a lo que esas personas, quienesquiera que sean, persiguen… —culminó.

Sus palabras me animaron un poco. No me importaba que Anne pensara en la oscuridad como una secta. En términos pragmáticos, podríamos reducirla a eso por el momento. Yo sabía que se trataba de un grupo de personas avivadas por una forma de maldad más fuerte, que de alguna forma les otorgaba un poder diferente, pero no era el momento de confundir a Anne. Había sido un gran esfuerzo para ella contarme sobre Shaun Bird y Thelma Patton, y sobre la niña, Scarlett.

Le propuse a Anne que me permitiera conducir a mí. Ella necesitaba descansar. Aceptó. Intercambiamos puestos y tomé el control del volante. Mi compañera se quedó dormida. Mientras tanto, yo daba vueltas sobre lo que sabíamos del asesino. Y sobre el puzle de Arquímedes. Dos triángulos, siempre eran dos, en todas las escenas. ¿Qué podría significar eso?

Ya nos hallábamos muy cerca del pueblo de Auburn cuando Anne despertó.

Faltaban veinte minutos para llegar a La Casa del Musgo. Anne aprovechó para pedir información sobre las actividades de Damien Blackwood. No había salido a ninguna parte.

—Sí que es extraño lo de los objetos, ¿verdad? —preguntó.

—No tanto. Las personas dejan parte de sí en los objetos que tocan. Es un tema de mecánica cuántica. Creo, Anne, que son muchas las

cosas que todavía no sabemos —me limité a decir.

—Puede que tengas razón —respondió.

—¿Crees que Victoria Malone sabía que ese anillo había pertenecido a la asesina española? —me preguntó.

—No lo creo. Victoria Malone era una aplanadora, y no debía creer en cosas no demostrables. Creo que simplemente le gustó esa joya y quiso tenerla para ella. Por alguna razón, tal vez, el asesino sí lo supiera y quería que ella tuviera en su poder el anillo. La verdad, Anne, es que todo es confuso. Esperemos a ver qué impresión nos da Blackwood —alcancé a decir.

8

LLEGAMOS A NUESTRO DESTINO.

Una vez más, la casa me pareció como sacada de una campiña del Viejo Mundo. El árbol me inspiraba temor, porque fue junto a él, tocando su tronco, que descubrí lo de Thelma, lo de Diane. Era, de muchas formas, siniestro.

Dos niños que parecían gemelos corrían en el sendero que conducía a la puerta de la casa.

Anne y yo nos apartamos para dejarles el paso libre.

—Este lugar no me parece un buen lugar para niños. Es tan…

—¿Desolado? —completé.

—Sí. Triste, diría yo. Antes me pareció casi de ensueño, pero ahora me transmite cierta desolación, como bien has dicho tú —insistió.

Anduvimos por el sendero y tocamos a la puerta. Notamos que, como la primera vez, estaba abierta. Entramos y repetimos lo hecho un día atrás, cuando Emily Parker estaba viva. Aunque solo habían pasado veinticuatro horas, parecía que había transcurrido más tiempo, días…

Una mujer alta que vestía falda y blusa color azul marino se nos acercó.

—Buenos días. ¿Desean algo? —preguntó.

—Somos las agentes Anne Ashton y Alexis Carter. Hemos venido a hablar con Damien Blackwood —dijo Anne.

En ese momento, una pareja de turistas entraba en la casa. Eran dos chicos jóvenes; ambos llevaban colgando al cuello cámaras fotográficas.

Siguieron de largo e ingresaron en una habitación contigua que Anne y yo no conocíamos.

—Damien está en la tienda. Hagan el favor de acompañarme —dijo la mujer.

Ella tomó la delantera y Anne y yo la seguimos. No pareció sorprenderse por nuestra visita. Era como si ya nos esperara.

Fuimos al mismo lugar donde habían entrado los chicos de las cámaras. Allí ellos se habían sentado sobre un sofá y hablaban animadamente.

—Brutal la foto…, ¿no te parece? —le dijo uno al otro—. Morirán de miedo.

La mujer continuó caminando y se detuvo ante una puerta que estaba cerrada. La abrió y nos dimos cuenta de que se trataba del

ingreso a un sótano. Nos pidió que siguiéramos sin ella y que allí abajo estaría Damien. Luego hizo una ligera inclinación de cabeza y se fue por donde vino.

Anne y yo descendimos las escaleras. Entonces, un olor a madera me invadió. Una fragancia de bosque. No sabría cómo describirla, pero era agradable, acogedora. Cuando llegamos al final de la escalera, nos encontramos en un lugar lleno de objetos hermosos. Algunos dorados y otros opacos, de formas curvas, rectas, y de tamaños diferentes. La mayoría se hallaban dispuestos sobre mesas circulares de patas entorchadas. Los de mayor tamaño sí se ubicaban al ras del suelo.

Era un lugar especial debido a los objetos que contenía. También porque, aunque fuera un sótano, era amplio y con un techo alto, abovedado. Si esos objetos habían pertenecido a asesinos desde tiempos remotos, la carga de maldad del lugar debía ser enorme. Pero yo no era capaz de sentir nada.

9

HABÍA objetos que destacaban entre los otros: una mesa que parecía un ave con las alas abiertas, un políptico con imágenes bizantinas, una figura de bronce de un cuerpo humano espigado que casi llegaba al techo, y una lámpara que descansaba como una nube, horizontal, suspendida con cuerdas de metal. Vi un jarrón verde cargado de flores blancas, dispuestas de manera vanguardista, que parecían sacadas de la cabeza de Julio Verne. Al verlas, experimenté tristeza, melancolía.

Anne y yo caminamos despacio, abrumadas por la cantidad de objetos que allí había.

Me di cuenta de que, de repente, el suelo había cambiado. Bajo la escalera era de madera, y ahora, de piedra negra. Parecía mármol, cruzado por hilos y manchas doradas. Una mesa, también de mármol, blanca en el centro del salón parecía una formación rocosa, un monolito. Y, sobre ella, una escultura de madera oscura de alguien que parecía ser don Quijote de la Mancha. A su lado, una figura antropomórfica, junto a otra de una tortuga.

Uno tenía la sensación de haber descendido al fondo del mar y estar en el medio de un naufragio, al estilo de un arca de Noé, pero no precisamente reservorio de especies vivas, sino de objetos únicos. Una vez superado el impacto inicial de mirar los objetos más llamativos, empezaban a colarse otros. Había panales y divisores de vidrio azulado, y distribuidos por todos lados, lo que te hacía creer que estabas bajo el agua, y además te llevaba a pensar que tenías puesto un batiscafo y que solo por eso estabas a salvo.

El lugar era surrealista, inundado de muebles, relojes alargados, candelabros lineales, cuadros redondos, lámparas como globos y algunas como erizos, tapices de ópalos con degradaciones en color tierra, incrustaciones de metal en objetos de estética moruna, sillas color mostaza y mesas aún más claras. Todo era como si una gran ilustración de buen gusto cobrara vida. Había un sofá prolongado, repleto de cojines con rombos y flores doradas, y otro de mayor tamaño, con las patas enroscadas, y luego unas sillas blancas con un óvalo entrelazado en forma de hoja en el espaldar. El borde brillante de otro sofá, de cuerpo abultado y estampas que simulaban piel de vaca y patas de carnero, me desagradó. Tampoco supe por qué.

Era como un patrimonio recogido tras cientos de años de apropiarse de cosas, algunas bellas, otras no tanto.

—¡Madre mía! Esto es una mezcla alucinante de objetos diferentes

—exclamó Anne—; he visto una muñeca similar a una que aún conservaba mi tía abuela. Y vaya que era vieja. Y también algunas cosas que parecen recién creadas. Nunca había visto tal variedad de… —dijo y se calló. Vio algo que la impresionó. Descubrí terror en sus ojos.

—¿Te sucede algo, Anne? —le pregunté.

—No. Estoy bien —respondió, cortante.

Tuve la seguridad de que me mentía.

Miré a donde había observado ella antes y solo vi sobre una mesa una figura de Lladró. Vestía de verde y llevaba barba.

Era un duende.

«*I am a little Leprechaun imagine that…*».

Esa canción, desconocida para mí, vino a mi cabeza.

10

ANNE CAMINÓ hacia la derecha del lugar. Alejándose de la figura de Lladró.

Fue cuando las dos nos dimos cuenta de que el sótano era enorme. Debía de tener el mismo tamaño de la casa que se erigía arriba. Era como La Casa del Musgo subterránea.

Caminé hacia la figura del duende. Quería saber por qué para Anne había sido aterradora. La toqué. Puse mi dedo índice sobre su cabeza. Vino a mi mente una escena. Me vi en una escalera diminuta, en forma de caracol, bajando con prisa y en total oscuridad, como si alguien me persiguiera. Veía los muros de piedra y sabía que estaban fríos. Era como si me estuviese liberando de un encierro en una torre medieval. Mi cuerpo era pequeño. La visión cesó. Me aparté de la figura y busqué a Anne. La encontré mirando una lámpara.

—Randolph dice que el inconsciente colectivo nos hace reconocer objetos y lugares como si los hubiésemos visto antes en nuestra vida, pero no ha sido así. Es como un registro que todos llevamos desde la cueva de Altamira, o algo así —dijo Anne—. Me ha pasado a veces que camino por un lugar en un momento, por uno que no conocía, y me he sentido como parte de él —completó.

—¿Te pasa aquí? —le pregunté.

—No. Me pasa en lugares al aire libre, no en este lugar. Esa explicación me parece mejor que la de las teorías de la reencarnación. Pero aquí hay algo más. Y lo que es, no me gusta —añadió.

Toqué el péndulo y asentí. Pero yo no sentía nada. Hasta mi compañera, que solía ser pragmática, una mujer de acción y de creencias claras, sencillas, notaba que la conjunción de esos objetos transmitía algo, pero yo no lo podía ver. Solo pude sentir la melancolía, que duró unos segundos, y esa visión que produjo el duende. Nada más. Tal vez con eso era suficiente. Podría ser que estuviera menospreciando las dos cosas y que ellas fueran un buen punto de inicio para dar con algo.

—¿Dónde se ha metido Damien Blackwood? —preguntó Anne.

Fue cuando pensé que quizás Anne y yo habíamos caído en una trampa. Nadie sabía que estábamos allí, solo la mujer que nos condujo hasta la puerta de ese lugar. Los chicos de las cámaras estaban tan metidos en su mundo que puede que ni siquiera nos hayan visto.

Miré alrededor, pensando en eso, y vi un objeto que antes no había llamado mi atención. Sobre una de las mesas circulares del sótano

había una escultura de bronce de dos personas besándose. Una de ellas era alada. Se trataba de un hombre y una mujer. Era el hombre quien llevaba las alas, y además estaba en una posición de control. Justo a su lado había otra escultura, que parecía del mismo creador, donde podían verse a dos hombres besándose.

¿Y si el asesino no actuaba solo? ¿Y si la participación de otra persona contribuía a despistar y a que tuviese coartada?

—Esa persona podría ser una mujer. Una mujer enamorada… —dije en voz alta.

—¿Qué dices? —preguntó Anne.

—Que tal vez hemos caído en una trampa —respondí.

11

CONTINUAMOS CAMINANDO hacia un área todavía no explorada. Se trataba de una nueva sala llena de objetos con molduras de yeso en el techo.

Me llamó la atención una silla negra que se hallaba un tanto retirada del resto de las cosas.

—¿Damien Blackwood? Hola… —exclamó Anne.

La silla seguía atrayéndome. Hacía que ese salón pareciera de alguna forma más claro, y los adornos de yeso en el techo, un enredo de encajes. Las paredes daban la impresión de ser líquidas, de leche. Y esa silla negra era como un agujero. Estaba pensando cosas extrañas, me dije a mí misma. Quería salir de allí. Cuando iba a pedirle a Anne que lo hiciéramos porque allí no había nadie, una persona que permaneció en silencio todo el rato se levantó de otra silla, que se hallaba en un rincón. Allí había estado sentado desde que bajamos, pero sin hacer ningún movimiento ni haber atendido a nuestro llamado.

Se levantó. Era alto. Tendría unos cincuenta y tantos años, tal vez rayando los sesenta, pero se veía fuerte.

Vestía un traje color negro.

El pelo gris le caía enmarañado, largo. Bastante largo. Su mandíbula era cuadrada, y los ojos eran como dos soles grises.

Se acercó a donde estábamos Anne y yo.

Sus movimientos eran rápidos.

Verlo bien vestido, pero con el pelo abundante y despeinado, me hacía pensar que era un hombre interesado en dejar huella, en distinguirse. Observándolo bien, podían notarse unas leves ojeras que tal vez estarían algo maquilladas, pero no del todo. Me dio la impresión de que invertía mucho tiempo mirándose al espejo cada día.

«Es vanidoso», me dije.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó con voz potente.

Luego me miró, como evaluándome.

—¿Es usted Damien Blackwood? —pregunté.

Asintió.

—No sabe cuánto placer me da conocerlas. Esta casa es su casa. Me ha dicho Betty que me buscaban —expresó.

«¿En qué momento pudo habérselo dicho? ¿A través de un mensaje de móvil mientras bajábamos las escaleras? Tendría el tiempo justo…», pensé.

Me dio la mano.

La sentí tibia. Tardó en soltármela. Luego se la tendió a Anne.

—Somos del Departamento de Homicidios, de Wichita. Una pista en un caso que investigamos nos ha traído hasta aquí. Tenemos entendido que usted habló con Victoria Malone hace unos días —dijo Anne.

—Vengan por aquí, por favor —respondió él, mostrándoles el camino.

Nos conducía hacia un rincón donde había un pequeño juego de muebles que se hallaban entre unas esculturas de mármol de mediano tamaño. Se trataba de un sofá de dos puestos y dos sillas. Además de una mesita en medio.

—Primero nos tomaremos algo y luego hablaremos. Parecen venir de lejos y estar cansadas, así que un buen café arreglará todo, o casi todo —dijo y miró a Anne por un par de segundos.

¿Qué quiso decir con eso? Era como si supiera que Anne había padecido un episodio de llanto en el coche.

—Podrían acompañarme a desayunar. Soy un excelente cocinero y he creado hoy un desayuno fantástico con camembert y uvas en bandeja de madera. También… capuchino, *croissants*, zumo de naranja y galletas de almendras. La vida hay que celebrarla siempre que se pueda —dijo, satisfecho.

Yo me senté en el sofá, y Anne en una silla sin brazos. Blackwood se sentó a mi lado.

Me miraba solo a mí, como si Anne no estuviese con nosotros.

Algo en sus maneras me resultaba conocido, pero no daba con qué.

—Este hecho lamentable… el de la muerte de la chica, de Victoria Malone. Supongo que han venido aquí para poner fin a esa cadena de sucesos tan horrendos que han sucedido en Wichita. Aún cuento con amigos en el sistema judicial y sé que una chica que estuvo aquí ayer también ha sido asesinada.

Lo observé y después esquivé la mirada. Sus ojos tenían una forma y un brillo que resultaban hipnóticos. Entonces, miré hacia la pared que tenía frente a mí. Había una máscara y, junto a ella, un boceto del *Hombre de Vitruvio*.

Se me congeló la sangre.

—Damien Blackwood, ¿qué tanto conocía usted a Victoria Malone? ¿Le vendió un objeto antiguo? —escuché que Anne preguntaba mientras yo intentaba calmarme y apartar la secuencia de imágenes que aquella figura producía en mí; el cuerpo sin vida de Devin, el de muchas otras víctimas de la oscuridad…

—Sí. Le vendí un anillo precioso —respondió y luego sonrió.

Me sonreía a mí.

12

—NO TIENE por qué llamarme de esa manera tan formal, Anne —dijo ahora mirándola a ella—. Podría hacerlo solo con mi nombre. Los apellidos fueron hechos para conservar distancias absurdas. Eso creo yo. Tengo por norma que quien se haya sentado en mi tienda, entre mis tesoros, es mi amigo.

Me observaba a mí, nuevamente, como queriendo devorar mis pensamientos. De forma instintiva, toqué el péndulo, y él lo notó.

—¿Cuánto conoció a Emily Parker? —preguntó Anne.

—Ayer crucé unas palabras con ella. Solo eso. Quería saber si todo había estado bien durante su estancia aquí, en La Casa del Musgo.

—Es extraño que usted esté en este lugar, ¿no es verdad, juez Blackwood? Creo que las personas que hacen de la justicia su vida no pueden, sin más, dejar de dictar las «sentencias justas» —manifesté, recobrándome. Deseaba provocarlo, sacarlo de su esfera de confort, y que hablara más sobre él mismo. Si era un hombre vanidoso, le gustaría hacerlo.

—Sí. Lo que dice es muy cierto. Pero sigo sentenciando, en la ficción. Ahora me dedico a escribir casos virtuales hipotéticos. Llevo cursos a distancia en varias universidades, no solo del país. Con eso me divierto. Conozco mucho la maldad humana y todo lo que las personas somos capaces de hacer.

—¿Con qué más se divierte ahora, juez Blackwood? —insistí.

—Con estos objetos maravillosos. Con la belleza. Vengo aquí cada vez que puedo. Betty lleva muy bien la casa, arriba. Me gusta admirar, observar —respondió.

En ese momento, escuchamos unos ruidos.

La mujer que nos había indicado el camino para encontrar a Blackwood bajó al sótano.

Llevaba una bandeja con dos tazas humeantes de café, una jarra con zumo de naranja y varios platos. Además, la tabla donde había uvas y trozos de queso. También una botella de espumante.

En un principio me pareció eso, pero luego me di cuenta de que se trataba de una botella de champaña. En la bandeja, además, había tres copas flauta.

—Muchas gracias, Betty. Moría de hambre. Y de seguro las detectives también querrán probar algo —dijo Blackwood.

No me gustó su expresión. Me parecía que ese comentario iba dirigido directamente a Anne. Que había sido una trampa para ella.

«Betty» depositó la bandeja en un mueble situado bajo la máscara que había llamado mi atención. Luego se fue sin decir una palabra.

Blackwood llevó la tabla con las uvas y el queso a nuestro alcance, y luego la dejó reposar sobre la mesita frente a nosotras.

Entonces, volvió junto al mueble bajo la máscara y tomó las copas. Vi sus dedos y sus manos, alargadas y muy pálidas. Preguntó si alguna quería acompañarlo con una «mimosa».

Anne me miró, y en ese momento no comprendí lo que quería decirme a través de sus ojos.

—Ustedes dirán que es una exageración desayunar de esta forma, como si estuviese celebrando algo especial. Pero en realidad, así es. Celebro la vida, queridas amigas. Los doctores me han dado solo unos meses más de vida…

13

ASÍ QUE ERA un hombre desahuciado.

Podría ser que por eso se hubiese ido a replegar entre esos objetos, y hubiese dejado la justicia. Tal vez seguía su propia misión, y esta incluía matar a aquellas personas que sabía iban a cometer un asesinato en algún momento. Quizás fue un blanco fácil para reclutarlo desde la oscuridad. Eso era posible. Los asesinatos podrían ser vistos por él como una nueva forma de justicia, siendo alguien que dedicó su vida a ella. La oscuridad sabía cómo contaminar los deseos de las personas y convertirlos a su favor.

—Yo solo tomaré café. Gracias —respondí.

Anne dijo que también tomaría café, pero vi sus ojos cuando Blackwood se servía la mimosa que él consumiría.

Fue cuando lo comprendí todo.

¡Él lo sabía! Que mi amiga tenía un problema con el alcohol. Eso era lo que mi subconsciente me había intentado revelar toda la mañana en el coche. El termo, el que me explicó que contenía agua porque estaba deshidratada, al que se aferraba con tanto ahínco al contarme lo sucedido con Shaun y con Thelma, al contarme que había dejado morir a un hombre faltando a la ley… ¡Ese termo no debía contener agua! Al menos, no solamente. Entonces recordé que Anne era amante de la ginebra. También podría serlo del vodka. Este último, a diferencia de la ginebra, era inodoro, y muy bien podría pasar por agua.

Y él, Damien Blackwood, lo sabía. ¿Cómo lo sabría si no la conocía de nada? Igual que supo de Victoria Malone y de su plan de convencer a su hermana de vender la casa como si esta hubiese sido la voluntad del padre de las Malone. Damien Blackwood era el asesino.

Lo vi traer la taza de café para mí y luego trajo la de Anne. Las puso en la mesita.

—¿Ha sembrado usted ese árbol, el sauce, junto a la edificación? —pregunté de repente.

—Ahhh…, el sauce llorón, originario de Asia Central. Es uno de mis seres vivos favoritos —respondió sin más.

Me pareció que él sabía que lo había descubierto. Que pensaba que era el asesino, y eso le causó satisfacción.

Comprendí, entonces, que este sería el peor caso de mi vida. Porque el problema no sería descubrir al asesino. Ya lo había hecho.

El problema sería demostrarle al mundo que lo era.

14

—¿VENDIÓ usted algo a Emily Parker? —pregunté.

En ese momento se sentaba junto a mí, con la copa en la mano.

—No lo creo. Mostramos algunas cosas pequeñas en una repisa arriba, en el salón de la chimenea, por si algunos huéspedes se sienten llamados…, pero Betty no me ha hablado de ninguna venta reciente —respondió.

—¿De dónde ha sacado los objetos que vende? —preguntó Anne.

—Mi familia ha sido anticuaría desde siempre. Desde hace siglos —respondió.

—¿Ha oído hablar de Blood&Art? —le pregunté.

—No. Nunca —dijo.

—¿Qué estaba haciendo ayer en la tarde, entre las tres y la cinco? —pregunté sin cortapisas.

—Estuve aquí. Betty puede confirmarlo. Y cuando asesinaron a Victoria Malone, también me hallaba en La Casa del Musgo.

—Betty también podrá confirmarlo, supongo —comenté.

Él sonrió.

—¿Nadie más? —intervino saber Anne.

—Puede que algunos huéspedes. Sería cuestión de preguntarles —respondió y tomó el contenido de su copa—. ¿Está segura de que no desea probar la champaña? Unos buenos amigos de mi familia la producen. Es exquisita —sugirió.

Un móvil vibró. Era el de Anne. Noté que algo pasaba. Para Anne, no era normal esa llamada. Se levantó y se separó de mí y de Blackwood. Él le dijo que en la sala grande tendría mayor cobertura. Que algunas veces los móviles allí enloquecían.

Anne se perdió de vista. Me quedé sola con Damien Blackwood.

—Lo has notado, ¿verdad? El problema de tu amiga con la bebida —me dijo complacido.

Clavé mis ojos en él.

—Eres tú, ¿verdad? Eres el asesino de Victoria, de Emily y del hombre del parque. Estás haciendo justicia. Lo dejaste claro al situar el móvil de Victoria en el paseo del río, junto a la escultura del lobo —le dije.

«Tu problema, Alexis Carter, es enorme. Has sentido la llamada a la trascendencia, como lo hizo él, y hasta ahora la has evitado. Hasta ahora», eso me dijo. Pero sin abrir los labios.

Lo hizo mentalmente y yo lo escuché. La piel se me erizó. Sentí

náuseas.

«Lo sabemos todo. ¿Cómo sabría yo que desearían café? No notaste que las tazas, las dos, ya venían servidas en la bandeja. La tuya sin azúcar y la de tu compañera con dos terrones. No debes obviar los detalles, Alexis Carter. Siempre son los detalles los que dan la victoria», me dijo con su mente.

Era aterrador escuchar su voz pausada, grave, en mi cabeza, y ver sus labios quietos, solo dibujando una sonrisa.

Anne volvió, alterada. La había llamado su vecina. Harry, su exesposo, tuvo que llevar a su hijo mayor a casa porque había sufrido un «percance» en la escuela. Su vecina lo estaba cuidando.

Escuché la risa de Damien Blackwood en mi cabeza al tiempo en que él le decía a Anne que esperaba que todo se resolviera muy pronto.

15

—¿QUÉ ha pasado? —le pregunté a Anne.

Acabábamos de salir de La Casa del Musgo.

—Parece que mi hijo Mathew ha agredido a otro niño. Nadie sabe por qué. Fue algo sorpresivo. Ni siquiera su maestra entiende por qué hizo eso.

—Tranquila, Anne. Antes de sacar conclusiones, debes tener más información. Habla con él. Tu hijo no es un chico maltratador. Alguna razón habrá tenido —le dije.

Me miró esperanzada. Creo que algo peor se le había ocurrido, pero no me dijo nada más.

Pensé que tal vez el hijo de Anne se diera cuenta de que ella no estaba bien, que no era la misma de siempre, y lo que había hecho en la escuela era un llamado de auxilio, a su manera.

Tomamos el coche, yo conduje a Wichita.

Durante el camino, intercambiamos impresiones sobre Damien Blackwood. O, mejor dicho, escuché las impresiones de mi compañera sobre él, porque para mí estaba claro. Damien Blackwood era el asesino y un brazo de la oscuridad.

Me dije que si se había delatado ante mí era porque estaba muy seguro de que no podría atraparle. Tal vez contaba con algún cómplice. Por ejemplo, Betty. O alguien más… Mis pensamientos se interrumpieron cuando conocí la opinión de Anne sobre él.

—No creo que tenga nada que ver, Alexis. Tiene un montón de cosas en su sótano, objetos valiosos, antigüedades. Y lo único que hizo fue venderle un anillo a Victoria Malone. Nada más. Si pertenecía a una asesina o no, no era su problema. Además, es un hombre sentenciado a muerte…

No podía creerlo.

—Está bien que no tengamos pruebas, Anne. Pero no debemos excluirlo así como así. Sé que esconde algo —le dije.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó elevando un tanto la voz.

—Me lo parece —afirmé.

—De todas formas, pediré a los agentes que continúen su vigilancia y la de esa mujer, Betty. Si es tal como dices, y yo no lo creo, no podrá volver a matar y los asesinatos se detendrán —resolvió.

Pero ya yo sabía que Damien Blackwood había convencido a Anne de su inocencia.

Eso era una nueva barrera entre ella y yo.

Un nuevo muro levantado por la oscuridad.

16

LAS INVESTIGACIONES NO AVANZABAN. De las escenas no habíamos sacado nada más. Tampoco de los triángulos más allá de la idea de que se trataban de piezas de la caja de Arquímedes. Sobre el hombre del parque no sabíamos nada. Tampoco hallamos nada raro en el pasado de Damien Blackwood. Solo que su familia, en efecto y desde hacía siglos, había tenido mucho dinero y poder. Del pasado de Mason Turner tampoco obtuvimos nada. Ni habían podido seguir el rastro de Blood&Art. Estábamos estancados. Sin pistas ni dirección.

Se acercaban los días de celebración navideña y la jefa Tonny estaba preocupada. Todos teníamos la idea de que el asesino volvería a matar. Apenas iba por la letra «C», y no sabíamos cuántas había en su abecedario. Yo más que nadie sabía que a Blackwood no lo detendría una vigilancia policial. Tendría algún truco para escabullirse.

Lo recordé, sobre todo sus ojos. Eran como dos grandes trampas. Te miraban como si fuesen capaces de descubrir todo dentro de ti, para luego contaminarlo.

La tarde de ese día, del 15 de diciembre, estuve en la oficina hasta las seis de la tarde. Anne se había ido a casa a resolver el problema con su hijo mayor.

Salí del Departamento cuando ya había oscurecido y se me ocurrió una idea. Era tal vez algo sin importancia, pero tampoco tenía mucho de dónde tirar. No quería ir a casa de una vez. Estar en la calle me transmitía la idea de que al menos hacía algo para resolver el caso. En casa solo tenía la caja con los objetos de mi padre, y esa especie de presencia tóxica me molestaba.

Llegué a la iglesia. Me detuve. Bajé del coche. Aquella era la iglesia donde Anne iba desde chica. Era donde estaba su amigo Randolph, su confesor.

Caminé por el sendero que conducía a la puerta principal. Con el rabillo del ojo, percibí un movimiento a mi lado. Volteé. Vi una ardilla brincar hacia el tronco de uno de los pinos que adornaban el patio anterior de la iglesia.

No había nadie cerca. Soplaba una brisa fría. Mis pasos eran lo único que escuchaba. La ardilla también había desaparecido.

Toqué la puerta y empujé. Abrí. Escuché cantos gregorianos. Avancé por la nave principal, frente al altar. Caminé hasta allí. Sabía que detrás de él debía ubicarse la sacristía y tal vez por allí se llegara

al lugar donde podría encontrar al sacerdote Randolph Morton.

Pero luego decidí sentarme. Lo hice en el primer banco más cercano al altar. Escuché la música. Era relajante. Unos segundos después, oí un grito. El de una niña. Volteé, pero no había nadie en la iglesia. Toqué el banco con fuerza. Supuse que tal vez el contacto con él fue el que me hizo escuchar eso. No volví a oírlo. Solo la música.

Luego, unos pasos que provenían de la sacristía.

Lo vi. Era Randolph Morton. Se acercó a mí.

—Estas aquí para hablar de Anne Ashton —dijo una vez que se sentó a mi lado.

Luego hizo silencio unos instantes. Yo también.

—Creo que Anne te debe haber contado lo que sucedió en Dublín. Es un peso que ha cargado a cuestas desde hace mucho tiempo. Los dos lo hemos hecho… —me dijo.

—¿Por qué los dos? —pregunté.

—Porque yo era amigo de Shaun Bird. Un buen amigo. Jamás creí que él fuera el responsable de lo que le pasó a Scarlett. No sé… logró engañarnos a todos. A mí, principalmente. Anne me preguntó en una oportunidad que si Shaun era un sujeto confiable. Me lo preguntó y yo le dije que sí, que por completo. Los dos habíamos tenido conversaciones increíbles, habíamos jugado ajedrez muchas noches. Incluso la noche siguiente a la desaparición de Scarlett. Éramos buenos amigos. ¿Tú crees, Alexis, que una persona puede mantener oculta su verdad tanto tiempo? ¿O crees que tal vez algo nos pueda cambiar hasta convertirnos en alguien diferente de repente? —preguntó.

—Podrían ser las dos cosas —respondí

Él asintió.

—En realidad, estoy aquí porque necesito preguntarle algo en concreto. ¿Conoce a los *leprechaun*?

—Sí. Por supuesto. Las criaturas mitológicas irlandesas pequeñitas y barbudas.

—Verá, Randolph, algunas veces puedo acceder a ideas, visiones o sensaciones que otras personas han experimentado en el pasado. Es una superempatía que me ha permitido llevar adelante mi trabajo. No crea que es algo agradable. Me llena de confusión.

Hice una pausa y lo miré. Parecía comprenderme.

—Anne y yo hemos estado en un lugar que consideramos de interés para una investigación, y allí había una figura de porcelana de un duende irlandés. Y una canción ha llegado a mi cabeza. Creo que es una canción infantil, pero no me dice nada. Y Anne, cuando vio la figurita de Lladró, la que le describo, transformó su expresión. Alguna cosa la afectaba. He pensado que solo usted podría decirme algo sobre esto. Ahora no quiero aturdir a Anne con preguntas. La aprecio, y sé

que la está pasando mal… —confesé.

Me sentí a gusto con el confesor de Anne. Hacía tiempo que no me sentía así con alguien. Menos con un desconocido.

—Scarlett era fanática de la mitología irlandesa. Y por esa razón le regalé… yo le regalé algo como eso que usted ha descrito… —dijo con la voz quebrada.

Randolph no pudo continuar hablando. Rompió a llorar como un niño.

Me conmovió y lo abracé.

—Ella, Scarlett, cantaba una canción… «*I am little Leprechaun imagine that*…».

17

RANDOLPH SE REPUSO LUEGO de llorar unos minutos sobre mi hombro. Me pidió disculpas por su explosión de llanto.

—Debió ser al contrario. Yo debí consolarle a usted —dijo, volviendo a ocupar su rol como religioso. Hasta ese momento solo había sido un hombre atormentado que necesitaba desahogo.

—Algunas veces es mejor que caigamos. ¿No lo cree así? —le pregunté.

—Sí. Es verdad —dijo y asintió también con la cabeza. Sus ojos brillaban y sus pestañas estaban húmedas, pero ya no lloraba.

—Me ha ayudado usted también, Randolph, porque últimamente se han disminuido mis capacidades. Y esa figura y esa canción me han hecho ver que debo continuar confiando en lo poco que percibo. Creo que he estado en la guarida de un hombre movido por la maldad, que además cree que actúa con justicia. Ese hombre colecciona objetos que han pertenecido a criminales. Puede que también coleccione objetos que han pertenecido a víctimas. De todo eso saca una especie de inspiración. Y creo que ese duende pertenecía a Scarlett Patton. Es el que usted le regaló. Eso me reafirma que es el hombre que buscamos…

—¿Por qué no lo detiene? —me preguntó, alarmado.

—No es tan sencillo —respondí en voz más baja.

—No. No lo es. Casi nunca lo es —convino.

—Entonces, ¿le he ayudado? ¿Al menos a estar más segura?

—Sí. Lo ha hecho. Solo eso buscaba. Era un disparo al aire el venir aquí, pero he logrado dar en el blanco, así que todavía conservo una buena intuición —le dije.

—Es bueno que Anne cuente contigo. Te aprecia y tú también a ella —me dijo, conmovido. Luego inspiró y continuó hablando—. Había otra cosa que quería decirte. He revisado las noticias sobre los asesinatos y me parece que el asesino está construyendo un *ostomachion*. Tengo algunos conocimientos sobre los griegos, y eso me parece. Pienso en su significado original, el del vocablo. La palabra *ostomachion* tiene sus raíces en el griego, que significa «lucha de huesos». «Osteón» significa hueso y «mache» significa lucha, batalla o combate.

—¿Por qué llamaban a esas figuras de esa manera? —pregunté con cierto asombro. Aunque más me asombraba que nadie en el Departamento hubiese dado con esa definición, por antigua que fuera.

—Dicen que tal vez el *ostomachion* fuese un juego, como algunos juegos chinos antiquísimos. Consiste en armar una figura con objetos que calcen, sin solaparlos entre ellos. Y en este caso, las figuras eran de…

—Huesos… —completé.

—Sí. Pero tal vez esté en un error. Algunas veces saber cosas del pasado, de lenguas muertas y de culturas olvidadas, no sirve para nada. Solo para ver espejismos. Puede que no deba hacerme caso —argumentó. Me parecía que se criticaba demasiado a sí mismo, y que se menospreciaba. Comprendí por qué Anne lo quería tanto, porque en el fondo era como un niño y ella era bastante maternal.

Llevó su mano derecha a sus ojos para despejar la humedad que aún debía sentir en ellos. Parecía todavía apenado.

Noté que tenía una cicatriz a la altura de las venas, en la muñeca de su mano. Él se dio cuenta de mi descubrimiento.

—Es un recordatorio de mi pasado. No tuve una infancia feliz. Pero ahora soy un hombre que cree más que nada en la felicidad —afirmó —. Crecí en un antiguo orfanato. Los castigos no eran buenos. Pero eso ha forjado mi carácter. Mi obsesión por ser amable y por hacer lo posible porque las personas amables continúen siéndolo, y sean un poco más dichosas, es ahora lo que me motiva.

—Lo sé. Escapabas, de chico, corriendo en una escalera diminuta, en forma de caracol, bajando con prisa y en total oscuridad, porque alguien te perseguía. Veías los muros de piedra y sabías que estaban fríos. Tu cuerpo era pequeño, pero eras veloz…

Esa había sido la visión, la escena, que apareció en mi cabeza cuando toqué la figura del duende en la tienda de los horrores de Blackwood.

Randolph me miró estupefacto.

—Para mí eres un ángel, uno hecho de recuerdos de los otros. Ojalá pudiera tener ese don que tú tienes. No digo que seas feliz con tu don, pero sí que traes cosas buenas a quienes te rodean; alivios, porque nada alivia más que la comprensión. Cuando corría en ese lugar que has descrito, solo pensaba que yo en el futuro sería diferente a todos los que me maltrataban. Y que solo así los vencería, a los malos. Cuando lograra serlo…

—Te hace más fuerte el deseo de crear que el de destruir. Algo así me dijo una persona que yo apreciaba, y tenía razón. Muchas gracias por todo, padre Randolph —le dije y me levanté.

Él también lo hizo.

Había crecido veloz un vínculo fuerte entre nosotros. Es curioso como algunas personas pueden tocarte muy adentro en pocos minutos, y llegar a donde los demás no saben llegar ni siquiera en años.

18

ME FUI A CASA.

La estadía en la iglesia había logrado aliviarme.

Tenía que pensar bien mis próximos pasos.

Pensé que si le decía a Anne lo que ella ya de seguro sabía, pero había preferido ignorar, que aquel duende de Lladró era de la niña asesinada, podría presionarla para que dejara de esquivar la idea de que Damien Blackwood era a quien buscábamos. Además de que, si estaba allí en manos de Blackwood, era porque Emily tenía razón y porque el asesino procuraba que las víctimas tuviesen en su poder ciertos objetos cargados de energía para luego, al asesinarlas, arrebatárselos. Decirle que Blackwood de seguro era el asesino y que ella debía aceptarlo y no evadir ese momento terrible de su pasado. Tal vez si le decía todo eso, volviera a recobrar a mi compañera.

¿Por qué Blackwood, de entre todos los objetos del mundo, tendría allí la figura de Lladró de Scarlett? ¿Eso era una casualidad, o la tenía en su poder porque fue capaz de prever que Anne iría a ese lugar y la vería? ¿Qué lograría con eso? ¿Alterarla?

Tampoco entendía esa evasión que había demostrado mi compañera; ¿si supo que el duende era de Scarlett por qué no me lo dijo?

Además, también quería confesarle que sabía lo de su problema con el alcohol e impulsarla a buscar ayuda.

Me planteé que tal vez fuese necesario detener a Blackwood de una forma no legal. Así como ella hizo con Shaun Bird, saliéndonos de las reglas. No me sentía cómoda con esa idea. Yo nunca había torcido las leyes, ni me había tomado la justicia por propia mano, pero sabía que me enfrentaba a monstruos.

No permanecí más de media hora en casa. Tomé la decisión, luego de pensarlo mucho, de visitar a Anne. La había llamado a su móvil, pero no me había respondido.

No tomé el coche. Preferí ir andando. Necesitaba caminar. Luego tomaría el autobús de la ruta catorce, esperaría siete paradas y caminaría unos minutos más. Ya antes lo había hecho, y no era un paseo que me desagradara. Al contrario, mostraba una cara bonita de la ciudad.

Pasé todo el camino pensando en cómo hacer que Anne entrara en razón en cuanto a la culpabilidad de Blackwood.

Llegué a su calle. Miré la casa de la chica, de Diane Doyle. La vi

llegar con su padre. Él caminaba tras ella y la observaba de una manera extraña, como si la odiara. Volví a preguntarme por qué en mi visión yo mataría a Diane Doyle dentro de unos años. Recordé las odiosas palabras de Blackwood; el asunto que dijo sobre los detalles. Tenía que reconocer que era verdad. Muchas veces, comprender era un asunto de detalles.

También vi llegar a Britney Russell, la vecina de Anne, junto con sus dos chicos; una niña y un niño. Ella llevaba una pequeña caja de *pizza* en las manos. Uno de los niños habló sobre el hambre que sentía. Lo hizo en voz muy alta y aguda.

—Ni Penélope ni yo hemos comido nada —dijo.

Por alguna razón, ellos no me vieron y entraron a casa.

Toqué a la puerta de Anne. Esperé. Nadie abrió. Tampoco escuché ruidos dentro. Me dije que Anne no se encontraba en casa. Di la vuelta a la edificación y llegué a la parte trasera. Allí había una terraza: la crucé y toqué a la puerta-ventana, no fuera que Anne estuviese en alguna parte de su casa que le impidiera escuchar el llamado de la puerta principal.

Entonces, sucedió algo insólito.

Anne estaba llegando a su casa junto con… ¡Damien Blackwood!

Cuarta parte

PARTE IV

1

EL HOMBRE CRUZÓ la puerta del edificio.

Desde hacía tiempo no visitaba ese lugar. La razón de dejar de frecuentarlo —o al menos una de ellas— era que le parecía que también había sido cubierto con el nuevo ropaje de la tolerancia, y esa vestimenta lo dejaba a él invisible. No le gustaba ser ignorado.

Ahora la moda eran los pomposos habladores de la bondad por sobre la justicia. Tenía la impresión de que el «club de antaño» se había diluido con los nuevos miembros sin educación. Bondades iban y venían, pero por fuera, sin entrar en el corazón de las personas, vociferantes repetidores de la «era del caos». Además de que el café que le habían ofrecido la última vez era de pésima calidad. «Este café podría matar a cualquiera», le había dicho al camarero que mostraba cara de pájaro en aquella ocasión. La música que se escuchaba entonces en los pasillos era como un boceto mal hecho, y también lo había sacado de allí.

Saludó a Joshua en la recepción. Cualquier cosa cambiaría, pero esa presencia tras el mostrador sería perenne. Este le devolvió el saludo con agrado, lo cual manifestó únicamente con el levantamiento de una ceja.

—¿Cómo está?

—Muy bien, Joshua —respondió él en voz alta.

Pensó que las mentiras eran mucho más sonoras que la verdad. Si el mundo se estaba quedando sin verdades, había que tratarlo con mentiras brillantes como aquella. Él no estaba bien, estaba cambiado y se sentía poderoso; estaba más que bien. Pero nadie va por allí revelando sus verdades, y menos en un club. La sinceridad era sinónimo de flaqueza, sobre todo para los justicieros como él, infiltrados en un mundo de mediocres.

Continuó caminando por el pasillo interior, repleto de luces y adornos navideños en sus arcos, con paredes decoradas de apliques de cerámica blancas y azules, y techos altos de donde pendían grandes lámparas acristaladas y modernas. Aquel aireado pasillo central desprendía los exquisitos olores del restaurante El Girasol. Recordó la última vez que caminó por allí. Ya no sentía lo mismo que aquella vez antes de formar parte del movimiento. Ahora tenía que disimular. Porque esa era la verdadera forma de manejar la misión que tenía; disimular normalidad y afectos.

Pasó junto a las mesitas negras y circulares, que servían de espera

para entrar al restaurante. Enfocó con audacia de águila algunos platos que reposaban en una mesa cercana al cristal que separaba el corredor del comedor. Vio la manga de una prenda en una tela color amarrillo tostado, que caía profusa como un sol, mostrando elaborados encajes, y luego el brazo de una mujer. Aunque la manga del vestido fuera sugerente y magnífica, tanto que le hizo recordar un vestido de Greta Garbo que había visto de niño, ya la belleza no le decía nada. La pared no le permitía completar la imagen de la mujer, y no era necesario que él intentara hacerlo. Desde hacía tiempo la idea de la consistencia le resultaba aburrida, indiferente: una mujer bella debía vestir ropa hermosa de acuerdo con la consabida idea de la congruencia que tejía el simulacro social. Tal vez de más joven se hubiese asomado para dejarse sorprender con la mujer hermosa. Pero ahora no sentía la menor curiosidad por ver a ninguno de los comensales, ni las truculentas telas superficiales que disfrazaban sus carnes, sus órganos. Para él, ellos estaban allí solo como una continuación de las mesas; como autómatas que hablaban, tragando como animales, simulando portarse de forma moderada en aquella y en todas las ocasiones. No quería verlos comer y burlarse del salvajismo, sintiéndose muy especiales en aquel lugar, porque, frente a sus ojos, todos eran repugnantes hipócritas que perdían las costuras contrahechas de sus espantosos disfraces. Descubrir con solo rozar a alguien si contaba con el germen criminal era algo poderoso, era un don especial, pero algunas veces, pesado.

La gente era un mal necesario para que existiera el orden y la justicia. Por eso Alexis Carter estaba equivocada al enfrentarlo. La había visto, había sentido su fuerza, sus inclinaciones. Las de él eran más fuertes porque se había comprometido a borrar lo que estaba mal, a destruirlo, a pulverizar lo que llevaban adentro los verdaderos monstruos como la hipócrita Victoria, como la insensible Emily, como el violento Vincent. Solo eran sangre y músculos. Ese era su brillante y maravilloso poder; la fuerza antagónica de pensarlos a todos como sus adversarios, a todos los que se encontraban allí y más allá, a la mujer de la blusa Garbo, y a los demás. Todos eran sus borrosas sombras enemigas.

«Fue un error táctico entrar por allí», se dijo el hombre. De tanto convivir con gente estúpida, se le podría estar dibujando el sello de la estupidez en la frente.

No tenía ganas de detenerse. Sabía que, si lo hacía, muchos conocidos pretenderían pararlo para conversar, o al menos para saludarlo e invitarle un café, y necesitaba estar solo. De ninguna manera quería impregnarse de aquella retórica que obligaba a saludar; a actuar en una escena de obra de teatro que todos se empeñaban en representar. Pero ya él no. No más.

Incluso, ver las caras de las personas podría inyectarle un paroxismo de ira inadecuado. La felicidad de los otros, esta vez, le resultaría insoportable. Los otros eran todos unos idiotas con aquel espíritu de «conocedores», con plásticas manías y débiles sonrisas. Eran una afrenta, que le producía una gran fatiga moral, que le mordía y le impulsaba a querer acabarlos a todos. Porque él era el primero que veía con claridad que todos los allí reunidos eran cadáveres de cuerpo presente, representantes de la sociedad de la mentira. La verdad, la única, era la libertad de acabar con las vidas de la gente como la persona con quien se encontraría en ese momento. A quien asesinaría de una manera nueva que moría por ensayar.

—Hola. ¿Tienes mucho tiempo esperando? —preguntó el asesino a su víctima.

—Hola. Para nada. Este lugar siempre me ha parecido agradable —le respondió la persona con un aire que le pareció de pretendida elegancia.

Algo debió estar equivocado en la pretensión inicial de ese halo de elegancia y de amabilidad que nunca debió existir, se dijo. Pero en lugar de mostrar su pensamiento de rechazo, sonrió. Sabía muy bien cómo engañar a la gente y cómo hacerla sentir en confianza.

Contuvo la rabia que sentía al ver a esa persona, y decidió hacer lo que había hecho últimamente: actuar con una envidia más oscura, una violencia más sutil, un ataque más íntimo, tan mágico que era imposible que su víctima sospechara de él.

—Preparan una langosta increíble. Como si estuviéramos en Boston, o mejor. También los mejillones son excepcionales. Los sirven aquí en el bar —dijo el hombre.

Ya notaba la atracción que había despertado en su víctima. Todas las personas la demostraban igual, de la misma manera, con los mismos gestos… eso se dijo.

Se sintió satisfecho, más, pletórico. El fin del trayecto de aquel día era el diseño de la absoluta oscuridad para esa persona. Era un juego perfecto de huesos…

Una hora y media más tarde, el asesino había sometido a su víctima y aplicado un dispositivo para extraerle la sangre. Era algo que había pensado desde joven, algo que imaginó una tarde mirando el mar gélido de aquella isla. Siempre había sabido que eso era lo que iba a hacer; convertirse en un ser alado vengador, un ángel caído del cielo. La continuidad del mal que había sabido sobrevivir en el mundo se lo reveló. Ahora formaba parte de ellos; una importante.

Pero el asesino no estaba solo.

Se encontraba con otra persona que lo amaba tanto que estuvo dispuesta a jugar el juego de los huesos con él. Esta persona miraba a la víctima agonizar y lo escuchaba emitir quejidos cada vez más débiles.

El asesino observaba a esta persona; no quería perderse el momento de la muerte de la víctima, pero tampoco el descubrimiento de la persona aliada del poder de hacer justicia.

Hubo un momento en que temió que una repentina bondad lo arruinara todo. Que se apoderara de su persona aliada esa flaqueza. Lo habría entendido, pero no lo deseaba. Por algo era supercomprensivo, superempático.

Pero no fue así. La persona a la que el asesino formaba se mantuvo firme; no deseaba que la víctima sobreviviera.

El trabajo estaba bien hecho. La vida de los otros no importaba ante el vínculo amoroso, y la pasión que sabía despertar en hombres y mujeres por igual.

2

LLEVABA las llaves en las manos. De seguro, mientras daba la vuelta a la casa, ellos llegaron y anduvieron el sendero de la entrada.

Decidí esconderme y observar. Era grave lo que estaba haciendo Anne. Relacionarse con un sospechoso. Era la primera vez que lo hacía.

Ellos charlaban y se sentaron en el salón, contiguo a la terraza, donde yo me ocultaba. Sin embargo, sabía que no lograría escuchar nada si la puerta-ventana estaba, como era el caso, cerrada. Era una noche fría como para que a nadie le provocara hablar en la terraza.

No podría escucharlos, solo mirarlos e intentar que ellos no me vieran. Era arriesgado.

Cuando decidí presentarme, tocar a la puerta y dejar en evidencia que había descubierto la situación, al comenzar a caminar el sendero lateral de la casa de Anne, escuché que abrieron la puerta-ventana de la terraza posterior. Me detuve y aguardé. Escuché sus voces. Entonces decidí quedarme allí y oír la conversación. Supuse que tal vez habían salido a fumar. Anne no fumaba, pero tal vez Damien Blackwood sí lo hiciera.

—Ya te he contado lo que he hecho… —dijo Anne. Hablaba con naturalidad, como si él fuese su amigo.

—Sí. Lo sé. Y te lo agradezco. Eres una persona valiente sin duda alguna —dijo Damien.

Entonces, hicieron silencio unos segundos.

Recordé el rostro de Damien hablándome sin mover los labios. Sentí la boca seca.

—No está bien que me aproveche de ti. No estás pasando por un buen momento con el problema de tu hijo. Ahora me he dejado llevar por el momento, y este beso… no es que no me gustara, pero tal vez debamos esperar un poco. Además, creo que tu compañera sospecha de mí… no es ético —dijo Damien.

—Es verdad. Todo lo que has dicho. No suelo ser así. Pero he sentido una gran conexión contigo. Es como si pensaras igual que yo. Como si te movieras por los mismos intereses. Cuando te llamé, lo hice por lo que ya hablamos, por la procedencia de la figura del duende irlandés. Ya me lo has aclarado. Puede que, cuando todo esto acabe y atrapemos al culpable, podamos…

—Me encantaría, pero ahora me gustaría tomar ese café que me has ofrecido. Podríamos tomarlo al estilo irlandés, con *whisky* irlandés

y nata batida. Lo hago excelente. Eso para brindar por tu malentendido. Ya te he mostrado el certificado de autenticidad de la figura y no tiene nada que ver con lo que tú creíste, que nunca me dijiste qué fue —añadió Damien.

Anne le respondió algo que no comprendí y se fue. Escuché sus pasos.

Pero solo los de ella. Usaba zapatos de tacón, bajos, cómodos. Yo sabía cómo sonaban al chocar contra el suelo.

Imaginé que Damien Blackwood se había quedado en la terraza. Tal vez ella le dijera que, para preparar un café irlandés, primero había que hacer el café, y eso fue lo que ella se dirigió a preparar.

Quería irme de allí. Necesitaba pensar.

Cuando comencé a caminar para tomar la calle y desaparecer, percibí su presencia, la de Blackwood. Adiviné que había caminado hasta la esquina, entre la terraza y el lateral, donde yo me hallaba. Adiviné que estaba mirándome y que desde siempre supo que yo me encontraba escuchándolos. Que la idea de salir a la terraza fue suya, así como la de tomar café con *whisky* porque conocía la debilidad de Anne.

Supe, sin voltear, que Damien Blackwood estaba sonriéndome.

3

CUANDO VOLTEÉ, no había nadie.

Corrí hacia la calle y no me detuve hasta que llegué a la estación del autobús.

Mi pulso acelerado era apenas un signo de lo que en realidad me pasaba. Estaba aterrorizada. La oscuridad no se detenía ante nada y era experta en el arte de usar a las buenas personas, como Anne.

Quise buscar a Randolph en ese momento, pero no lo hice. Me fui a casa, tocando el péndulo para calmarme.

Cuando estuve en mi piso, al apenas entrar, escuché los maullidos de la gata Vinegar. Maullaba constantemente. Creo que estaba sola.

Cerré la puerta y pasé el pestillo.

Comenzaba a sentirme más segura. Mi arma, en el cinto, no significaba una buena defensa para ellos. Necesitaba llenarme de confianza en que mi poder era tan intenso o más que el de ellos. Eso hubiese pensado mi abuela, y Wendy Tandy y todas las personas que se enfrentaban a la oscuridad.

Inspiré varias veces. Tomé agua, me desvestí, me di un baño y luego me senté en la cama a pensar.

Creé a grandes trazos un plan para el día siguiente.

Apenas amaneció, llegué al Departamento.

Anne ya estaba allí. Me dijo que debía hablarme.

Recuerdo que la miré, intentando que no se me notara nada diferente. Agradecí que ella no tuviera mis capacidades.

—Alexis, tengo que contarte algo —dijo, fueron sus primeras palabras al verme.

Me pidió que fuéramos a su oficina, y cuando lo hicimos, cerró la puerta.

—He visto a Damien Blackwood. Anoche. Le llamé para preguntarle por algo que había llamado mi atención en su tienda. Como él estaba en la ciudad, me dijo que podíamos encontrarnos donde yo quisiera para hablar. Lo cité en una cafetería cerca de casa. Luego me acompañó a casa y…

—Lo sé, Anne. Sé lo que pasó —le dije.

La sinceridad de Anne hizo que mis planes se quebraran. Había decidido dejarla fuera de todo, enfrentarme yo sola a Damien, pero su confesión me hizo pensar diferente.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Estuve allí. Quería hablarte y los vi en tu casa.

—¿Por qué no…?

—¿No te dije nada? No lo sé. Creo que me impresionó mucho verlo allí. Sabes que creo que es culpable —completé.

—Está mal lo que hice. De alguna manera, implicarme con un sospechoso. Te prometo no volver a verle hasta que el caso se aclare, pero estoy segura de que él no es el asesino. Es un hombre justo.

«Un hombre justo», me repetí.

«Eso es lo que él quiere que creas», pensé.

—He visto a Randolph, tu amigo. Noté cómo mirabas la figura, sabes a cuál me refiero, en el sótano de Blackwood. Tú sabes que es sospechoso que en su poder esté un objeto que pertenecía a…

—¡No era de ella! Solo se parecía. Me mostró el certificado de autenticidad…

Era inútil discutir. En cuanto a Blackwood, Anne estaba negada a ver la verdad. Y no era su culpa. Concedía que tenía un poder superior para convencer. Algo en su personalidad era perturbador. No iba a juzgar a mi compañera.

—Está bien, Anne. Busquemos pistas, volvamos a analizar cada detalle de las escenas, de las conversaciones que hemos tenido con las personas de interés. Hagamos lo que sabemos hacer, investigar juntas —propuse.

—Hagamos eso —convino.

Sentí que llegamos a un acuerdo. Por ahora, no volveríamos a hablar de Blackwood.

—Estoy segura de que te gustó hablar con Randolph. Sabe hacerse querer, ¿verdad?

Era cierto. Randolph Morton sabía hacer justamente eso.

En ese momento, algo cayó al suelo. Un estante en la oficina de Anne estaba atestado de expedientes y papeles y cedió uno de sus anaqueles.

Hizo un ruido fuerte. Anne brincó.

—¡Por Dios! Había dicho que eso pasaría tarde o temprano… —exclamó Anne—. Algunas veces pasan cosas que pueden ser evitadas.

Miré hacia donde yacían en el suelo los papeles y las carpetas. Entonces, noté que el anaquel que se desprendió tenía un color en la parte superior, distinto al que mostraba en su lado frontal. En la parte superior, que había estado cubierto por los papeles, era negro, opaco.

Una frase vino a mi cabeza.

«Debajo, siempre debajo».

¡No tenía idea de qué significaba eso!

4

—RANDOLPH ME HA DICHO que el significado de los triángulos de las escenas podría ser un juego antiquísimo, griego. Un juego con el estilo de un puzle hecho de huesos —le dije a Anne.

Las dos nos habíamos puesto a recoger lo que se había caído al suelo.

—¡Vaya! ¡Eso es nuevo! Mi amigo siempre ha sido una fuente de conocimientos —dijo.

—Rossy no nos habló de eso. Creo que, si le comentamos esto, podría reorientar las investigaciones para intentar obtener algo —sugerí.

Anne asintió.

—¿Un juego? ¿Es que los asesinatos son para este sujeto un juego? A mí me parece que Turner es un tipo lúdico. Esa actitud desenfadada, tipo artista, como por encima del bien y del mal, me perturba tanto. Me produce ira… y la encuentro en Turner.

Noté que había algo más detrás de sus palabras. Intuí que tenía que ver con algo que la afectaba. Había sido una tonta. Encontrar a Blackwood con ella me había hecho olvidar el asunto del hijo de Anne.

—¿Qué pasó con Mathew? ¿Todo bien en la escuela? —pregunté.

Ya habíamos terminado de recoger los papeles y nos sentamos en torno a la mesa de reuniones que había en la oficina de mi compañera.

—Sí. Un chico lo molestaba, y justamente decía que era solo un juego… ¿Cómo has relacionado…? Olvídalo. Así eres tú —concluyó—. Lo malo es que mi hijo golpeó al chico. Mathew nunca ha sido agresivo. Tú lo conoces, es un chico tranquilo, pacífico. No sé por qué hizo eso. Harry está muy preocupado y yo también. Puede que por eso tuviera ese desliz con…

—Olvídalo, Anne —le pedí, pero me quedé pensando en lo que acababa de decir.

El teléfono de la oficina sonó. Anne volvió a brincar.

—Parezco un conejo. Cualquier cosa me alarma —se quejó y tomó el aparato.

Dijo pocas palabras y luego colgó.

—La jefa Tonny quiere vernos. No se oye contenta —completó.

No podía estarlo. Parecíamos novatas dando vueltas, como pollos sin cabeza. Desde la última vez que hablamos con ella, no teníamos nada. Solo la información del juego de huesos.

Aunque yo sabía que el *leprechaun* era el de Scarlett por lo que había visto en mi cabeza y lo que había hablado con el sacerdote. Pero ¿cómo decir eso a la jefa Tonny sin pasar por loca?

5

La conversación con la jefa Tonny fue tensa. Nunca la había visto así. Y yo, aunque sabía cosas, no podía decirlas.

Sabía que Damien Blackwood era el asesino. Al menos, no tenía dudas de que era un miembro de la oscuridad y estaba mezclado con los asesinatos, aunque no fuera el autor material de los hechos. También podría serlo. La coartada facilitada por «Betty» no tenía por qué ser confiable. Se veía a leguas que esa mujer podía ser capaz de mentir por él. Lo más seguro era que también formara parte de la oscuridad.

También sé que los objetos de los asesinos transmiten energía y que eso, para seres superempáticos, es una fuente de poder. Que ese sótano de Blackwood, tan lleno de cosas extrañas, es un lugar oscuro. Que la figura de Lladró del duende irlandés perteneció a Randolph y luego a Scarlett Patton. Por lo tanto, la Blood&Art tiene que ver con Blackwood. Y, por último, el *Hombre de Vitruvio* que vi en el sótano de Blackwood me hizo pensar en Devin y me reafirmó que Blackwood forma parte de la oscuridad, que le arrebató la vida.

¡Pero no tenía pruebas de nada de eso!

Todo estaba dentro de mí, en mi cabeza, y no podía hablar de ello con la jefa Tonny. Tal vez con Lilian sí, pero con nadie más del Departamento. Así que tuve que recibir la reprimenda de la jefa sin responder otra cosa diferente a que «hacíamos todo lo necesario para avanzar y que habíamos descubierto lo de la caja de Arquímedes». Con ello, comenzaríamos una investigación sobre personas con antecedentes de violencia ligados a grupos religiosos que tuviesen que ver con la civilización griega.

Por supuesto, le supo a poco. También le molestó que las sospechas sobre Damien Blackwood no hubiesen conducido a nada. Incluso había puesto vigilancia sobre él utilizando sus relaciones con el Departamento de Homicidios de Lawrence, en el condado de Douglas, pero ahora no contaba con ninguna evidencia que la condujera a mantener tal vigilancia y la suspendería.

—¿Y qué hay sobre Turner? —preguntó la jefa Tonny.

—Pues no tiene coartada para la hora del asesinato de Emily Parker. Así que, para mí, es el principal sospechoso. Pero no tenemos nada más. Solo que estaba con Emily la noche anterior. Dice que fue ella quien impulsó nuestro encuentro fallido con él, pero ella nos dijo lo contrario. Y, claramente, no podemos preguntarle a ella ahora… —

sentenció Anne.

Para mi compañera, el asesino era Turner; así Damien Blackwood quedaba libre de sospechas.

—Quiere decir, entonces, que en realidad no tienen nada ni contra Turner ni contra Blackwood. Tal vez ni siquiera sea uno de ellos —afirmó la jefa Tonny al tiempo en que acomodaba un mechón de pelo que había escapado de su rígida coleta.

6

ANNE y yo salimos de la oficina de la jefa, preocupadas.

Faltaban pocos días para las fiestas. En la ciudad había un asesino suelto y sabíamos que la prensa se pondría más acuciosa. Pero lo más importante era que, tanto Anne como yo, nos sentíamos cansadas y el caso nos superaba. Mi compañera atravesaba por un mal momento. Su problema con el alcohol, su repentina intimidad con un sospechoso, sus inconvenientes con su hijo mayor por su comportamiento en la escuela y los recuerdos que sin querer hice emerger sobre el único momento de su vida en que había roto la ley y dejado morir a un hombre. Todo eso estaba haciendo mella en Anne.

En cuanto a mí, la sombra de mi padre no me abandonaba. Allí estaba, revoloteando, moviéndose a mis espaldas. Ahora me había sembrado la duda de que fuese mi madre la que formó parte de la oscuridad, y por ello la asesinó. Sabía que eso no era cierto, pero me hacía pensar por qué yo lo recordaba a él —ahora— como un hombre cercano que de repente cambió para mal.

Eran recuerdos de la benevolencia de mi padre que habían aparecido en mi cabeza, de repente, y muy bien podrían haber sido «infiltrados» en mi cerebro por la oscuridad. Después de todo, había estado cerca de ellos, de Blackwood, de las escenas. Había tocado el llavero del *Cascanueces* de Emily Parker, el tronco del árbol de La Casa del Musgo. Lo peor era que, cuando recurría al péndulo, nada sucedía.

Mis capacidades estaban desapareciendo y tenía la convicción de que la causa era la cercanía con miembros de la oscuridad muy poderosos. Así que, tanto Anne como yo, estábamos por motivos diferentes hechas una pena.

Mi compañera se fue a casa y yo también lo hice.

Pasaron cuatro días más, sin ningún avance.

Llegamos al 20 de diciembre y lo único que había cambiado era la relación entre Anne y yo, para peor. Algo entre nosotras se había fracturado. Donde antes hubo palabras, ahora solo encontrábamos silencios.

Había que hacer algo. El día 21 de diciembre, apenas llegué al Departamento, me presenté en la oficina de Anne y le hice una pregunta difícil.

—¿Has continuado viendo a Damien Blackwood?

7

—No voy a responderte a eso. Ya no confías en mí y no creerás nada de lo que te diga. Tal vez debas hablar con la jefa para que te asigne otro compañero —me dijo con gravedad.

Su rostro estaba demacrado, su pelo, enmarañado. Como si no lo hubiese peinado antes de salir de casa y aún permaneciera tal como lo tenía cuando saltó de la cama. Además, su blusa blanca mostraba varios trazos de arrugas.

«Definitivamente, Anne no está bien», me dije.

Salí de su oficina peor que como entré.

Recuerdo que me detuve de repente en el corredor del Departamento. Clare Miller, la agente encargada de la recepción, me miró asombrada. Tal vez le pareció extraño que me detuviera sin ninguna razón. Luego desvió la mirada como si no quisiese que su sorpresa la delatara.

«Quizás fuese de las que hablaban de mí a mis espaldas; de mis raros métodos de investigación, de que tocaba los cadáveres…».

Eso me dije y luego me reprendí. No podía volver a algo ya superado. En el Departamento de Casos Complejos me valoraban porque había logrado resolver varios asesinatos complicados, y la paranoia no me conduciría a nada.

Me quedé de pie, mirando a Clare, como sí así pudiera acallar la voz de la desconfianza que se había apoderado de mí.

Noté que llevaba una pulsera que mostraba un corazón color rosa de plástico. Podía verla con mucha claridad desde donde me hallaba. El color contrastaba con su piel morena.

¿Por qué me fijaba en la pulsera que llevaba Clare? ¿Qué tenía de especial?

En ese momento, ella tomó el teléfono que descansaba en su escritorio de recepción, seguro debió sonar. Yo no lo oí. Debió sonar porque ella no hizo otra cosa que levantar el auricular y escuchar. No marcó ningún número. Parecía que mi sentido del oído había desaparecido. Todo estaba en silencio, aunque en realidad no lo estaba.

La vi hablar con alguien a través del aparato. Otra vez vi el corazón rosa.

Entonces, de repente, volví a escuchar los sonidos del Departamento. Escuché unos pasos tras de mí. Alguien subía las escaleras tal vez para hablar con la jefa. Su oficina estaba ubicada

arriba.

Sentí un leve ardor en mi hombro izquierdo por unos instantes, que luego cesó.

«Solo una». «¿Por qué solo una?».

Una voz dentro de mí preguntó eso. No tenía idea de a qué se refería. ¿Por qué solo una pulsera? Recordé que Clare tenía dos hijas. Podría ser que mi cerebro me estuviera alertando de cierta incongruencia intolerable. ¿Por qué Clare solo llevaba la pulsera que posiblemente le regaló una de las niñas y no la otra? ¿Tenía una chica preferida y la otra estaba condenada a la dolorosa indiferencia de su madre? Pero la pulsera del corazón podía haber sido un regalo de las dos.

Me sentí perdida, como dando vueltas a cosas insignificantes en lugar de acertar en la caza del asesino.

8

SALÍ del Departamento y me subí a mi coche. Entonces, vi a Lilian entrar en el edificio contiguo, en el Departamento Forense.

Se me ocurrió una idea, y así comprendí que tal vez mirar con más detenimiento a Clare, o que ella me mirase a mí, fue el detonante de la misma. Lo que pensé en el corredor, al salir de la oficina de Anne, fue que yo debía volver al principio; que, si tocando cadáveres venían imágenes a mi cabeza, pues eso debía volver a hacer. Quizás eso tenía que ver aquello de «debajo, siempre debajo».

Me apeé del coche y seguí a Lilian.

La encontré firmando algo a la entrada de la sala de autopsias. Uno de los técnicos le extendía una hoja sobre una carpeta rígida y le entregaba un bolígrafo. El que ella tomó para firmar. Lo hizo tres veces. Luego le sonrió y se despidió de él.

El técnico se fue hacia el corredor que conducía al laboratorio en el área inferior del edificio.

Lilian entró en la sala de autopsias. Yo la seguí.

Cuando entré, volteó y me miró, como si me esperara.

—¿Por qué has tardado tanto, Alexis? Me preguntaba cuándo te decidirías a venir. He guardado algo para ti —me dijo, aproximándose a mí—. He guardado un pendiente que llevaba Emily Parker consigo cuando fue asesinada. Al ser de oro, no resultó afectado por el ácido. No con ese tipo de ácido —manifestó y me miró con afecto.

Luego me señaló una puerta que debía conducir a una oficina, pero una que estaría contigua a la sala, a la cual se llegaría solo atravesándola. Supuse que, más bien, sería un área de aseo, o de depósito de materiales para las autopsias.

La seguí. Miré su espalda, su cabeza. Noté que había pintado varios mechones de tono más claro en su corta cabellera.

Llegamos al umbral de la puerta y lo cruzamos. Como pensé, se trataba de un área de aseo.

Lilian sacó de un pequeño cajón, en un mueble que mostraba toallas y guantes, una bolsa de evidencias.

Se acercó a mí y me la tendió.

Me di cuenta de que su nariz estaba bronceada, también sus pómulos. Me dije que Lilian llevaba una vida plena, al aire libre. Tal vez había subido a la montaña un día de sol, recientemente, en alguna de sus propiedades. Sentí algo de envidia de su energía, de su vitalidad. Yo era como su negativo, su reverso. Ella, tan luminosa, y

yo, tan decaída.

—Alexis, sé que posees cierto don y creo en todo eso. Esperaba que vinieses a tocar el cadáver de la chica Parker, de Victoria Malone, pero no lo hiciste. No pude retener el cadáver de Parker aquí más tiempo. Pero sí he podido quedarme con este objeto unos días, aquí en la sala. Creo que Emily no tenía familiares cercanos, ni siquiera amigos. Nadie ha preguntado por sus pertenencias. Hay personas muy solas en este mundo, y siempre las ha habido —completó Lilian con un tono de voz más bajo.

Tomé la bolsa y la abrí. La miré, buscando su aprobación.

—Puedes tocarlo sin problema. Ya ha sido analizado. No tiene huellas, solo las de la chica. No es una evidencia. Es solo un pendiente que el ácido no pudo destruir —confirmó.

Su móvil sonó en ese momento. Escuché *Lacrimosa* de Mozart en el timbre. Lilian salió de la habitación para atender y me dejó sola con el pendiente de Emily.

Lo saqué de la bolsa y lo mantuve en mi mano derecha. Apreté, cerré los ojos e inspiré.

Vi a Emily recibir a Damien Blackwood. Le sonreía. Le abría la puerta de su casa, pero había otra persona con ellos. Alguien más. No pude verla, pero no estaban solos.

Damien Blackwood era el asesino, pero no solo él.

¿Quién más?

9

LA VISIÓN en mi cabeza se esfumó.

Lilian volvió, sonriendo.

—Mi buen amigo Mason me ha escrito para despedirse. Está justo abordando el avión a Nueva York. Ayer cenamos juntos. Me ha dicho una cosa interesantísima sobre ti…

La miré. Creo que mi cara reflejó perplejidad.

—Te lo he dicho. Tuvo una reanimación cardiopulmonar exitosa cuando lo atendieron. Su corazón se detuvo y luego volvió a latir. Mientras tanto, su cerebro continuaba funcionando. Todo esto a raíz del ataque que padeció. Luego quedó en coma varios días. Y relata cosas asombrosas. Dice haber podido hacer una evaluación de su vida, haber tenido la sensación de volver de nuevo a su cuerpo. También habla de la percepción de separación del cuerpo antes, cuando murió, de dirigirse a un destino, y luego de regresar a un lugar que sentía como su hogar. Todo eso, andando fuera de su cuerpo. Es increíble.

Recordé a Mason Turner. Su altura y delgadez, su tez blanca casi como un pergamino, y su pelo gris cenizo. La bufanda azul marino y la chaqueta ostentosa amarilla y negra. Su elegancia y naturalidad. Sus ojos grises rasgados. Su mirada inteligente. Las facciones que sugerían un origen asiático y también caucásico.

—¿Quién lo atacó? —pregunté.

—No ha querido hablar de eso. Dice que un desconocido, pero yo no lo creo. Su madre es de nacionalidad china. O era. Murió cuando él era un chico. Su padre se volvió a casar al enviudar, con una buena amiga de mi familia. Por ello nos conocimos en Nueva York. Me parece que Mason comenzó a indagar en su familia materna porque necesitaba conocer a esa mitad de sus genes, diría yo. Y creo que se encontró algo que olía a chamusquina. Le he dicho a mi marido que estoy segura de que Mason sabe que su atacante tenía que ver con asuntos familiares que arropan a su madre, y que posiblemente ella haya huido de eso y fue lo que la trajo a este país.

»Es lo que pasa —continuó diciendo—, cuando se escarba mucho hacia atrás; se encuentran secretos, y algunos son peligrosos. Yo prefiero mirar hacia adelante y no hacia atrás. No vaya a ser que me encuentre con que mi abuelo o mi abuela guardan cadáveres tras las paredes de sus casas, o bajo las tablas del suelo del sótano de la casa vieja, como en el cuento de Poe —culminó.

Otra vez, *Lacrimosa* en su teléfono.

—Esta llamada no la atenderé. Es mi vecina. Una pesada. Quiere convertirme a sus nuevas creencias. Yo soy un árbol torcido, un asunto sin cura —explicó—. ¿Has podido dar con algo? Eso espero. Ahora dame el pendiente para guardarlo en el banco de objetos —me pidió.

Le entregué el arete dentro de la bolsa.

Salimos de la salita de servicio y me despedí de Lilian. Cuando estaba a punto de salir de la sala de autopsias y ella se había quedado junto a una de las camas donde se sitúan los cuerpos para los análisis, levantó la voz y me dijo algo inesperado.

—Mason quería que te lo dijera. Me preguntó cuándo volvería a verte y me insistió en que te lo dijera…

Me detuve en seco y volteé.

—¿De qué hablas? —pregunté.

—Quería que te dijera que una de las cosas que hizo en medio de ese trance que se llama «muerte lúcida» fue que había regresado a un lugar que sentía como su hogar.

—¿Por qué era importante que me lo dijeras? —insistí.

—No lo sé. Creo que, producto de lo que le pasó, Mason ha alcanzado un nivel distinto y superior de sensibilidad. Ha descubierto cosas de mí, por ejemplo, que nadie más sabe. Ni siquiera mis hijos o mi marido. Tanto como creo en tus capacidades, creo en las de él. Además, no imaginas lo que ha hecho por marcar la diferencia, por ofrecer cosas nuevas y bellas a muchos que, de otra manera, jamás accederían a ellas.

Iba perdiendo la paciencia con Lilian Peterson. No quería que alabara a su amigo Turner y su filantropía. Quería que me contara por qué para él era importante que yo supiera eso.

—Me ha dicho esto: dile a Alexis que crea en su valía. Que Wendy, creo que ese fue el nombre que me dio, pero no estoy segura porque últimamente confundo nombres y fechas… En fin, que Wendy quisiera que lo recordaras. Y que es preciso regresar al origen. Que él lo hizo, que volvió cuando estaba muerto al lugar que sentía como su hogar. Yo no entiendo nada de esto, pero creo que hay personas que pueden comunicarse en una frecuencia diferente al resto. Eso creo que es él y que eres tú. Y en realidad, desde que Mason salió de casa anoche, he tenido la convicción de que yo te vería pronto a ti y podría decirte lo que él quería que oyeras. Y sucedió tal cual…

Me despedí de Lilian con una sonrisa simulada y salí de la sala de autopsias.

Me detuve junto a la puerta.

¿Quién diablos era Mason Turner realmente? ¿Por qué sabía lo que Wendy me había dicho?

10

BUSQUÉ su número de teléfono y le llamé. Saltó la contestadora.

Recordé que ya debía estar volando.

Llegué al coche, subí, cerré la puerta y apoyé la cabeza sobre el volante. Tenía que ordenar mis ideas y hacer algo en concreto. Algo que contribuyera a resolver el caso, a atrapar a Damien Blackwood. Necesitaba pruebas en contra de él. Por otro lado, debía esperar que Turner aterrizara para despejar la incógnita sobre cómo conocía a Wendy. Eso me daba un margen de, por lo menos, cinco horas. El vuelo a LaGuardia, en Nueva York, desde el Wichita Eisenhower National, hacía una escala en Atlanta. No recordaba que hubiese vuelos directos.

«Regresar a un lugar que sintiera como mi hogar».

«¿Cuál era ese lugar?».

Eso me preguntaba. La casa donde viví con mi abuela Denisse ya no existía. Además, muchas veces estuve allí, y no había nada de mi pasado por descubrir. Creía que tenía que buscar algo más atrás, algo más profundo. No solo por el mensaje de Turner, sino porque desde antes estaba dándole vueltas a esa idea. Sabía que se conectaba con la oscuridad por mi padre, y que lo que estaba sucediendo en la ciudad era obra de ella.

Entonces, pensé en la vieja casa. Donde mi padre asesinó a mi madre, en las afueras de Topeka, al norte. Lo último que supe de ella era que aún seguía en pie. No sabía nada sobre esa casa. Suponía que me pertenecía. Era propiedad de mi abuela Denisse y luego, al morir ella, debía ser de mi padre. Al morir mi padre, ahora debía ser mía. Pero yo me había desentendido de mi pasado porque esa fue mi forma de continuar.

Solo había dos posibilidades para que Mason Turner conociera lo que Wendy Tandy me decía sobre creer en mí misma. Que fuera de los que luchaba contra la oscuridad y que, de alguna manera, esa «muerte lúcida» que Lilian había descrito le hubiese afinado la percepción, un don que usaba para el bien. O que fuera lo contrario. Otro miembro de la oscuridad que quería enviarme un mensaje peligroso, que quería hacerme caer en una trampa enviándome a esa casa.

Fuera lo que fuera, me dije que iría a Topeka. Al lugar donde pasé mis primeros años, al sitio donde mi padre mató a mi madre. No podía continuar suspendida en medio de los asesinatos sin avanzar, sin saber nada sobre «el juego de los huesos» de Damien Blackwood, que ya

llevaba tres personas asesinadas.

11

Así que tomé camino a Topeka.

En dos horas, a través de la autopista I-35 y luego empalmando con la 335-N, estaría en casa.

No avisé a nadie de lo que iba a hacer. Hubiese sido muy difícil de justificar. Solo yo entendía que quizás en casa consiguiera algo útil para el caso. Era un disparate, o lo sería, a los ojos de los otros.

Pasé gran parte del camino recordando a Turner, su delgadez, su palidez y también un poco su arrogancia. Rossy no había descubierto nada turbio sobre él. Lilian lo apreciaba, Anne sospechaba de él. Y yo no sabía qué pensar. No podía hacerme una idea sobre Mason Turner. Mi mente estaba en blanco en relación con él.

Me detuve en una estación de servicio para repostar combustible en Emporia. Estaba a mitad de camino. De repente, sentí mucho sueño y entré en la tienda para comprar algo con cafeína. Iba por un café, pero de repente me decidí por una lata de Coca-Cola. La compré y salí de la tienda. Una mujer se tropezó conmigo y luego continuó. No vi su rostro, solo su cuerpo, de espaldas.

Llegué al coche y abrí la lata. Tomé como si viniera del desierto.

Sentí un ardor en el hombro, otra vez. Dejé la lata en el compartimiento del apoyabrazos, entre los dos asientos delanteros del coche. Nunca puedo tomarme el contenido del recipiente de una sola vez.

De repente, escuché como la lata emitía sonidos. Un trac, trac casi inaudible, pero que yo podía oír. Era como un latido, como el compás de un reloj. Tal vez una cuenta regresiva. Así lo sentía. El sonido que emitía la lata de Coca-Cola me descontrolaba de alguna manera. Recordé a Lilian y su mención a Poe porque justo eso era lo que sucedía en el cuento *El corazón delator,* ese sonido lacerante, interminable, ese latido.

Recuerdo que me detuve. Quería deshacerme del recipiente que palpitaba. Pero de repente, dejó de sonar cuando lo tomé entre mis manos.

Continué mi camino.

Llegué en cuarenta y tres minutos a la casa en el noroeste de Topeka, en las afueras más deshabitadas de la ciudad.

La calle Lymann, en donde se hallaba mi casa, se veía igual a hace tres o cuatro décadas. Como si el tiempo no hubiese pasado por allí, como si fuese un lugar donde el tiempo se detuvo.

Vi de lejos el número 23. Allí estaba la que había sido mi casa, en ruinas. Dicen que uno vuelve siempre a los lugares donde fue feliz. Y creo que antes de que una sombra arropara a mi familia, sí pude ser feliz ahí. Pero no volvía por eso, sino para descubrir algo importante, algo que podría salvar vidas.

Me bajé del coche. Caminé por la desolada calle. La casa más próxima estaba en la esquina y frente a ella había un terreno vacío, y al lado, una casa casi destruida.

No había personas por allí y tampoco parecía ser un lugar de tránsito frecuente. Ni coches ni bicicletas, ni chicos ni perros.

De repente, me acordé de un perro negro y elegante, y un gato blanco de ojos celestes. Me dije que debí verlos en la calle cuando era chica. Sultán y Homero. Tuve la convicción de que así se llamaban.

Avancé. Llegué al número 23. Miré la fachada de la casa. No sentí nada. La recordaba. Recordaba que me gustaba vivir allí. Di unos pasos. Noté una sombra tras el cristal sucio de una de las ventanas frontales, muy cercanas a la puerta principal. La del lado izquierdo.

Me detuve. Me dije que debía tratarse de un invasor, de alguien que se había metido en casa al ver que nadie la habitaba. La zona de la ciudad no se había urbanizado al mismo ritmo que el resto. Podría incluso ser un área de alto índice de delitos y poca presencia policial. Cuando me mudé de Topeka, al morir Devin, esto era lo que se decía, que el norte se había vuelto peligroso.

Iba armada, así que no temía a enfrentarme a quien estuviese allí adentro. Toqué a la puerta varias veces. No escuché nada, ni voces ni sonidos.

—¿Hay alguien? —pregunté—. Agente Carter, detective de homicidios —completé.

En mi experiencia, quienes invaden casas suelen ser mendigos, personas que temen a las fuerzas policiales. Me anuncié porque quería que se escabulleran y me dejaran buscar en el interior de la casa en paz. También podrían ser adictos y haber convertido el lugar en su guarida, lo cual entonces ya introducía una posible resistencia o enfrentamiento de su parte ante mi llegada. Esperaba que no fuera así.

Solo entonces se me ocurrió que tal vez la sombra que había visto no se tratara de nada de eso, sino que tuviese que ver con la oscuridad.

Mi respiración se hizo más acelerada. Estaba en mayor estado de alerta.

Moví el picaporte de la puerta y, contrario a lo que esperaba, este cedió.

Entré.

12

EL INTERIOR de la casa estaba en penumbras. Todo sucedió muy rápido. Sentí una presión en el brazo. Como un latigazo, luego algo caliente y después ardor y humedad. Alguien me hirió con un objeto cortante. Pero no podía ver nada.

Grité.

—¡Policía!

Mis ojos apenas se acostumbraban a la oscuridad. Saqué el arma. Sentía dolor y mi brazo sangraba. Pero no podía saber si mi atacante estaba allí, cerca de mí, aguardando. Creía que sí, porque no había escuchado su huida. Tampoco oía su respiración.

Era como si fuese un fantasma, alguien invisible, inmaterial, pero capaz de herirme. ¿Cómo era posible que no hubiese podido verlo, tocarlo o detenerlo? Yo tenía entrenamiento para cosas como esas.

Miré mi brazo. Pude ver la sangre oscura, casi negra.

Entonces, sucedió algo desgarrador. La herida sangrante tomó la forma del *Hombre de Vitruvio*. Y de repente, unas luces se encendieron y vi a mi madre, quien yacía en el suelo con el pelo dorado y revuelto tapando su rostro. Solo veía la punta de su nariz, que siempre me fascinó. Y junto a ella estaba mi padre, con un cuchillo de caza en la mano. Levantó la cabeza y me sonrió.

—¡Por fin has vuelto, Alexis! —dijo con una voz que produjo un eco interminable en la casa y en mi cabeza.

Yo no recordaba su rostro, pero me resultaba conocido. Sabía que era mi padre. Eran sus manos alargadas, de dedos muy finos.

Comenzó a reírse a carcajadas, y eso para mí resultaba insoportable, como la victoria de la destrucción sobre la vida, sobre mi vida.

Desperté bañada en sudor.

Me encontraba dentro de mi coche, en la carretera hacia Topeka, a poca distancia de la estación de servicio de Emporia. Comprendí que mi llegada a la casa había sido un sueño. Me había quedado dormida. Allí, junto a mí, estaba la lata de Coca-Cola.

Por un segundo, me pregunté si en realidad había estado en casa, y había escapado, y ahora afrontaba una especie de laguna infame, de pérdida de memoria, como ya me había sucedido en el pasado.

Pero miré mi brazo y no había herida alguna.

13

COMPRENDÍ que lo que me sucedió fue que perdí la consciencia en el coche. Entonces, comprendí todavía más. Esa mujer, la que chocó conmigo en la estación de servicio cuando salía de la tienda, debió introducirme algo, tal vez escopolamina, alguna droga por contacto. Ese estado en el que había sucumbido y la sequedad en la boca que ahora sentía me orientaban a esa conclusión. Podría ser una droga desconocida, una especie de inhibidora de la voluntad, combinada con algún efecto narcótico.

¿Pero por qué lo haría?

Porque formaba parte de la oscuridad y ellos tal vez pretendían que perdiera el conocimiento en la vía y que tuviese un accidente. Algo que podría ser considerado como solo eso, un accidente, y no un atentado. Posiblemente, querían hacer las cosas de manera disimulada. Que muriera asesinada una agente del Departamento de Homicidios de Wichita despertaría alarmas que de seguro no querían despertar. En cambio, si moría producto de un accidente automovilístico, ya dirían que estaba bajo mucha presión, que el caso me traía de cabeza, que se trataba de una detective que creía en cosas raras, alguien que no estaba en plenas facultades mentales…

Miré la lata de Coca-Cola. Fue ella la que me salvó. Fue ese sonido que quizás hacía el gas, el carbono escapando aún del recipiente de aluminio que lo había mantenido comprimido, y que parecía taladrarme el cerebro, muy posiblemente producto de la droga que ya estaba haciendo efecto en mi cuerpo. Pero fue justo eso lo que me hizo detenerme, ese desagrado. El comentario de Lilian sobre Poe pudo contribuir a mi sugestión en contra del latido de la lata, no lo sé. Lo cierto es que fue lo mejor que pudo pasarme, que detuviera el coche en el arcén antes de quedarme dormida.

Tomé la lata y la miré. Me dije que la mantendría conmigo hasta el final de mi vida.

Luego la dejé a un lado en el mismo apoyabrazos donde estuvo antes y salí del arcén.

Continué el camino a Topeka. Miré la hora en mi reloj. Eran las doce del mediodía. ¡Había permanecido inconsciente más de dos horas!

Me sentía un poco mareada, pero no iba a descansar. Me dije que estaba en condiciones para seguir.

Podría ser, solo podría ser, que a la oscuridad no le conviniera que

yo visitara mi casa; que Turner fuera de los buenos y que lo que podría descubrir ese día pudiera cambiar las cosas, torcerlas para ellos, para Blackwood.

Volví a pensar en Mason Turner, pero ahora con otros ojos. Podría ser una especie de enviado de Wendy, alguien que de alguna forma estaba destinado a ayudarme. Yo, en el fondo, no sospechaba de él, al menos no como lo hacía Anne, y eso debía significar algo.

Volví a confiar en mi intuición, en mi don… en mi «valía».

14

MI MÓVIL SONÓ en ese momento.

Atendí.

Era Randolph Morton, el confesor de Anne.

—Hola, Alexis. Solo quería saber cómo te encontrabas —dijo.

Luego hizo silencio. Escuché su respiración.

Puse el manos libres.

—Hola. No estoy muy bien la verdad —le dije.

Deseaba ser sincera; confiaba en él.

—No te escuchas bien. ¿Qué ha pasado? He intentado hablar con Anne, pero no me atiende el teléfono. Estoy a punto de ir a su casa. Me preocupa Anne y ahora me preocupas tú —confesó.

—A mí también me preocupa Anne. No sé cómo decirte esto, pero creo que Anne está bajo el dominio o, al menos, bajo la influencia de un hombre que ha destinado su vida a destruir, a asesinar —le dije.

—¿De quién? —replicó de inmediato.

—De alguien llamado Damien Blackwood, el mismo hombre dueño de las antigüedades, de los objetos donde vi la figura de Lladró. Ya te he hablado de él.

—Sí. Lo recuerdo. ¿Por qué no nos encontramos? —preguntó.

—Ahora mismo no estoy en Wichita. Voy camino a Topeka. Pero podemos vernos en la noche, cuando vuelva —le respondí.

—Sí. Me gustaría. Sería muy bueno para mí. Es algo diferente y quiero saber por qué. Sabes, cuando uno se adentra tanto en un rol determinado necesita, como el agua fresca, poder contar con alguien a quien no tiene que ayudar, consolar o reconfortar. Creo que yo no tengo nada que darte a ti y tú, en cambio, puedes ayudarme. Es nuevo para mí, algo cálido. Espero no sonarte egoísta, Alexis —expresó.

Pude percibir su vergüenza.

—¿Por qué vas a Topeka? Parte de mi familia nació allá —completó.

Ahora me sentía como hablando con un viejo amigo. Parecía tener tiempo para dedicarme, como si ninguna otra cosa fuese importante en ese momento.

Me sentí bien por esa llamada. Me sentía acompañada.

Le dije que iba a casa, que no siempre resultaba un buen plan esquivar el pasado. Él me comprendió. Estoy segura.

Después hablamos de cosas agradables. Incluso inspiradoras. Cosas de cuando éramos niños, de juegos y paisajes.

Randolph me acompañó durante al menos veinte minutos más.

Aunque no lo deseara, estaba ligada a Randolph Morton porque no se parecía a ninguna otra persona que hubiese conocido antes. Y cuando eso pasa, cuando se presenta esa sincronía con alguien, resulta como una oportunidad brillante y única. Cuando tiene lugar ese encuentro de ideas que es más que eso, es como si un segundo de esa luz bastara para que entonces una vuelva a creer en la ilusión perdida. Randolph me hizo ver que no podía dejar ganar a la oscuridad y que la primera victoria que debía obtener era la de volver a creer en mí misma, porque valía la pena lo que hacía con mi vida. ¿Cómo lo logró? No lo sé. Era una persona especial.

15

LLEGUÉ A CASA. Todo era igual a lo que había soñado, a lo que recordaba; la calle desierta, deshabitada, la casa casi en ruinas, el terreno y el número 23 esperándome. Pero no había sombras tras la ventana. La puerta tampoco estaba abierta. Rompí un cristal y abrí desde dentro el picaporte.

Entré. El lugar era lúgubre, desprendía ese olor a encierro que guardan las edificaciones deshabitadas por años.

Dos ratas se cruzaron en mi camino. Me pregunté qué podrían estar buscando allí, en ese lugar desprovisto de agua, de alimentos. No parecieron inmutarse con mi llegada. Se desplazaban sin apuro ni temblores. Luego, cuando llegaron al umbral de una puerta que estaba abierta y que comunicaba el pequeño corredor de la entrada con el salón y la cocina, se detuvieron. Comenzaron a enfrentarse. Nunca había visto ese comportamiento tan violento entre sujetos de la misma especie. Era una lucha a muerte, se mordían entre sí, creo que por hambre desesperada.

Sentí asco, repulsión. La misma que siento por Damien Blackwood, por quienes mataron a las víctimas. Por el que siento por mi padre.

Entonces, tomé un jarrón que había en el piso del corredor y lo lancé contra ellas. Salieron corriendo despavoridas.

Caminé y llegué a la cocina.

Reconocí el lugar donde mi madre yacía. De repente, recordé que una de sus manos había quedado rozando la pata plateada de una silla, y su dedo índice mostraba una uña en tono rosado que a mí me gustaba.

Sacudí la cabeza.

También recordé dónde se encontraba el estudio de mi padre. Era una pequeña habitación junto al salón. Fui hacia allá. De repente, tuve la convicción de que mi padre era cariñoso, y de que luego se había transformado. Hasta ese momento no recordaba con certeza ese cambio tan drástico.

¿A qué se debió?, me pregunté, y entonces algo en mi cabeza hizo que recordara un nombre: Mike.

¿Quién era Mike?, pregunté en voz alta. Tuve la impresión de que la casa me escuchó. Tal vez porque sabía que ese lugar no había oído voces humanas desde hacía décadas y, como las ratas, podría estar hambrienta de ellas. Allí se respiraba abandono, tristeza. Fue la primera vez que un lugar me transmitió sentimientos, al menos con

esa fuerza. Era distinto a tocar objetos y experimentar cosas porque no estaba tocando nada, mis manos estaban vacías. Recordé algo que había dicho Rossy una vez. Había hablado sobre una teoría cuántica que afirmaba que los cuerpos intercambiaban sus átomos con lo que les rodea; que uno toca siempre el ambiente, aunque no lo crea. Los límites entre nuestros cuerpos y el exterior no son tan definidos. Desde esa perspectiva, yo si estaba «tocando la casa» de alguna manera; a las partículas allí encerradas, mis moléculas y mis átomos las tocaban.

Sentí pena. Unas lágrimas corrieron por mi cara.

Me detuve en medio del estudio de mi padre y miré a todos lados.

Recordé a mi madre de pie y de espaldas, hablando al teléfono y mirando hacia la ventana. Vestía un traje amarillo, alegre.

Había un teléfono sobre el escritorio de mi padre. Era un teléfono que a mí me encantaba, naranja brillante y con forma de abeja. Al menos, eso me parecía a mí.

Mi madre hablaba con Mike... Sí. Mi madre tenía un amante. Uno llamado Mike.

Entonces, comencé a comprenderlo todo. La oscuridad se nutre de eso, del odio, de la venganza, de la rabia, de los celos. Eso me había dicho Wendy Tandy en algún momento. La amiga de mi abuela, la misma que me dejó como legado el péndulo.

Lo toqué en ese momento, pero diferente a como lo había estado haciendo desde el inicio del caso. Antes lo tocaba queriendo ver algo, ahora lo hacía sintiendo algo, conmovida, íntegra, no solo con mi parte racional.

Vinieron a mí las mismas palabras de la oficina: «debajo, siempre debajo».

Caminé, como orientada por algo diferente a mí, hacia la pared que mostraba una ventana que daba a la parte trasera de la casa, al jardín donde antes hubo rosas. Entonces, vi un archivador pequeño en un rincón. Era gris, como todos los archivadores antiguos, pero este solo tenía dos cajones. Abrí el primero, no había nada. Luego el segundo. Tampoco.

Me sentí tonta. ¿Qué hacía realmente allí en medio de cosas empolvadas que de seguro no me llevarían a nada? ¿Qué importaba que tocara la casa con mis átomos si bajo ese techo solo había tristeza y desolación? No valía la pena creer, ni tampoco lo inspirador que me había resultado hablar con Randolph.

Saqué el segundo cajón con rabia y lo lancé al suelo. Dio una vuelta y su parte inferior quedó expuesta hacia arriba.

Fue cuando vi algo. Allí había un sobre adherido con cinta adhesiva.

Pensé que por eso había caminado como sonámbula hasta el estudio de mi padre. Porque de seguro en mi memoria quedaba el

recuerdo de verle utilizar ese archivador y no otro. Por eso había llegado hasta él como si supiera lo que buscaba. Y las palabras «debajo, siempre debajo» quizás también me conducían a que buscara mejor, «debajo del cajón inferior». La primera vez que llegaron a mi cabeza fue cuando el archivador de Anne se desplomó. Sabía que mi memoria era mi mejor aliada. En ella establecía asociaciones importantes. Allí estaba todo, pero de una manera desordenada, o como en capas de cebolla, como en mantos, algunos sumergidos y ocultos que de repente salían y me mostraban la verdad.

Me acerqué al cajón y arranqué el sobre de la parte inferior y lo abrí con manos temblorosas.

Podía ser horrendo lo que encontraría, un nuevo secreto de Killian Carter, el servidor de la oscuridad.

Pero resulta que descubrí algo muy diferente.

16

NO ERA la letra de mi padre, sino la de mi madre. Estaba segura.

«Algo le ha pasado a Killian y no es algo ordinario». Esas palabras estaban subrayadas, y por eso fueron las primeras que leí. Se trataba de tres páginas manuscritas.

Salí de la casa, corriendo. Tenía la sensación de que esas hojas eran lo único vivo, lo único que había que rescatar de ese lugar muerto. Quería leer a mi madre, como si al hacerlo pudiera de una forma imposible estar junto a ella.

Corrí por la calle Lymann hasta llegar al coche. Entré en él con la carta en las manos. Iba a continuar leyendo, pero todavía no estaba lo bastante lejos de ese lugar maligno. Entonces, recordé un parque al que solía ir con mi abuela. Era un lugar mágico, más bien un bosque. Siempre me sentí bien ahí. Cuando estudiaba en la universidad; cuando salía de la consulta después de haber escuchado algún caso agotador; cuando conocí a Devin. Iba al Dornwood Park, bordeaba las ruinas de piedra, me adentraba en el área más boscosa junto al arroyo y allí descansaba y pensaba.

Pues eso iba a hacer en ese momento, volver al Dornwood Park, y en las ruinas, sobre el muro de piedra, leería la carta de mi madre.

Cuando llegué al parque, parecía que el lugar me esperaba. Me bajé del coche. Escuché pájaros a lo lejos, la luz era apacible, el clima tranquilo. No había casi ningún coche aparcado. También escuché el ladrido de un perro pequeño. Caminé hasta las ruinas y me senté en uno de sus muros, el que brindaba la vista al bosque.

Entonces leí:

Sé que verás esto, querida Alexis.

Puedo imaginarte haciéndolo, bella, fuerte y valiente. Desde chica así fuiste y eso serás. Hoy, hija, he tenido un sueño muy extraño. En él he escrito una carta que podrías leer dentro de muchos años. Y me he dicho al despertar, «¿Por qué no contarle a mi hija cosas que tal vez nunca pueda decirle?».

He leído en uno de los libros de Killian que existe algo llamado La Sociedad Internacional de Cápsulas del Tiempo. Eso existe desde 1937, y es una organización que registra todas las veces que escuelas o instituciones guardan en un recipiente hermético mensajes y objetos del presente para ser encontrados por las personas de las generaciones futuras. Cuando entierran los recipientes se expone una placa que muestra el año en que aquello debe ser desenterrado y abierto.

Me pareció una idea muy interesante y creo que por ello tuve ese sueño. Me dije que te escribiría la verdad sobre lo que pasa en casa. No podré acompañarte, hablarte. Eso lo sé. Pero sí podré brindarte una explicación, y confío en que, en el momento adecuado, ni antes ni después, podrás leerme, Alexis. Mi muerte es inminente. Todas las sombras oscuras se apoderaron de esta casa. Killian está enfermo y acabará conmigo. Denisse me lo ha alertado. «Debes tomar a la niña e irte lejos», me ha dicho, pero yo no lo haré. Solo permaneciendo aquí pude comprender cosas que luego tú sabrás y que tengo la convicción de que serán importantes para ti.

Todo empezó cuando tu padre comenzó a pensar diferente; sus argumentos dejaron de ser reversibles, no se ponía en el lugar de los demás, solo era válido lo que hacía para su propio provecho. Es curioso cómo en lo pequeños detalles se delatan las grandes miserias. Pero hasta ese momento, su cambio no era del conocimiento de las personas que nos rodeaban. Me refiero, naturalmente, a ese conocimiento superficial que está muy lejos de la verdad que las personas creen tener sobre las otras. El hecho, querida hija, es que la casa comenzó a transformarse en una exposición permanente de las hazañas de tu padre, de su inteligencia, de su única voz. Ni su madre, ni yo, ni nuestros amigos valían lo mismo para él. Todos éramos seres inferiores que, en todo caso, seríamos únicamente objeto de su condescendencia. Si yo opinaba algo diferente a lo que él opinaba, entonces era yo la equivocada. Comenzó a desvalorizarme, primero en pocas cosas y luego en todo. Muy tarde supe que estaba bajo la influencia de algo distinto y más poderoso de lo que pudo haber sentido por mí al conocerme. Sin embargo, contigo era diferente. Desde que naciste, desde ese primer día, dijo que eras mejor que él. Como si todo lo que despreciaba de la gente lo valorara en ti. Por eso, pensé que tal vez tú eras su antídoto, su salvación, su manera de volver a sentirse conectado y brindar afecto, con interés por alguien o algo que no fuera él.

Hoy, antes de amanecer, en esta casa cantó un pájaro triste que parecía estar atrapado dentro del órgano de la iglesia. Así me siento yo en este lugar. No quisiera entristecerte al contarte todo esto y perdona si me he puesto a divagar un poco. No quiero parecerme a esos odiosos seres que creen que el único mundo de la gente es el que conduce a las penas del pasado. Yo me he quedado sin respuestas, pero sé que la solución está en tu futuro. Me enamoré de un hombre que se transformó en un monstruo, y con esa transformación, yo también he cambiado. Pero en el peor momento alguien me brindó una inesperada alegría. Se llama Mike. Podría ser feliz a su lado y Killian lo ha notado. Creo que esto precipitará las cosas… Algo le ha pasado a Killian y no es algo ordinario. Ahora lo sé. Mike piensa que tu padre ha encontrado respuestas en una nueva religión que lo ha envilecido. En unas creencias marchitas, en las que no caben la pasión ni la belleza. Hay una violencia atávica en él, que se ha convertido en una línea de estabilidad reinante en su trato. Lo escuché hablar con alguien por

teléfono sobre el «don». En pocas palabras, puedo asegurarte de que tu padre se convirtió en un asesino, y a la primera persona que matará será a mí. Porque los asesinos, querida hija, comienzan llenándose de hielo en el corazón. Se congelan en un realismo espantoso.

Por ejemplo, ha asesinado mi optimismo muchas veces. Parecen ser mis invenciones por sacarle algo de entusiasmo, sinónimo de aberraciones. La vida sin imaginación es como estar muerto, pero ya tu padre no lo sabe. ¿No has pensado, Alexis, que la muerte puede ser más sencilla que la vida? Y tu padre no está vivo del todo, como no lo está ningún asesino. Así que con esto continúo este delirante mensaje para ti, mi Alexis del futuro, para darte una fórmula. Cuando me siento totalmente seca o vaciada, intento salvarme recordando esa hora de la tarde cuando mi papá llegaba a la casa, cargado de dulces y almendras. Los ponía en la mesa de la cocina y me tomaba de la mano para llevarme a ver el lago. Allá había dejado el caballete, los óleos y el lienzo, y entonces seguía pintando delante de mí. Yo, sentada en el muro, miraba el paisaje del sol que moría con él adentro. Aunque voy a confesarte que mi mamá era la verdadera artista. Era maravillosa su pintura. A papá no le importaba que ella fuera mejor que él. La quería demasiado para que eso fuera importante. Siempre es bueno que alguien te salve, y la compañía de algunos seres es tan eterna que nos salva constantemente.

Lo digo para que construyas un velo protector sobre ti misma. Lo que haces, te va haciendo. Y si no haces ni deseas nada, no se forma esa membrana protectora y estás expuesta al «don» de los inclementes que manejan a Killian. Entonces, parece que tu vida la está viviendo alguien que no eres tú, mientras tú estás preso. Yo logré vencerlos, Alexis. Estoy junto a ellos, y nunca me han gustado ni convencido, porque no son capaces de imaginar nada, ni de empinarse con una intención, ni de intentar alcanzar las estrellas. Siempre he encontrado la forma de burlarlos apreciando las cosas bellas, pensando en tu felicidad, porque tú también sabrás burlarlos.

Me gusta mucho la música y el cine, querida. En este último he encontrado una fuente de inspiración. Y es la inspiración la que más debilita a tu oscuro padre. Mike me regaló diez cintas junto con un proyector antiguo, un Pathé Baby. He visto unas imágenes hermosas de París de los años treinta. Un alucinante bulevar, carros, caballos y carretas, un gran edificio con muchísimas ventanas, un hombre en un balcón apoyado en una cornisa. He visto la Avenida de la Ópera y un bello edificio al final. El Café de la Paix se ve lleno de gente mirando a la cámara. Hay un mesonero moviéndose con destreza, y muchísimas cabezas con sombreros idénticos, blancos y con cintas negras, y una mujer vieja con una coleta vendiendo chocolates. Algunas personas ríen a la cámara, otras la miran con desconfianza, casi diría yo, con rabia. Parece ser un asunto generalizado de nuestra especie tomar una de esas dos actitudes frente a

una cámara y frente a la vida. Y mi invitación es a que no te canses de ser de las primeras.

También he visto la celebración que conmemora la toma de la Bastilla; un desfile, banderas, lanzas, la estatua ecuestre de Lafayette. El Parc Monceau es mi preferido. Puedo tocar sus árboles y la línea del agua antes de la glorieta en este rincón de la pared de la cocina, que se convirtió en una especie de ventana porque allí proyecto las imágenes cuando tu padre sale de casa. Un hombre pinta en el parque, mueve su pincel y hay una niña inquieta a su lado. En otra cinta hay una mujer con un abrigo elegante a la que solo puede vérsele los labios y el sombrero. Lo sé todo. Sé cómo son las calles de París, y el restaurante Au Caneton; hasta he entrado en la fábrica de los proyectores, he visto desfiles militares y hasta he visitado el hipódromo de Longchamp. Me llama la atención que no todas las mujeres que están en ese hipódromo fingen sumisión, aunque algunas la muestran con orgullo. Tengo también la filmación de una visita oficial al Louvre, con un sello del museo detrás.

Aunque no he viajado a París, guardo, gracias al regalo de Mike, viajes de una manera que Killian no podrá quitarme. Lo que sucede en las paredes de la cocina, desde donde hoy te escribo, es como si sucediera de verdad. Uno puede estar donde no está, y esta magia tiene un enorme poder sobre mí. Y allí está él, el proyector, invicto, alumbrando. La ausencia de las cosas que no he visto en la realidad son mi verdadera compañía. Y esa distancia de luces flotando es mi alegría. Creo que la gente puede medirse por la distancia que la separa de lo que quiere, porque todo es un asunto de luces y espacio. Este regalo de Mike fue un cambio no previsto, un golpe a mi impotencia, una cuerda salvadora. Yo misma me encontré en esas nuevas paredes. Así, dentro de esta casa, me apropié de otra casa en su interior. Cada uno tiene su propia casa interna sin saberlo. Como esta es mi única oportunidad de hablarte, Alexis, he querido hacerlo centrada en lo bueno y no en lo malo. Porque cuando tengas que enfrentarte a la oscuridad, sabrás que lo único que no pueden contaminar es aquello que no conocen. Jamás han conocido la inspiración. Tu padre era distinto antes, pero supieron hablarle, acercarlo. Tal vez porque nunca notó que lo más importante es mezclarse y no distinguirse. Su ego lo destruyó poco a poco y lo separó de mí, lo hizo un hombre de hielo.

Me he visto al espejo hoy en la mañana. Tengo la cara demacrada, azul. La boca reseca. Anoche había un listón negro en el medio de mi ojo, pero no estaba allí, no era real. Killian vino a darme un medicamento. El «don» ya está fortalecido en él, repartido, y ha contaminado el ambiente mucho más que antes. Pensaba que ser diferente traería alguna consecuencia peligrosa para mí. Pero ha resultado que me he constituido en un peligro para ellos por todo lo que te he contado, porque de una forma sencilla y fuerte soy impermeable. Puede que no me maten, que solo digan que estoy loca, que me encierren en alguna de las instituciones que

gobiernan. Me di cuenta de que no hay manera de escapar de ellos en ningún lugar físico. Solo adentro. En tu propia valía, como dice Denisse. Creo que ella se siente culpable de lo que le pasa a Killian y no puedo explicarme por qué. Ella se reserva muchas cosas. Estoy segura de que tú algún día lo descubrirás todo.

Suerte, Alexis querida. Sin darte cuenta, te has convertido en mi mayor salvación, me has llenado de motivos para armar el rompecabezas de mi vida.

17

ME QUEDÉ sin palabras y llena de lágrimas, pero no de tristeza.

Las palabras de mi madre lo decían todo a pesar de que no decían nada en concreto. No había datos de los cuales tirar para llegar al centro de la oscuridad. Tenía que leerla una y otra vez, miles de veces para poder sacar algo en claro. Decía que gobernaban muchas instituciones. Eso ya yo lo suponía. También que se alimentaban de los defectos de las personas. Pero lo que más me conmovía de la carta de mi madre era que dejaba claro que se podía enfrentar a la oscuridad, y ella, aunque mi padre la hubiese matado, los había vencido. Podía ser eso lo que ellos sabían de mí. Que podría ser una piedra en el zapato, aunque fuera hija de Killian Carter, porque también lo era de Lane, mi madre, quien logró enfrentarlos.

Sobre todo, leer esas hojas me hizo desprenderme de esa sensación de contaminación que llevaba conmigo, puede que, sin saberlo, de esa culpa de ser la hija de Killian Carter, un asesino.

Doblé las hojas, inspiré profundo. Percibí el olor de la naturaleza, del bosque. Guardé la carta de mamá. Sequé las lágrimas de mis ojos.

Busqué mi coche y tomé camino a Wichita.

Mi móvil me anunció una llamada.

Se trataba de Rossy. Atendí.

—No tengo nada del caso, pero sí algo importante. Diane Doyle hace unos años se presentó en una comisaría para denunciar a su padre por abuso sexual contra ella. Me dijiste que averiguara sobre su vida. La denuncia no prosperó porque la chica de inmediato dijo que había mentido. Sin embargo, tengo que confesarte algo. Antes de trabajar aquí me juntaba con algunos amigos para «perfeccionar» algunos datos de la Policía…

Sabía muy bien qué llamaba Rossy «perfeccionar» datos. Era lo que hacían los *hackers*, a los que nada se les resistía, y los que contaban como un punto de honor colarse en los sistemas policiales.

—Nosotros diseñamos un sistema de captación de denuncias inconclusas porque estábamos convencidos de que muchas de ellas encerraban abusos ciertos.

Lo comprendí. Esa niña Diane Doyle estaba siendo abusada por su padre. Por eso se comportaba de esa manera tan desagradable. Podría ser que, si en realidad le hizo algo al perro de la vecina de Anne, fuese porque era su forma de llamar la atención, de buscar ayuda. Una forma que intentaba sortear a su propia consciencia, que se sabía

atrapada por el hombre que debía cuidarla y que, al contrario, la violentaba.

—Alexis, ¿estás allí? —escuché que me preguntó Rossy. Creo que antes me había dicho algo, pero no le presté atención.

—Sí, Rossy. ¿Qué hace su padre? ¿Quién es?

—Un malnacido que sabe disimular. Como todos. Se llama Ernest Doyle y es director de una escuela en el barrio Delano. La misma escuela donde, por cierto, trabaja Sophie Malone. Y ella, Malone, parece que ha iniciado una demanda en su contra. Eso también lo investigué. Y lo hizo luego de la muerte de su hermana. Se parece a mi tía Millie, quien es como si ahora fuera una persona distinta y más segura, alguien que hace lo que siempre quiso hacer una vez muertos quienes la inhibían. En el caso de Sophia Malone, su padre y su hermana. En el de mi tía, mi abuela y mi…

Dejé de escuchar a Rossy, había dicho algo importante. Había hablado de la liberación de Sophia como resultado del asesinato de su hermana. Ese era el efecto agridulce que el asesino producía al matar a futuros asesinos, que eliminaba la influencia que ellos ejercían en la vida de los otros.

—Gracias por la información, Rossy. Mañana veremos qué hacer con Doyle —alcancé a decirle.

Pero le mentí. Tenía que hacer algo para cambiar el futuro previsto. Si no lo hacía, iba a matar a Diane Doyle en el futuro. Eso había visto en mi cabeza. Pero las palabras de mamá me habían hecho comprender el peso de la salvación, de la nueva oportunidad. Ella logró protegerse con la imaginación, con el proyector, con París imaginado, con Mike, conmigo. Tal vez mi madre al final divagaba porque mi padre la drogaba; su carta es algo surrealista, intensa, trágica, inconexa y hermosa. Pero también habla de salidas, de claves para el futuro. Yo tenía que proteger a Diane Doyle de lo que iba convertirse, y para hacerlo, debía detener lo que sucedía en esa casa sin que nadie lo supiera. Tenía que sacarla del infierno mayor, de la traición de su padre.

No veía la hora de llegar a la calle de Anne.

Conduje lo más rápido posible. Cuando a lo lejos vi las luces de la ciudad, me calmé un poco. Pronto llegaría.

Cuando tomé la calle de Anne, llevé el coche hasta el frente de la casa de la vecina, de Britney Russell. Allí apagué el motor, bajé y caminé hasta la casa de Diane. Llamé a la puerta. Nadie atendió. Cuando me disponía a dar una vuelta a la casa, la puerta se abrió.

—¿Qué desea? —preguntó el hombre con quien antes había visto llegar a Diane a casa. Era fuerte, lo que volvía imposible para la chica escaparse. Vestía una camiseta de los Rangers.

Le estreché la mano al presentarme.

Entonces lo vi sobre la chica, pude sentir su dolor.

Quería matarlo en ese momento. Algo similar debió sentir Anne al ver al agonizante Shaun Bird.

—Hemos recibido una llamada anónima que nos ha traído hasta esta calle. Tiene que ver con un caso que investigamos en el Departamento de Homicidios y Casos Complejos de la ciudad. Esta es un área de interés. ¿Usted ha escuchado o visto algo extraño en el vecindario? —pregunté.

—Nada fuera de lo normal. Lo siento —respondió y luego sonrió, con la sonrisa más falsa que he visto jamás.

Noté que su frente estaba perlada de sudor.

—¿Vive usted solo, señor…?

—Doyle, Ernest Doyle. No. Con mi hija. Si no hay nada más que pueda hacer por usted…

—¿Podría hablarle a ella? ¿Se encuentra en casa? —insistí.

—En este momento, está dormida. Si quiere, puede volver mañana en la tarde —dijo él. Acto seguido, comenzó a cerrar la puerta.

Eran apenas las ocho de la noche. ¿Por qué la chica estaba durmiendo?

Permití que continuara cerrando la puerta. Nos despedimos. Caminé el sendero que conducía a la puerta, desandando mis pasos. Sabía que él me observaba. Debía hacerle creer que me iría. Tomé hacia la calle y aguardé. Si me observaba desde algún lugar de la casa, ya debía pensar que me había ido. Esperé unos minutos y luego volví a la casa por entre unos arbustos que estaban en el patio frontal, no por el sendero. Él había apagado las luces de la planta baja. Todo se hallaba en silencio. Arriba, en el primer piso, había luz, esta podía verse a través de una pequeña ventana. Trepé por el tronco de un ciprés, que me permitió llegar a un discreto balcón cerca del cristal iluminado. Llegué a una terraza despejada en la que solo encontré un macetero y una planta muerta. Además de un muñeco de plástico de Santa Claus que el viento había tumbado. Lo tropecé con la punta del zapato. Vi, dentro de mi cabeza, a una niña sonriente de pelo rizado y dorado. Se hacían dos hoyuelos en su cara al reír. Era Diane de más chica.

Sabía que lo que hacía no era legal, pero poco me importaba. Estaba segura de que la chica era una víctima y de que en ese momento, o hacía poco tiempo, ese monstruo había estado sobre ella.

El cristal de la puerta-ventana estaba cubierto por una cortina oscura, pero no estaba del todo corrida. Pude ver hacia adentro. Allí estaba el padre de la chica, sentado en la cama, desvistiéndola. Ella parecía drogada.

Actué lo más rápido que pude. Tomé el macetero y lo estrellé contra el cristal desde cierta distancia. Este estalló. Desenfundé mi

arma, entré y apunté hacia el hombre.

Con el ruido y la sorpresa, el violador había saltado hacia atrás y estaba en el suelo, sentado, con los ojos desorbitados y mirándome con terror. Era un asqueroso cobarde, como lo son todos los que abusan de quienes no pueden defenderse.

Levantó los brazos sin que yo se lo pidiera.

Diane había caído hacia atrás, en la cama. Sin embargo, a pesar de su estado, la vi levantar la mano derecha y señalar algo en el techo. Se trataba de una pegatina de un unicornio. Uno amarillo que, de seguro, al apagar la luz brillaría por su naturaleza fluorescente. Podría quizás ser el compañero de Diane desde su infancia, su consuelo al mirar hacia arriba e imaginar algo mejor.

Sentí humedad. Miré mi brazo. Un cristal afilado de la puerta-ventana me había herido y ni siquiera lo había notado.

—Eres un maldito cerdo y vas a pudrirte en la cárcel, Ernest Doyle —le dije.

Él comenzó a llorar y repetía que no podía evitarlo, que lo había intentado, pero que no podía evitarlo.

La chica dijo algo que no pude comprender.

Continué apuntando a Ernest Doyle y saqué el móvil del bolsillo de mi pantalón. Llamé al 911, me identifiqué, describí la situación y di la dirección de los Doyle.

En pocos minutos, entraron dos agentes policiales, se encargaron de Doyle, y dos paramédicos se acercaron a la cama donde yacía Diane, consciente.

Yo me acerqué a ella también. La vi mirarme, reconocerme y sonreírme. Aún se formaban los hoyos en sus mejillas. Nunca olvidaré su expresión de agradecimiento.

Se la llevaron. Todos salieron. Luego de intercambiar unas palabras con el jefe de la detención, me quedé sola en la habitación de Diane. Miré el unicornio en el techo. Me sentí orgullosa de mí misma y de la diferencia entre Damien Blackwood y yo. Él, sirviendo a la oscuridad, tal vez presentía los crímenes futuros y mataba a las personas que iban a cometerlos. No negaba que con ello lograra «liberaciones» en las personas cercanas a las víctimas. Pero lo que lo movía era la rabia, la venganza, el odio.

Yo, en cambio, evitaba crímenes futuros intentando cambiar el presente, y a mí me movía algo más. Puede que fuera, en el fondo, esa inspiración de la que hablaba mi madre. La que la oscuridad nunca había conocido.

Subí a la cama y de un salto arranqué la pegatina del unicornio, que resultó ser de un material un tanto más resistente del que esperaba. La guardé en mi bolsillo y bajé de la cama. Me aseguraría de que se la entregaran a Diane, para que ella pudiese pegar al unicornio

en el techo de su nuevo hogar. Vería que la cuidara un familiar amable, quien espantado por el verdadero rostro de Ernest Doyle brindara a la chica seguridad y respeto.

Llamé a Rossy y le pregunté si Diane Doyle tenía alguna tía materna. Me dijo que aguardara unos segundos. Luego me afirmó que la chica mostraba fotos en sus redes casi siempre junto a su tía Eleonor, de Ohio. También en algunas se acompañaban de Apa, un bonito *golden retriever*. Pero que de un tiempo a esta parte dejó de colgar más fotos.

Tal vez porque Ernest evitó el contacto con Eleonor, temiendo que notara algo.

Agradecí de nuevo a Rossy y colgué.

Acababa de cambiar la vida de Diane Doyle para mejor. No podía haber satisfacción más grande que esa.

18

CON LA RECIENTE CONMOCIÓN, las patrullas policiales y la ambulancia que trasladó a Diane junto con una experta en traumas por abuso, varias de las casas de la calle ahora tenían las luces encendidas, y algunos de los residentes se asomaban desde las ventanas para mirar lo que sucedía.

Yo me hallaba en la parte de afuera de la casa de los Doyle. Ya me habían aseado y vendado la herida del brazo.

Entonces, vi venir a Anne hacia mí.

—¿Qué ha pasado, Alexis? ¿Por qué estás aquí? —me preguntó y luego miró la venda.

Se detuvo a mi lado.

Le conté lo sucedido.

—¡Salvaje! Pobre chica. ¡Dios…! ¡Es que no puedo creerlo! Cómo tantas miserias pasan de las puertas hacia adentro en las casas de personas que creemos inofensivas —exclamó al tiempo en que se cerraba el abrigo. Debajo de él, pude ver un pijama gris.

Me invitó a pasar a su casa por un café.

La noche se había vuelto fría y acepté.

—Gracias, Anne —completé.

Una vez dentro de su casa, apenas acababa de cerrar la puerta, alguien llamó.

Anne abrió. Era la vecina dueña del perro, Britney.

—Querida, ¿has visto? —preguntó a Anne mientras la saludaba con un beso en la mejilla—. Dicen que se lo han llevado. ¡Hola, Alexis! —saludó al verme.

Anne la invitó a pasar.

Una vez dentro, en la cocina, Britney continuó:

—Me siento tan mal por haber juzgado a la chica sin considerar lo que ha padecido. Tal vez su defensa para soportar ese calvario consistía en ser insufrible, y mató a Dogui como una forma de pedirme auxilio. Es todo tan, tan espantoso...

—Sí. Esos cerdos lo hacen todo muy bien, tienen muchas caras públicas y solo una privada —dijo Anne con repulsión.

Estuve segura de que pensaba en Shaun Bird.

Nos sirvió dos grandes tazas de café. El mío me supo a gloria. Lo necesitaba y no lo sabía. Además de que Anne parecía comprar un café de mejor calidad que el que yo compraba. Me pareció que estaba en algún café italiano, solo por el aroma.

—¿Te han curado bien la herida? ¿No será mejor que te quedes en casa hasta mañana? —me preguntó mi compañera.

Volvía a ser la persona amable y empática que yo valoraba tanto.

—Estoy bien, Anne. Debemos trabajar en el caso —le respondí.

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—Britney, ¿podrás llevar a los chicos mañana a la escuela? —preguntó.

Su vecina terminó de tomar un sorbo de café, puso la taza sobre la mesa y respondió que sin problema lo haría.

—Mi Nathalie estudia con Mathew, así que no significa para mí ningún problema que los chicos de Anne suban a mi coche. Al contrario. Me gusta estar con ellos. Son muy inteligentes y son capaces de iniciar conversaciones muy interesantes. Mathew lo sabe todo sobre bichos, insectos y batracios. Creo que será biólogo o algo así, y uno de los grandes —afirmó Britney.

Las tres reímos.

Cosas pequeñas, cotidianas, de personas normales. Esa conversación fue como un bálsamo para mí. Ese día había estado sometida a muchas emociones fuertes; volver a casa, leer a mi madre, haber sido sujeto de un intento de homicidio, o al menos, de un accidente de tránsito grave. Luego lo de Diane. Había sido demasiado para un solo día. Por eso, charlar con Anne y con Britney me hizo bien.

Cuando la vecina de mi compañera se fue, me quedé pensando en que parecía una mujer feliz. Alguien que vivía justo al lado de un monstruo sin saberlo. Lo mismo que Anne. Lo mismo que muchos.

Yo también me iba a casa.

Anne me despidió junto a la puerta.

Las dos miramos la calle y luego la casa de los Doyle.

—Es espeluznante saber que cada día saludé a ese hombre y a su hija, cada mañana sin sospechar… He debido ver algo, darme cuenta —dijo en voz baja y con pronunciación lenta. Movió el pie derecho y miré hacia abajo. Calzaba una pantufla con forma de conejo.

—No te culpes, Anne —alcancé a decirle y tuve que morderme los labios para no reírme de su calzado.

—Lo sé, lo sé. Ni te pregunto cómo lo supiste —dijo e hizo una expresión sarcástica que me resultó agradable.

Parecía que la desconfianza que había existido antes entre nosotras se había disipado.

—Y no tienes que disimular por mis conejos. ¿A qué son bonitos? —preguntó levantando una de sus piernas un tanto.

19

A LAS CINCO de la mañana sonó el móvil. También vibraba sobre la mesita de noche, junto a la cama. Lo tomé. Era una llamada de Anne.

—Han asesinado a Mason Turner. Voy camino al Hyatt Downtown. Allí se hospedaba Turner. Al comprobar que estuvo veinticuatro horas sin salir de la habitación ni dar señales de vida, seguridad intervino. Encontraron su cadáver. La chica de seguridad tuvo que someterse a atención psicológica de inmediato. Nos vemos allí.

Me había sentado sobre la cama. Intentaba poner las ideas en orden.

—Espera, Anne… él le escribió a Lilian a media mañana. Pero entonces no pudo hacerlo… A menos que… —formulé, pero Anne me interrumpió.

—Que una vez más el maldito haya enviado un mensaje en nombre de la víctima para confundirnos todavía más —completó—, pero ya lo veremos cuando nos digan la hora de la muerte.

Colgué la llamada.

Con todo lo que me había sucedido el día anterior, había olvidado que quería hablar a Turner para saber cómo conocía el consejo que Wendy Tandy me había dado. Pero luego mi estado narcotizado en el coche, la carta de mi madre y la situación de Diane Doyle me habían hecho olvidar a Mason Turner por completo. Me di cuenta de que su muerte significaba una pérdida personal, porque él sabía algo de mí y de seguro de la oscuridad.

Me levanté de un salto, me vestí rápido y salí al hotel en el centro de la ciudad.

Cuando el ascensor se abrió en el piso quince, vi a Anne hablando con un forense.

Puse los protectores en mis zapatos y los guantes en mis manos. Las dos nos dirigimos a la habitación 1502. Miré hacia arriba, buscando cámaras. Al menos vi dos antes de cruzar el umbral de la puerta.

—Ya lo acordamos. Al terminar aquí, vamos a la sala de vigilancia. A ver si por fin podemos ponerle rostro a esta bestia —dijo Anne.

Un cuadro en colores pasteles que mostraba una cesta de frutas nos recibió en la habitación. Era lo primero que destacaba por su ubicación y sus dimensiones. Estaba apoyado en la pared y sobre el suelo del recibidor. Se trataba de una *suite*.

Recordé que Mason Turner era mecenas de galerías, de artistas.

Esa debía ser una de las obras que donaría.

Varios técnicos forenses pasaron por nuestro lado en ese momento.

Había una atmósfera de gravedad en la habitación. Eso me decía que era una escena fuera de lo común, que debía mostrar cosas peores a las que acostumbraban a ver los chicos.

Anne y yo inspiramos y continuamos caminando hacia la habitación principal. Pasamos por un salón donde había un sofá y dos butacas, también una mesa ovalada en medio, de madera oscura y pulida, casi negra.

Giramos a la izquierda y llegamos a la habitación.

Allí, sobre la cama, estaba el cuerpo pálido y desnudo de Mason Turner, con las piernas y los brazos abiertos. Su cabeza estaba junto a la mesa de noche, puesta sobre la pantalla de una lámpara que mostraba una pata de bronce entorchada y bañada de sangre.

En realidad, toda la habitación estaba ensangrentada.

—¡Por todos los cielos! —murmuró Anne.

20

ME ACERQUÉ A LA CAMA. Miré las manos de Mason, sus piernas, su torso. Parecía que había tomado un baño poco antes de morir. Percibí un olor a jabón suave, costoso. Esa fragancia podía identificarse por encima de la esencia natural de la habitación del hotel, que era una mezcla de ambientador discreto y de productos de limpieza de aroma no invasivo. También por sobre el olor de la sangre.

Miré alrededor y vi una maleta hecha. Estaba listo para partir. Un maletín que de seguro contenía un portátil, cargadores, iPad.

Mason iba a dejar el hotel y alguien lo visitó. Todo estaba en su lugar. Fue alguien conocido quizás.

—La jefa Tonny ha pedido a Lilian que no venga. Esperamos a Guberman, su colega. Es mejor que Lilian no vea esto —afirmó Anne.

Miré la cabeza de Mason.

—El arma, ¿no está? —pregunté.

—No la han encontrado aún —respondió Anne—. Debió haber sido un hacha.

Volví a la cama.

Miré a Anne. Ella comprendió.

Se las arregló para distraer a los chicos forenses que estaban allí en ese momento. Yo solo necesitaba un segundo, dos. Toqué la mano derecha de Mason con mis dedos índice y pulgar. Lo vi abriendo la puerta de la habitación. Saludando a alguien, sonriendo. Él sabía que era alguien peligroso, en quien no debía confiar.

«¿Por qué le dejaste pasar?». «¿Por qué no pediste auxilio?», pensé.

Alejé mi mano. Fue todo lo que obtuve.

Escuché pasos y la voz de Paula Guberman.

—¿Dónde están los triángulos? —le pregunté a Anne. Si nos habían llamado, era porque debían estar allí. La escena del crimen no se parecía en nada a la de Victoria o a la de Emily.

Anne miró a uno de los chicos. Este nos señaló un lugar, la ventana.

—No la hemos descorrido para que la vieran tal como el asesino la dejó. Pero justo fue por eso por lo que seguridad del hotel vino aquí. Desde la otra ala del edificio, un chico vio a una persona vestida de negro, con impermeable y capucha, hacer esta figura en el cristal con lo que pensó era tinta roja —explicó.

Anne y yo caminamos hasta la ventana. Vi un *flash* que provenía de una de las cámaras de los forenses. De alguien que estaría detrás de

mí. Pregunté si podía descorrerla. Lo aprobaron. Ya habían terminado de registrar la escena antes de intervenirla. Tomé la cortina y la corrí, sin emplear la pieza de metal que colgaba para tal fin. Solo tomé la tela y la moví. Allí estaban los triángulos, uno alargado y el otro equilátero, con los números 6 y 6. Esta vez no compartían un lado, sino solo un punto, en el vértice de ambos. Podría parecer una especie de antifaz la figura que el asesino había creado. Además, al lado de ellos, estaba la letra D.

21

ENVIÉ una foto de los triángulos a Rossy. Le pedí que hiciera coincidir las figuras de los triángulos que el asesino había dibujado en las escenas con la caja de Arquímedes y de vuelta me enviara la figura solo de los triángulos faltantes, de las piezas necesarias para terminar de completar el cuadrado.

Rossy, en menos de un minuto, me envió la imagen.

—Agente Marshall, hable con el chico que vio al asesino. Si es necesario, apóyese en el Departamento de Psicología. Tal vez se haya dado cuenta de algo que nos sea útil. Uno nunca sabe lo que son capaces de notar y asimilar los chiquillos —dijo Anne con determinación.

La escuché dar la orden al mismo tiempo en que yo abría la imagen de Rossy.

—Mira esto, Anne. La caja de Arquímedes tiene catorce piezas. Hasta ahora el asesino ha dibujado ocho piezas, ya que en cada asesinato crea dos. Siempre han sido triángulos. Restan seis piezas, de las cuales tres no son triángulos, sino cuadriláteros. He pedido a Rossy que distinga los triángulos de las escenas. Los ha sombreado —le dije.

Asintió.

—Las piezas que comprenden los números 21, 12 y 24, que parecen unidades de medida de la caja, no son triángulos. Si esto significa algo, podría ser que en su cerebro los cuadriláteros significan otra cosa en el juego y no víctimas. Siendo así, solo faltarían dos víctimas a lo sumo: las de los tres triángulos faltantes, asumiendo que en una de las escenas no nos dejará dos triángulos, sino uno. No hay más que tres triángulos faltantes…

—¿Por qué hasta ahora los ha dibujado en pares? ¿Por qué se guía por esa maldita caja de rompecabezas? ¿Y por qué mata de esta forma tan distinta a sus víctimas? —preguntó Anne, exasperada.

—Según Randolph, es un juego. Un juego antiquísimo que se jugaba con huesos… —completé.

—Creo que algo se nos escapa, Alexis. Algunas veces pienso que no podremos atrapar al asesino esta vez —confesó Anne con una entonación que denotaba derrota.

22

VIMOS las grabaciones de seguridad del hotel. Había una persona que parecía una mujer vestida con impermeable, capucha, gorra y lentes. Era imposible sacar algo en claro de su rostro. Además, parecía saber la ubicación de las cámaras, por lo que la empresa de reconocimiento se hacía más difícil aún. Subió al ascensor y bajó en el piso quince. Se dirigió a la puerta de la habitación de Turner. Nadie en el hotel la recordaba. Pasó desapercibida.

Nos fuimos al Departamento. Anne y yo nos quedamos en la sala de trabajo. Allí solían fluirnos las ideas. Apenas nos sentamos, Rossy llegó con la expresión que solía poner cuando había hecho un descubrimiento importante.

—¿Qué sucede? —preguntó Anne.

Ella no respondió de inmediato, cerró la puerta y se sentó a la mesa, junto a nosotras. Llevaba el portátil.

—He investigado la Blood&Art. No todo el mérito es mío; en el Departamento no hemos descansado y hemos hecho un seguimiento a su actividad a cada minuto. Aunque ya la imagen no descansa en la página, sí que estuvo y la capturamos. Hay en venta un objeto singular —afirmó.

—¿De qué se trata, Rossy? —pregunté.

—He jugado un videojuego de terror llamado *Stull Death*. Se desarrolla en el cementerio maldito de Stull. En una cripta. Uno de los objetos que uno debe anular es un reloj. El que proviene del taller donde uno de los asesinos de la familia Clutter trabajó.

—¿Te refieres a la familia Clutter que estoy pensando? —interrumpió Anne.

—Sí, a esa —respondió Rossy—. El reloj que estaba en la Blood&Art es el mismo que sirvió de modelo para el diseño del videojuego. No me queda ninguna duda. Estoy segura —afirmó.

Cuando Rossy decía que estaba segura de algo, era porque en realidad lo estaba. Era terriblemente perfeccionista.

—Espera, Rossy…, quieres decir que en esa página venden un objeto que perteneció a uno de los célebres asesinos de los Clutter. ¿Al que vivió en Holcomb y se desempeñaba como mecánico y relojero? Lo estudiamos en la Academia. Hicimos un perfil de la asociación delictiva de él y su compañero de celda. Uno había llevado una vida entre orfanatos y familiares maltratadores, y el otro, más bien una vida tranquila en un hogar de clase media —recordó Anne.

—Así es, Anne. Agua y aceite, aparentemente, pero no lo eran tanto. La conexión surgida entre celdas los hizo idear el macabro plan del asesinato de la familia Clutter, muy cerca de Stull, quiero decir, en Kansas. Dicen que uno reconoció en el otro a un genuino asesino desde antes de serlo en efecto…

«Antes de serlo en efecto». Esas palabras de Rossy me quedaron danzando en la cabeza.

—El hecho es que él, Perry, trabajaba en una relojería, y entre los fans de historias criminales los relojes de Perry han sido la meca, lo más *random*, el toque genial en las historias de terror. Y me pueden cortar la cabeza, pero estoy segura de que ese reloj es el que se diseñó en el *Stull Death*. Perdón por lo de la cabeza… fue una mala idea, sé lo que le pasó al amigo de Lilian…

—No importa, Rossy —se apresuró a decir Anne.

—Hay otra cosa más. En una de las fotos colgadas en la Blood&Art pude ver la sombra de un árbol inusual. Lo corrimos en los buscadores y es muy posible que sea un…

—Un sauce llorón, originario de Asia Central —completé.

—Pues sí. Es lo más seguro. No podríamos aseverarlo en un cien por ciento, pero los hay en este país, aunque no tantos.

—No. No tantos. Anne y yo conocemos uno. Lo vimos hace poco tiempo —afirmé.

23

ROSSY SE FUE. Esperé a que cerrara la puerta.

—Sé lo que dirás. Que todo conduce a Damien —predijo Anne.

—Eso es lo que creo —confirmé.

—Está bien. Vayamos de nuevo a Stull, sin avisar. Husmeemos en el pueblo, entre los huéspedes de La Casa del Musgo. No podemos hacer alarde de nuestra visita, y mucho menos a los ojos de la jefa Tonny, hasta no tener algo más. Así damos tiempo a que Guberman realice la autopsia de Turner, con suerte nos dirá algo nuevo. Aún no encuentran el arma —completó.

—¿Lo has vuelto a ver? —le pregunté de pronto.

—No. Claro que no —respondió.

Pero no supe si creerle.

En ese momento, alguien tocó a la puerta. Era Clare.

—Han traído esto para ti, Anne. Lo han dejado en el casillero de Juliet por error —dijo y luego salió.

Yo me encontraba más cerca de la puerta y por eso tomé el sobre. Cuando lo hice, experimenté una sensación incómoda. No sabría describirla. Me sentí mal.

Le di el sobre a Anne. No podía hacer otra cosa, aunque intuía que algo malo pasaría.

Ella miró el remitente e hizo una expresión como diciendo «no tengo ninguna idea de quién es».

Esperé a que lo abriera.

Se trataba de un trozo de periódico. Anne leyó la noticia impresa en él y su mirada se transformó. Las arrugas en su frente se dibujaron con dureza y sus labios temblaron. La hoja de papel resbaló de sus manos y, después de un breve vuelo, aterrizó junto a sus zapatos negros.

—¿Qué pasa, Anne? —pregunté y, ante su mutismo, opté por recoger el papel y leer.

24

SE TRATABA de una sección de un ejemplar de un periódico irlandés llamado *The Irish Extra.* El ejemplar era del mes de enero. Decía que un hombre llamado Adán Murphy había muerto en presidio, pero antes de morir, había hablado con un periodista y afirmado que sabía muchas cosas; entre ellas, que el supuesto asesino de la niña Patton de hacía casi dos décadas no había sido tal cosa, al menos no «únicamente». Que entre las rejas se decían muchas cosas, y que él en realidad conoció al verdadero asesino de la niña Patton, quien luego, por un delito menor, cayó preso. Se trataba de un sujeto que había visitado la granja de Shaun Bird un fin de semana de otoño y entre los dos idearon el crimen de la pobre chica. Entre ellos se dio una conexión particular y mortal. Sin embargo, solo pagó el crimen Shaun y este sujeto se libró.

Eso decía el periodista del artículo. Pero no mostraba una sola prueba. Era una noticia montada sobre lo que el recluso Adán Murphy podría haber dicho sobre un hipotético compañero de celda. Ni siquiera daba el nombre del supuesto cómplice de Shaun Bird.

En conclusión, era una noticia sesgada y mal conducida, pero una que le hacía mucho daño a Anne. Era un cataclismo para ella.

—Anne, esta noticia es imprecisa. No lo tomes como si fuera algo verdadero solo porque alguien lo escribió —le dije.

—¿Y si no fue él el responsable de la muerte de la niña Patton? O no fue solo él… Alexis, esto es fulminante para mí. Algo terrible… —dijo y de repente calló, y su mirada se perdió unos segundos.

Creo que estaba recordando la escena de la muerte de Shaun Bird, y del suicidio de Thelma Patton.

Pensé que Anne estaría muy mal el resto del día. Sería demasiado pedirle que se ocupara en otra cosa al menos en las próximas horas.

—Anne, vete a casa. Busca a Randolph, o ayuda de alguien más, para que superes esta situación. Yo me iré a Stull con alguien del Departamento, con la chica nueva, la que viene de Washington. Con Priya Khatun. Creo que es extraordinaria —le dije, porque era cierto. Solo la había visto un par de veces, pero me inspiraba algo muy positivo, yo diría excepcional. Era una detective de homicidios que había sido transferida de Nueva York.

De cualquier manera, tenía que reconocer que mi compañera no estaba en su mejor momento. Al contrario, la pasaba muy mal.

—Podrías llevarte a Rossy. Ella podría reconocer ese reloj, o algo

que confirme que La Casa del Musgo tiene que ver con Blood&Art, y más aún, que eso tiene que ver con los asesinatos —me sugirió Anne.

25

ANNE PIDIÓ un día de permiso y yo me fui a Stull con Rossy. Reservamos en un pequeño hotel en el centro de Stull. No queríamos llegar a La Casa del Musgo, sino investigar en el entorno antes de centrarnos en Damien Blackwood. No sabíamos si dormiríamos en el pueblo, pero queríamos contar con un lugar por si acaso.

Hora y media después, estábamos entrando en el pueblo. Pasamos por el lado del cementerio y recordé la descripción de Mason Turner del Père Lachaise, del cementerio parisino. Me sentí triste por él, mucho. Sentí unas ganas de llorar muy profundas. Pero luego recordé su historia, lo que me había dicho Lilian, aquello de la muerte lúcida y lo que él relataba. Si luego de eso Mason se había transformado, era posible que se hubiese llenado de ciertos componentes místicos o filosóficos que le brindaran fortaleza, incluso en el momento de su asesinato. Lamenté no haberlo conocido más, y no saber por qué conocía algo de Wendy Tandy, y no cualquier cosa, sino algo que me había dicho a mí. Ahora estaba segura de que Turner no pertenecía a la oscuridad, sino que fue una víctima de ella.

—¿Cuál es la esencia de ese juego, Rossy? Del que nombraste, donde es importante el reloj de Perry.

Fue lo que quise saber antes de llegar a Stull.

—Pues te hablé de ello una vez. Se basa en el aura de los objetos. Si te llevas a casa un objeto maldito, comienzan a aparecer zombis y espíritus que intentan hacerte daño, y debes anularlos. Pero a la vez debes acumular un determinado número de objetos para lograr alcanzar la fuerza que te permite continuar con vida. Está basado en una historia corta estudiantil creada en la Universidad de Topeka. Sabes que hace unas décadas esta zona se hizo famosa por la historia de Stull, el mensajero de la oscuridad. Ya hay mucha tela que cortar porque se han diseñado rutas turísticas malditas que incluyen el cementerio que acabamos de ver —me contó Rossy.

Sabía de lo que hablaba. Tenía la certeza de que en realidad Topeka y Stull eran sitios significativos para la oscuridad. No sabía la razón exacta, quizás solo porque el germen de los adeptos a la oscuridad había surgido en la Universidad de Topeka, según me había dicho Wendy. Mi propio padre conoció a mi madre allí, y ella en la carta hablaba de un «ellos» en algunos momentos. Quien captó a mi padre debió ser un profesor u otro alumno de esa universidad.

—¿Qué opinas tú de los asesinatos, Rossy? ¿Hay algo que te llame

la atención? —le pregunté. Ya nos habíamos adentrado en una de las calles del pueblo y estábamos a pocos minutos del Hotel Deep Creek 1857, que era donde habíamos reservado habitaciones por medio día.

—Creo que las formas diferentes de asesinato quieren decir algo de la personalidad de las víctimas, y ese algo cobra sentido en la selección que hace de ellas, en torno a unas creencias antiguas griegas. Lo digo por la caja de Arquímedes —respondió.

Era una buena idea la de Rossy. Si algo tenía llamativo Mason Turner era su razonamiento: era un hombre de mundo, un mecenas. Por eso tal vez le cortaron la cabeza. Y a Victoria Malone la había quemado viva para que sintiera algo: era una mujer fría, egoísta; y Emily Parker era una trepadora capaz de mentir para lograr sus objetivos, y por ello la fundió en ácido, para que se mezclara con algo, con un medio físico distinto a ella misma. También era egoísta. Pero Turner no lo era, había cambiado después del atentado contra su vida. ¿Turner iría a asesinar a alguien en realidad? ¿Por qué iba a hacerlo? Me costaba creerlo.

—Lo de los triángulos me da vueltas en la cabeza, busqué lo del juego de los huesos que me has dicho. Y es cierto. Se dice que jugaban con huesos limados y el que lograra cerrar la caja, esto es completar el cuadrado con las catorce figuras, ganaba —me comentó Rossy.

—Nosotras vamos a cerrarle el juego, amiga. Y vamos a ganarle… —completé.

26

APENAS BAJÉ DEL COCHE, sentí un terrible dolor de cabeza. Nos hallábamos frente al hotel donde habíamos reservado medio día.

Vi que al lado había una farmacia. Entramos en ella. Un olor a medicamento muy potente me invadió. Compré un analgésico fuerte, de setecientos cincuenta miligramos. También compré una botella de agua y Rossy compró un té frío almacenado en un recipiente de aluminio.

Cuando estábamos pagando los productos, la mujer que nos atendía nos miró con extrañeza.

—Ustedes no parecen de los turistas habituales —dijo y luego sonrió. Tenía como cincuenta años, el pelo cano y lentes cuadrados con montura negra.

—¿Cómo son los turistas habituales? —repliqué.

La mujer era de baja estatura, de cabello negro a la altura de los hombros y vestía una bonita blusa verde claro. Me fijé también que había agregado rímel a sus pestañas y algo de color a sus mejillas.

—Algo más estrafalarios. Ya saben, los que vienen en los buses universitarios suelen andar con cámaras y hasta hablan de cosas como «medidores de presencias», y «asuntos extrasensoriales». Y yo me digo que se han picado por completo el anzuelo. Solo somos un pueblo casi fantasma que pasó a la historia con una narrativa extrasensorial para llamar a turistas últimamente. Ya no hay de qué vivir aquí si no es de la idea de que somos un pueblo maldito.

—Entonces, viven de las leyendas… —completó Rossy.

—Sí, joven. Algo así —dijo ella y nos entregó la bolsa con los productos que compramos.

—¿Conoce usted a Damien Blackwood? —pregunté como si tuviera solo un mínimo interés en la respuesta.

—Sí, claro. Todos aquí nos conocemos. Lo que pasa es que Damien Blackwood no es propiamente de aquí. Él es más un hombre de ciudad que ha venido a replegarse aquí por alguna razón. Una cosa es ser de aquí, y otra es estar aquí —aseguró la farmacéutica.

—¿Qué opinión le merece? —continué.

—Me parece alguien normal. Un hombre rico que prefiere la tranquilidad del campo a la vorágine de la ciudad —respondió ella.

—¿Ha visto las antigüedades y los objetos que vende? En realidad, estamos aquí por eso. Estamos interesadas en ellos —mentí.

—No sé mucho de eso la verdad. Me dedico a otro tipo de cosas—

dijo la farmacéutica.

—Hay sobre todo un reloj que nos interesa. Verá, es antiguo… —dijo Rossy.

Pero la mujer no tenía nada más que decirnos. Nos miró como si en realidad fuera algo desconocido lo que hablábamos.

Abrí la caja de analgésicos y tomé una cápsula. Sentía que me latían las sienes. Además, la herida en el brazo comenzó a dolerme. La había olvidado. Olvidé que a mí también habían tratado de matarme hacía pocas horas.

27

—¿NO te parece que en cierta forma sí es verdad que este lugar está embrujado? —preguntó Rossy—. El ambiente en esa farmacia era más cargado de lo normal. Siento que estoy en medio de un videojuego. En este, la dependienta sería alguien tenebroso —afirmó.

Cuando iba a responderle, llegó un mensaje de voz a mi teléfono. Era de un número desconocido:

«Debo hablarte, Alexis Carter. Pero solo a ti. Debo contarte sobre la oscuridad y mi sentido de justicia. Sabes que siempre vamos por delante de ti, así que no comuniques nada de esta llamada. No sería justo con la chica que te acompaña. Es muy joven y entusiasta como para que por tu culpa le suceda algo. Podemos vernos en mi tienda en quince minutos. Esto es solo entre la hija de Killian Carter y yo».

Era la voz de Damien Blackwood.

—¿Qué te pasa, Alexis? Te has puesto diferente —comentó Rossy.

—No es nada. Vayamos al hotel y encontrémonos en una hora para dar una vuelta por el pueblo y visitar La Casa del Musgo —le propuse. Quería sacarla de escena. Yo sabía que ellos contaban con poderosas armas para hacernos daño, y no me perdonaría que algo le pasara a Rossy García.

Cada una se dirigió a su habitación. Las habíamos rentado con el objetivo de disponer de un espacio de intimidad. La sensación que daba el pueblo era de vigilancia. Al menos para mí. Además, en Wichita no avanzábamos en el caso y yo sabía que Blackwood estaba tras las muertes, que era alguien de peso en la oscuridad. Por ello, mientras estuviera más cerca de él, mejor. Eso pensé al mirarme al espejo.

Acomodé mi pelo hacia atrás, inspiré profundo. Toqué el péndulo y pensé que por fin sabría algo más sobre ellos. Tenía que hacerlo por mi madre, mi abuela y Wendy. Por todas las víctimas, por mí misma.

Era extraño, pero en ese momento no sentía miedo, solo ganas de comprender: el objeto de asesinar a Victoria, a Emily, a Mason, al hombre del parque. El de dejar a la vista esos triángulos e imitar la caja de Arquímedes. Necesitaba respuestas sobre mi padre, sobre mí misma.

La oscuridad, quisiera o no, era parte de mi vida.

Quinta parte

PARTE V

1

UNA DE LAS personas asesinas habla con Anne. Lo hace de forma animada. Pero era la aprendiz, no el líder. Le había sido encargada la misión de que también la matara a ella, así como había matado a Mason Turner, sin inmutarse.

—¿Cómo ha seguido Mathew en la escuela? —le preguntó.

—Creo que ya está solucionado. He hablado con él. Es un buen chico y ha comprendido que lo que hizo estuvo mal. Hay otras formas más civilizadas de enfrentar a los chicos malos —respondió Anne.

Se hallaba hablando con esa otra persona en la que confiaba sobre un banco.

—Todo esto que ha pasado es tan inquietante. Los asesinatos… a apenas horas de celebrar la Navidad. Es como juntar lo peor y lo mejor del mundo en estos días. Lo digo porque esta época debía ser de tranquilidad, de confianza, y mientras ese asesino ande suelto, nadie estará tranquilo en Wichita. ¿No lo crees? —preguntó la persona asesina.

—Sabes que estoy en el caso. Se nos ha hecho muy difícil obtener alguna pista. En las escenas no hay nada, no sabemos la identidad de la primera víctima, y la hermana de la segunda víctima no fue de mucha ayuda porque su relación con su hermana no era buena. Emily Parker era una chica solitaria, y el problema con las personas solitarias es que no dejan a su paso a nadie que pueda brindarnos información sobre sus rutinas o de la gente que puedan conocer, o los peligros que puedan correr. Las personas solitarias para nosotros son como páginas en blanco. ¿Me entiendes? —añadió Anne.

—Claro que te entiendo. Pero hay mucha gente sola en el mundo, Anne. Tenemos palabras para hacer ruido, palabras para hablar ya no tenemos. Lo leí hace poco; son palabras de un escritor de cuentos infantiles —dijo.

—Estoy de acuerdo con eso —confesó Anne y le sonrió.

—¿Hoy no has ido a trabajar? —preguntó.

—He ido, pero he vuelto temprano a casa.

Pensó si contarle lo del periódico, pero al final no lo hizo.

De todas formas, aunque Anne no lo sabía, no era necesario que lo contara. Esa persona lo sabía todo sobre ella.

Anne tomó el móvil. Un mensaje acababa de llegar a él. Lo miró con atención.

La persona estimaba a Anne, pero no por eso dejaría de cumplir su

propósito: matarla.

2

LLEGUÉ A LA CASA DEL MUSGO.

La puerta estaba abierta, el área de recepción, callada y sola. Caminé hasta el salón. Allí tampoco había nadie. Solo el crepitar de la chimenea encendida. Un reloj cucú marcaba el paso del tiempo, y como el lugar estaba en silencio, no se escuchaba nada más que su latido. Recordé la lata de Coca-Cola que me salvó de un accidente aparatoso y también recordé a la mujer que chocó conmigo. Nunca supe con qué sustancia me contaminó. Debió ser al contacto con mi mano. Era el único pedazo de piel que no estaba cubierta con el abrigo. ¿Por qué la recordaba en ese momento?

Me dije que lo hacía porque estaba en los predios de Betty, porque esa mujer debió ser Betty. Una vez más, aunque mis manos no tocaran nada, mis moléculas están allí intercambiándose con la atmósfera que ella frecuentaba.

Continué avanzando hasta la puerta que conducía al sótano de Blackwood. Toqué el picaporte y giré. Abrí y tomé las escaleras. Bajé despacio, uno a uno los escalones.

Una vez abajo, no tuve dudas de que cada uno de los objetos que allí guardaba tenía una historia, un magnetismo, que ellos habían pertenecido a personas que odiaban a otras, que las destruyeron. Avancé y llegué al lugar donde antes habíamos visto a Damien Blackwood. Y allí estaba, de pie y desnudo.

Vi sus tatuajes. Llevaba al *Hombre de Vitruvio* en la espalda.

Me detuve. Él se volteó. En el pecho tenía tatuada la caja de Arquímedes. Vi algo en sus manos, en sus brazos y en su torso desnudo que me pareció familiar. No pude comprender de qué se trataba.

Me sonrió y extendió sus manos y sus piernas. Era como el *Hombre de Vitruvio* viviente.

Instintivamente, saqué la Glock y lo apunté.

—No vas a dispararme, Alexis. Guarda eso —me dijo, pero sin abrir los labios. Ese hombre podía hablarme de esa manera, como si su mente y la mía estuviesen en la misma frecuencia.

Era cierto que no iba a dispararle en ese momento. Primero necesitaba respuestas.

Bajé el arma, pero no la guardé.

De alguna parte, Damien sacó una túnica de seda roja, se la puso y la anudó al frente. Me señaló un lugar. Había dos sillas blancas cuyo

espaldar hacía recordar las cabezas de unas cabras.

Titubeé, pero fui a ese lugar.

—No temas, Alexis, a ti no voy a matarte. Nunca lo haría… —me dijo.

Él se sentó en una de las sillas y yo en la otra.

—Verás, Alexis, mi poder radica en detectar a las personas con «yo divididos», que viven una vida digna, pero que esconden una fuerza poderosa de destrucción que tarde o temprano se activa. Eso eran Victoria Malone y Emily Parker, incluso Mason Turner. También Vincent Tenny en el Chapin Park. Creo que nunca supiste su identidad. Vincent Tenny siempre fue un pobre diablo; miserable en términos económicos. Incluso creo que ese no era su nombre en realidad. Debió haber robado ese nombre a alguien, que puede haber asesinado… Es muy fácil hacer eso, incluso hoy en día. Lo cierto es que su existencia pone en tela de juicio aquello de «el buen salvaje». Era salvaje, sí, con un tipo de apetencias simples: comer, dormir y poco más. Pero era un hombre sumamente violento. Golpeaba a los otros mendigos solo por placer. Así que era justo que acabáramos con él —afirmó.

—¿Por qué los triángulos? ¿Por qué dos triángulos y esos números? Piezas del Ostomachion que tiene tatuados… —dije.

—Desde joven me sentí subyugado por la caja de Arquímedes —me respondió de manera sugerente. Parecía querer decirme algo más entrelíneas.

»Los juegos a completar —añadió—, las piezas del rompecabezas. Mis asesinatos son las piezas. Ves que las vidas de los injustos siempre impactan a alguien más. Por eso son dos triángulos en las escenas; el victimario y la víctima. Vincent Tenny, al morir, liberó al otro hombre del parque, al mendigo; Victoria, a su inteligentísima y valiosa hermana.

—¿Y Emily? Ella no tenía que ver con nadie —sugerí.

—Sí tenía. En el periódico, en el *Eagle*, hay una chica, una periodista muy buena, y mientras Emily estuviese allí, esta chica no vería jamás una oportunidad. Era acaparadora, escandalosa, exhibicionista a tal punto que ni siquiera se daba cuenta de que sus ideas eran mediocres y su postura ridícula.

—Entonces, esa es su forma de concebir la justicia; la aniquilación del impío. No se ha dado cuenta usted, ni siquiera en su carrera de juez, que para eso está la institución penal, las instituciones en general —argumenté.

—No me hables de la justicia y del sistema, Alexis. Lo conozco mejor que nadie. El hombre debe aceptar la sombra que va consigo para avanzar. En algún momento nos convencieron de que éramos ángeles, y no lo somos. Somos demonios que pueden aprender. O tal

vez ángeles caídos —dijo, satisfecho.

Su voz era reposada, su dicción perfecta. También sus maneras. Era como si no estuviese en batín, hablándome, sino como si se encontrara ante miles de reflectores vistiendo algo de alta costura. Como si fuese el dueño del mundo.

—¿Qué es este sitio? —le pregunté.

—Este sitio es especial. Poco a poco se ha ido constituyendo para ser lo que hoy es. Los objetos de quienes han sido vulgares asesinos cargan su propia fuerza. Tú lo sabes. Percibes cosas al tocarlas. Lo haces desde chica. Así que, cuando un objeto de esta naturaleza es poseído por los seres de «yo divididos», captan sus magníficas fuerzas. ¿Lo ves? Funcionan como receptores que amplifican la energía. Luego son empleados como receptores biofísicos para nosotros.

—¿Quiénes son «nosotros»? —interrumpí.

—Vamos, Alexis… tú lo sabes. Todos los días piensas en, tal como la has llamado, «la oscuridad» —respondió.

Sentía que estaba dando una especie de conversación final, como algo que marcaría en mi vida un antes y un después. Un hito macabro, pero a la vez necesario.

3

—NO PIENSES en nosotros como la oscuridad. Más bien, deberías pensarnos como «el plan blanco». Y a mí verme como un orfebre. He dedicado mi vida a esto y no me arrepiento.

Lo escuchaba e intentaba discernir algo más sobre él. En otras ocasiones, cuando me he enfrentado con un asesino, he descubierto su lado débil, algo de su pasado que me ha permitido rescatar algo de su humanidad, al menos, los he sorprendido. Siempre hay una causa para querer asesinar, pero en este caso, ante Damien Blackwood, nada de eso me era posible. Era un hombre de hielo.

—Debo decirte que, aunque creas que una de las piezas más importantes de esta tienda es el reloj del que te habló tu amiga, eso no es del todo cierto.

—¿Por qué tienen obsesión por estas tierras, por Stull, por Kansas? —pregunté.

—Porque hemos estudiado los objetos, su naturaleza química y su aura, somos como alquimistas, y desde hace mucho tiempo sabemos que este lugar muestra un campo propicio para regenerarnos —me dijo.

No entendía nada y comencé a sentirme acalorada.

—Los objetos más antiguos que aquí se encuentran se remontan a la Edad Media, algunos del palacio de los Borgia.

—¿Qué sigue ahora? ¿Por qué has querido contarme todo esto? —le pregunté.

—Porque te estoy ofreciendo la oportunidad de formar parte de la pureza del mundo, siendo hija de quien eres.

—¿Conoce a mi padre? —pregunté, inquieta.

Me dijo que sí y sonrió.

Hizo una expresión que recordé. Algo con los ojos hacia arriba y la cabeza a un lado. Lo que le dio un brillo diferente a la mirada, como una mezcla de picardía y secreto. Un gesto de disfrute.

Esa expresión la había visto antes, hace mucho, en casa. Frente a un plato de pasta a la boloñesa que mi madre preparaba. Antes de Mike y de la sangre en la cocina…

«¡Damien Blackwood, eres mi padre!».

4

LO APUNTÉ CON LA GLOCK. Quería matarlo e irme. Podría hacerlo sin consecuencias. Nadie me vio entrar allí.

Me di cuenta de las pistas que me había ido dejando en la conversación, lo de que es fácil suplantar la identidad de alguien, al hablar del hombre del parque. Mi padre debió salir de prisión con ayuda de los Bell, quienes administraban el correccional. Mi madre lo escribió. Ellos están en todas partes. Luego habría asesinado a un joven Damien Blackwood y tomado su lugar. Tal vez cambió un poco su apariencia. Yo no lo recordaba. Y así pudo haber continuado su carrera de juez siempre del lado de la oscuridad, pero aparentando ser justo, conciliador. Hasta que llegara el momento. Y podía ser que ese momento tuviese que ver conmigo.

—Ya lo has comprendido. ¿No es cierto? Sabes que soy…

Dejó la frase inconclusa.

—Ha confesado haber asesinado a cuatro personas. Es usted un asesino serial y ahora mismo voy a ejecutarlo —le dije. Algo más fuerte que yo hablaba por mí. Estaba poseída por las ansias de destruirlo, de que no tuviese nada que ver conmigo y de quemar todos los objetos que allí se encontraban, de acabar con la energía de la que él había hablado, de su «plan blanco».

Intenté disparar, pero mi mano no me obedecía. Estaba como congelada, como si mi pensamiento no pudiese controlar mi cuerpo.

Entonces, oí su voz otra vez en mi mente.

—No en vano me he provisto de la fuerza, Alexis. Ahora estás desdoblada. Tu mente por una parte y tu cuerpo por otra. No te obedece. Podrías reformar lo que quisieras estando de nuestra parte. No negarás que el mundo es mejor sin Victoria, sin Vincent, sin Emily y sin Mason.

Intentaba hablar, pero las palabras no salían de mi boca.

—¿Qué daño hizo Vincent a alguien? Todo esto son patrañas, justificaciones para acabar con las personas que odias. Te amparas en las creencias, en un grupo de locos como tú, para hacer ver que la destrucción es construcción de algo mejor. Eres un patético loco —le dije, pero sin mover los labios.

Entonces, se levantó y se detuvo muy cerca de mí. Mi cara rozaba la tela de su batín. Desprendía una fragancia natural, a bosque. Me sentí perdida. Como la última persona en el mundo ante una naturaleza inmensa y peligrosa.

—La bondad verdadera no es la que tú crees conocer, niña —me dijo, esta vez con palabras, y luego acarició mi cabeza.

5

—SÉ LO DE MIKE. Sé que ella te venció. Que nunca pudiste dominarla. Tenía más armas que tú, era mejor que tú y ha logrado la forma de darme un mensaje, de comunicarse conmigo, y de acompañarme —le dije con la mente.

Sentí su ira, pude sentirla al contacto con su mano. La apartó y dio un paso atrás.

En ese momento, logré ponerme de pie. Él se abalanzó sobre mí, forcejeamos, y el arma terminó en el suelo. Le asesté un golpe con la rodilla en el abdomen y luego otro con el codo en el cuello y la cabeza.

Los recibió y trastabilló. Su mirada era ira pura.

Volví a golpearlo y cayó al suelo de rodillas. Fui a buscar el arma, pero él no lo permitió. Pensé que estaba más atontado por mis golpes, aunque no era así. Podría haber estado fingiendo o solo calculé mal el impacto.

Se abalanzó sobre mí y me tomó por el cuello, desde atrás.

Sus dos manos sobre mi cuello apretaban más y más.

—Idiota. Debes ser tan idiota como ella. Has podido tenerlo todo, con tu capacidad, y has escogido la actitud patética. La misma que tu madre escogió. No hay remedio. Debí hacer caso a los demás. Has sido un error. Y los errores hay que eliminarlos antes de que se hagan más grandes. No paran de crecer. Para otras personas es tan sencillo comprender la importancia de la adhesión… ¡Idiota!

»Alguna vez pensé que si te separaba de Anne Ashton —continuó diciendo—, si la apartábamos, perderías ese afecto que te hace mal, que te ha hecho débil. Por eso, adelanté ciertos planes para ella…

A medida que hablaba, apretaba más. Intenté zafarme, morderlo, pero me era imposible.

Mi piel se puso caliente, las fosas nasales comenzaron a dolerme, la lengua se hizo pesada. Eran los últimos segundos de vida que me quedaban. Iba a morir como mi madre, a manos de un hombre ciego de resentimiento. Lo que movía a Damien Blackwood no era el hambre de una justicia diferente, era la venganza.

Escuché un ruido milésimas de segundos antes de perder el conocimiento.

6

DESPERTÉ.

Rossy hablaba. Reconocí su voz y luego su rostro.

Anne también estaba allí.

Me sentía confundida. Quería saber dónde me encontraba.

—Hola. Todo está bien, Alexis. Hemos acabado con el malnacido —dijo Rossy. Me brindó una caricia llena de ternura en el brazo y luego salió. La perdí de vista.

Tenía una vía intravenosa puesta en ese brazo. Me dolía la cabeza y sobre todo el cuello. Con la mano izquierda, lo toqué. Recordaba las manos de Damien sobre mí, intentando asfixiarme. Nunca había estado tan cerca de un odio tan puro.

—Hola, compañera. Disparé a Blackwood cuando te atacaba. Iba a matarte. Beatriz Lemon, Betty, ha confesado. Blackwood cometió todos los asesinatos. Ella lo sabía, pero le temía. Al menos eso dice. Ya ha prestado declaración y ha quedado detenida de manera provisional mientras se aclara todo esto. Además, fue su cómplice. Y yo jamás me perdonaré no haberte hecho caso desde el inicio, no haber ido contigo a Stull. Pero recibí un buen consejo de Randolph. Me dijo que no te abandonara ni tampoco me abandonara a mí misma por culpa del pasado. Y lo que soy es policía y compañera de una espléndida persona que podría necesitarme —concluyó.

La veía conmovida, pero mucho mejor que la última vez que la vi.

—Asuntos Internos… —alcancé a decir.

—Sí. Por supuesto. Los tendremos revoloteando. Puede que a tu amigo Sebastian o al otro, cuyo nombre no recuerdo. Pero todo está muy claro. Están las lesiones en tu cuello y, por supuesto, tu declaración, que tomarán, y la mía, que ya he prestado.

—¿Cuánto tiempo he estado…?

—Algunas horas. Pero ya todo ha acabado, Alexis. Ya te dije lo que declaré —añadió. Me pareció extraño su comentario.

Anne me tomó de la mano y sonrió. Cuando lo hizo, tuve una visión. Me encontraba en el piso del sótano de Damien. Él se había alejado. Se hallaba de espaldas a mí. La Glock estaba allí, a mi alcance. Él pensó que yo estaba muerta. Tal vez lo estuve por unos segundos, no lo sé. Tomé el arma y le disparé a la espalda. Vi cómo se desplomó y luego que el batín se llenaba de una mancha negra que aumentaba de tamaño. Yo no estaba sola, Anne acababa de llegar al sótano y lo vio todo.

Mi compañera mintió. Yo había matado a Damien Blackwood, no ella.

¿Por qué mentir?

—Anne…, no.

—Es mejor así. Créeme. Diré lo que tenga que decir para que no tengas problemas.

¿Cuál problema podría tener si, aunque le hubiese disparado mientras estaba de espaldas, él había atentado contra mi vida? Era un asesino serial. Yo actuaba de acuerdo con la norma.

Pero Anne creía que lo mejor era que relatáramos la muerte de Blackwood de otra manera, como si el ataque hacia mí se estuviese produciendo en el acto. Afirmar que luego yo había recuperado el conocimiento podía resultar difícil de creer para Asuntos Internos. En realidad, Damien Blackwood era un hombre poderoso, un juez conocido. Anne podría tener razón. Sería la segunda vez que ella torciera la realidad ante un hecho de esta naturaleza. La primera con Shaun Bird y ahora con Blackwood.

Me dejó sola para que descansara. Cuando vi la puerta cerrarse, pensé que Damien tal vez fuera mi padre o tal vez no. Recordé el asunto de los compañeros de celda, de quienes asesinaron a la familia Clutter. Tal vez se trató de un compañero de celda… Allí, en esos lugares, se ventila lo peor de la humanidad y queda grabado en los barrotes, en los objetos. Así como la energía de esos objetos de su tienda.

«Si era mi padre o no lo era, me da igual. Está muerto, y con su muerte la oscuridad ha perdido una pieza».

Eso me dije. De quien cada vez estaba más orgullosa de ser hija era de mi madre.

Cerré los ojos. Quería dormir. Este había sido un caso raro. Uno que no logramos resolver aunque Blackwood estuviese muerto. No logramos probar que era un asesino serial, nos mantuvo perdidas. Que Betty Lemon hubiese confesado ahora no me quitaba la sensación de que esta vez la oscuridad había logrado, en algo, cierta victoria.

Sin embargo, lo que deseaba era dormir…

7

ME DESPERTÉ DE REPENTE. Todo estaba oscuro. Sentí frío.

Las palabras que Damien me había dicho al intentar asfixiarme se repitieron en mi cabeza. Pero una frase en concreto.

«Para otras personas es tan sencillo comprender la importancia de la adhesión…».

Y recordé que Mason me lo había dicho, su mano pálida me lo había dicho. Él, cuando abrió la puerta de su habitación, había visto a alguien peligroso En las cámaras solo se veía a una mujer. O a alguien cuyo cuerpo parecía el de una mujer. ¡Había sido una tonta! Damien tenía una cómplice, alguien que comprendió la importancia de la adhesión, como él mismo me dijo. Esta podía ser la propia Betty, que ahora había confesado. ¿Pero por qué lo había hecho así de la nada? Pudo haber mantenido la postura de defensa de Damien y sería mi palabra sobre la confesión de los crímenes de Damien, frente a la de un hombre que no podía darla porque estaba muerto.

No. La oscuridad había hecho control de daños y prefirió sacrificar a Betty, que ella confesara, que incluso fuera apresada como cómplice, porque ella no debía ser tan valiosa para ellos. Yo comenzaba a creer que había alguien más con Damien, alguien de mayor peso, otra mujer.

«Tiene que estar en mi cabeza. La respuesta tiene que estar en mi cabeza», me dije.

Me senté, algo aturdida. Miré sobre la mesita de noche el péndulo. Estaba allí junto a mi móvil, y mi identificación. Lo tomé. Otra vez vino a mi cabeza las frases

«Solo una».

«¿Por qué solo una?».

Eso me había dicho al ver la pulsera de corazón de Clare, la agente de la recepción. Ella tenía dos niñas, no una.

Entonces, todo el rompecabezas de una vez se armó en mi mente.

Una sola *pizza* y ellos eran dos. Manifestaron tener hambre. El chico lo dijo, el hijo de la vecina de Anne. Recuerdo la escena, ellos llegaban a casa. Ella dijo que sus hijos no habían comido nada, o algo así. ¿Qué madre llevaría solo una *pizza* pequeña de cena para tres personas? Podría ser una tontería, pero no me lo parecía. Las vecinas son siempre las vecinas. Yo misma me hice esa reflexión cuando entré en casa de mi vecina a buscar la caja de Killian. Me dije que teníamos la infundada sensación de que los vecinos eran sujetos inofensivos solo

porque fueran nuestros vecinos. Más aún si se trataba de una mujer con sus dos hijos, siempre tan dispuesta a ayudar, que lloraba por su perro muerto. Una persona incapaz de asesinar a una mosca.

Los detalles, siempre son los detalles los que nos brindan las salidas. Alguien sin problemas económicos no compraría una sola *pizza* para dos chicos hambrientos. ¿A qué se debía la estrechez para con ellos? A esa frialdad, a esa ausencia horrenda que mi madre revelaba de mi padre, a un egoísmo avasallador.

Además, el hijo mayor de Anne había cambiado su comportamiento en la escuela. Estaba bajo la influencia de ella, de esa mujer.

Tomé el teléfono y llamé a Anne. No me atendía.

Otras palabras de Damien volvieron a mi memoria.

«Por eso adelanté ciertos planes para ella».

Llamé al Departamento. Le pedí al agente de guardia que me comunicara con quien estuviese operativo del subdepartamento de Rossy.

Cuando logré la comunicación, pedí toda la información disponible sobre Britney Russell.

8

LLEGUÉ A CASA DE ANNE. Tomé un taxi en las afueras del hospital.

Ya los agentes policiales habían llegado.

Cuando lo hicieron, vieron como Britney Russell había sometido a Anne. La había golpeado en la cabeza y se disponía a crucificarla. Había llevado dos maderos de su garaje y varios clavos. Era lo que quería que encontráramos, a la sargento de policía Anne Ashton crucificada. Ella había matado o dejado morir a un hombre, justificando ese acto por su gran corazón. Además, era mi defensora incondicional. Una buena amiga.

—Se pondrá bien, agente Carter —me dijo un paramédico—. Solo tiene una contusión. Ellos llegaron a tiempo —dijo señalando el coche patrulla.

Dentro de él, estaba Britney Russell cabizbaja.

Unos metros separada, estaba Anne, siendo atendida en una unidad médica.

Me acerqué a ella.

—Has avisado a tiempo, compañera. Otra vez te debo una —me dijo al verme.

—Fueron varios detalles, todos insignificantes, pero que juntos sembraron una idea en mi cabeza. Y esta vez acerté —completé.

—Me lo ha dicho antes de golpearme. Era cómplice de Damien Blackwood. También era su amante. Todavía no puedo creerlo. No es que tenga mucho tiempo conociéndola, pero era tan confiable, en verdad.

—Ellos son capaces de ofrecer cosas fabulosas para que la gente cambie —sentencié.

—Tendremos que decirle a la jefa Tonny, de una vez por todas, a lo que nos enfrentamos, Alexis. Yo te apoyaré. Debes hablarles de la secta. Hay que crear una unidad especial para comprender el tamaño del grupo, su ubicación, su centro de poder. Si es preciso, conformarla con personas de habilidades diferentes, como las tuyas, pues eso se hará, de manera discreta, claro está —dijo Anne con gravedad mientras sostenía una compresa sobre la cabeza.

Asentí.

La oscuridad cada vez se aproximaba más.

—Esa maldita cuidaba de mis hijos —exclamó con lágrimas queriendo salir de sus ojos.

—Sí. La oscuridad está muy cerca de nosotras —alcancé a decir—.

Esta vez, y por poco, les hemos ganado.

No veía la hora de llegar a casa y volver a leer la carta de mi madre. Cada vez le encontraba más sentido para mí.

9

UN HOMBRE joven camina en el paseo junto al río Arkansas.

Habla con una mujer.

—La pérdida de Damien ha sido dura, pero necesaria. Ahora Alexis sabe que es una asesina, o al menos, eso cree porque lo percibió de Anne. Ella cree que lo percibió. Nuestros estudios empáticos están rindiendo sus frutos. Podemos transformar los recuerdos, las visiones y confundir.

—Así es. Todo va caminando de acuerdo con el plan.

Se despidieron y cada uno tomó un camino diferente.

De repente, la mujer recordó algo y se volvió.

—Sebastian, ¿iniciaremos la era blanca ya dados los acontecimientos?

Sebastian Haussmann asintió.

—Sí. Lo haremos en memoria de Killian.

—¿Beatriz y Britney no hablarán más de la cuenta?

—No. Son prudentes. Solo dirán lo que nosotros queramos.

Comenzó a caer granizo y Sebastian miró hacia el cielo y sonrió, al tiempo en que abría las palmas de sus manos y sentía el frío en su piel.

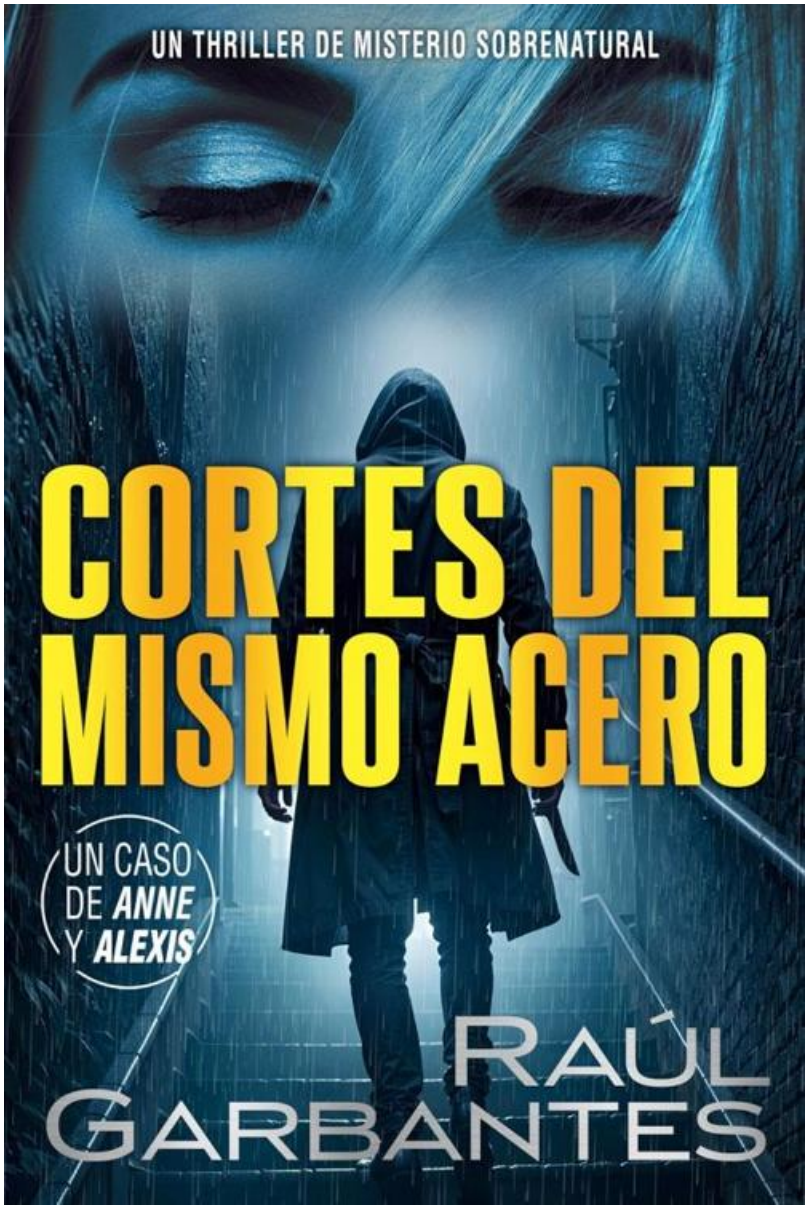
Pero entonces tuvo una visión. Vio cuando Damien estrangulaba a Alexis, y lo vio llorar. ¡Estaba llorando al hacerlo! Esas lágrimas podían ser una grieta enorme para la oscuridad. Nadie lo sabría. Esperaba que Alexis tampoco, ella menos que nadie…

—Buenas noches —se despidió Sebastian, pronunciando luego el nombre de quien lo acompañaba.

Era un nombre conocido para Alexis y para Anne. Alguien cercano y confiable…

FIN

Anne y Alexis regresan para resolver un nuevo caso en la sexta novela de esta serie: *Cortes del mismo acero*. Obtenla aquí:
https://geni.us/CortesDelMismoAcero


UN THRILLER DE MISTERIO SOBRENATURAL
CORTES DEL MISMO ACERO
UN CASO DE ANNE Y ALEXIS
RAÚL GARBANTES

NOTAS DEL AUTOR

Espero hayas disfrutado la lectura de esta novela.

Si te gustó mi obra, por favor déjame una opinión en Amazon. Las críticas amables son buenas para los autores y los lectores... y un estudio reciente (realizado por mi persona) también indica que escribir una opinión positiva es bueno para el alma

A continuación te comparto los enlaces de Amazon donde podrás escribir tu opinión:
Amazon.com
Amazon.es
Amazon.com.mx

¿Sabías que ahora también puedes disfrutar de mis historias en audiolibros? Te invito a gozar de esta experiencia con mi relato *Los desaparecidos*. Escúchalo **gratis** aquí:
https://soundcloud.com/raulgarbantes/losdesaparecidos

Puedes encontrar todas mis novelas en mi página web:
www.raulgarbantes.com

Finalmente, si deseas contactarte conmigo puedes escribirme directamente a raul@raulgarbantes.com.

Mis mejores deseos,
Raúl Garbantes

ÍNDICE

Créditos

Parte I
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23

Parte II
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16

Parte III
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18

Parte IV
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27

Parte V

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9

Notas del autor